BIBLIOTECA SELECTA

LXVIII

BIBLIOTECA SELECTA

2 reales tomo

DEL MISMO AUTOR

Cuentos de la calle. . . . 1 volumen.
Para la noche... . . . . . 1 »

ALFONSO PÉREZ NIEVA

POR LEVANTE

(NOTAS DE VIAJE)

TOMO PRIMERO

VALENCIA—TARRAGONA
BARCELONA

VALENCIA
PASCUAL AGUILAR, EDITOR
Caballeros, 1

Imprenta de Juan Guix, Miñana, 7 y 9.



EN VALENCIA



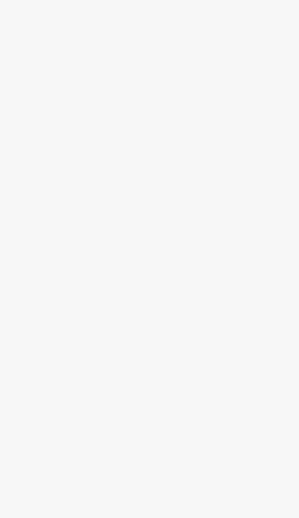
A MI QUERIDO COMPAÑERO DE LETRAS

BERNARDO MORALES SAN MARTÍN

Amigo mío: En la calle del Angel de Pueblo Nuevo del Mar existe una antigua farmacia con un techo de José Benlliure, una trasbotica habilitada para comedor, con una gran ventana a un patio lleno de tiestos; un despacho de literato en el piso principal, un estudio de pintor y un taller de escultor en el último, una terraza con flores y un "miramar„ en la cumbre del edificio, desde donde se descubren las calles de barracas y casas blancas de los barrios de la población, orilladas á un lado por las olas y al otro por la huerta. Allí, tras de aquel mostrador atestado de botes, venerable como un profeta bíblico, con su barba de nieve larga y espesa, vive un anciano que lo mismo maneja la espátula, que el pincel, que el buril, rodeado de una mujer entrada en años, pronta y resuelta, de manos de hada para pergeñar los clásicos *cocotes;* de una valencianita de ojos poemas en el dulce abril de su vida, y de dos jóvenes no mucho más avanzados en su existencia. ¿Los conoce usted? Ellos fueron mi familia mientras permanecí en la hermosa Valencia, abriéndome de par en par su corazón y prestándome un poco de hogar, nunca más echado de menos que cuando se encuentra el viajero lejos del suyo. A todos ustedes, pues, mis cariñosos guías, dedico esta parte de mi libro, que de derecho les pertenece, en humilde correspondencia á su nunca bastante agradecida hospitalidad.

Siempre suyo buen amigo,

Alfonso.





I

En el tren

Un empleado recorre uno por uno los departamentos, advirtiendo que el tren se dispone á partir y cerrando las portezuelas... Los deudos y amigos bajados á la estación á despedir á los que se van, que charlaban con ellos en los coches, descienden al andén, quedándose al habla con los que se marchan, que se asoman por las ventanillas... El último carretón con equipajes cruza á escape, arrastrado por un mozo, chirriando sus ruedas en el asfalto del piso... Los viajeros morosos llegan desbocados y jadeantes, y sin tiempo de sacar billete, se zampan en el compartimiento de primera ó segunda clase que encuentran más próximo...

Suenan dos campanadas; la máquina responde con un pitido; el jefe dá la salida con su silbato y el tren se pone en marcha despacioso, como estirándose, conducido por la locomotora, que escupe á uno y otro lado, por los desagües, dos blancos chorros de vapor ruidosos y rugientes... Es un instante solemne, de inmensa ternura, en que el corazón vacila y si pudiera mandar parar se apearía, renunciando á la jornada por no separarse de los suyos... El primer paso de la ausencia es horrible... Se encuentra uno de pronto con el enrarecimiento del vacío... Después las siluetas doradas de las poblaciones que se soñaron resplandecen con insinuantes encantos en la mente, y cuando la sarta de vagones traspone las agujas, ya el espíritu se sonríe robustecido por la esperanza y poco menos que olvidado de los que se quedan. La seducción de sirena de lo nuevo vence á la atracción de la familia... Muchas veces no se regresa á los lares nativos, pero cuando uno se marcha, es sincero y realmente se piensa en volver... Ya en ruta, los ojos buscan á los compañeros, investigándolos, y luego se clavan en el paisaje si es de día, y se cierran para pensar

si más allá de los vidrios se hunde todo en la noche...

Primero el erial de las afueras de Madrid llenas de la melancolía de la naturaleza eternamente desnuda; luego el oásis de Aranjuez, un trozo de vegetación que inunda el alma de alegría; después, kilómetros y kilómetros de soledad: el desierto... La Mancha se impone siempre al espíritu, llenándolo de la tristeza de las grandes llanuras sin vegetación: que se tome hacia abajo camino del país del sol, que se eche á un lado en derechura á la patria de la luz, no hay otro remedio, antes de penetrar en la risueña Andalucía ó en la riente Valencia, que atravesar la esplanada interminable y melancólica, sin una mata ni un arroyo, que trae á la memoria al asceta y meditabundo Tolstoi.

No carece, sin embargo, la Mancha de belleza, pero es una belleza reflexiva, por decirlo así, que exige una atención profunda desde la ventanilla del coche; como en otros paisajes, no tira de la vista la nota simpática de las hileras de árboles, de las casitas blancas, de las junqueras que acusan el agua escondida, del río brillante y gruñidor; todo es uni-

forme, monótono, plano, seco, sin accidentes, ofreciendo la hermosura plácida del reposo, de la calma, de la soledad; los sentidos, enamorados siempre de lo etéreo, de lo que vibra, rechazan estas áridas lomas; pero el alma, influida por el nostálgico silencio del lugar, saturada de gris, piensa allá para sus adentros sin traducir la impresión en palabras: ¡quién sabe!... ¡Quizás es aquí donde se olvida!...

¡Salud á las palmas!

Cambia la decoración, concluyeron los páramos. ¡Aquí, allí, allá, en todas partes por donde quiera que se tienda la vista, se distinguen sus troncos derechos coronados de un penacho de hojas agudas que se encorvan!... No son muy altas... En algunos sitios surgen apelotonadas y muy próximas, pareciendo que traen á la mente como la silueta de un trozo de bóveda sin techumbre, de la que solo hubieran quedado en pié un montón de columnas con las cimbras de los arcos rotas y en el aire...

El paisaje va cobrando una inmensa alegría... La nota fresca de huerto no se interrumpe ya ni un instante... Nada de lomas ni de alturas... El llano, siempre el llano, pero una llanura infinita, aterciopelada, exuberante de vegetación y de arbolado, un oleaje de inquieto maíz, un tapiz surcado de marjales, un entramado de frutales, naranjos y palmas, bruñido todo por el sol de lumbre de una serena mañanita de Septiembre... Así han pasado Játiva, Alberique, Carcagente... La vía se interna por un jardín... Entre las frondas comienzan á surgir multitud de casitas blancas... Llegamos á los arrabales de una gran ciudad, hundidos entre espeso follaje verde... He ahí Valencia, la soñada Valencia de las naranjas de azúcar, de las mujeres de fuego, de los recuerdos históricos...

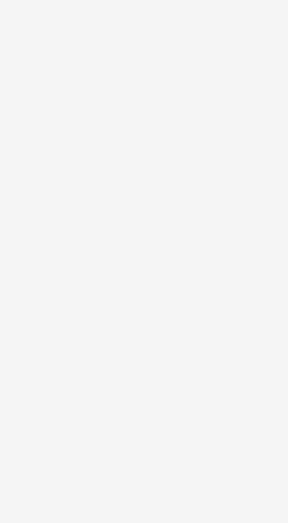
La llegada

El tren se detiene en un andén muy amplio; dejamos el departamento y la estación y salimos á una gran plaza, donde aguardan coches y tartanas de al-

quiler... La entrada de la ciudad produce una impresión singularísima de regocijo; parece que en ella no deben de existir penas; por todas partes se asoma la alegría; es una población que ríe con boca de mujer, mostrando una limpia y completa dentadura. Los árboles, los jardines, el cielo transparente, los ojos africanos de las muchachas, la nevada de albayalde esparcida por las casas del suburbio, el vocerío de la atezada muchedumbre se apoderan de los ojos, se meten por los oídos y cosquillean allá abajo en el corazón, que, ensimismado, absorto, abrumado por el peso de las emociones, no acierta á explicarse lo que le sucede ni á estallar en el loco viva que le hierve dentro.

No cabe dudarlo; el cuento chino, rebosando de amargura y epicúrea filosofía, refiere que, persiguiendo un nostálgico mandarín la dicha, sin encontrarla por ningún lado, acertó á topar con un labriego que aseguró que vivía completamente satisfecho, por lo que su dueño y señor le rogó que le vendiera, aunque fuera á peso de oro, su camisa para ponérsela, por ser aquel el único medio, según los profetas del país, de lograr la

ventura; el campesino respondió entonces, entre sus risas bestiales, que no poseía tal prenda. Después de llegar á Valencia hay que asegurar rotundamente que la felicidad podrá no usar camisa, pero gasta los amplios y blanquísimos zaragüelles.



II

De calle en calle

Basta con una ligera visita para conocer la capital del seco Turia. Valencia es tortuosa, irregular, deslabazada, sin dos casas que se parezcan; el tranvía recorre sus calles con una marcha siempre torcida, de reptil; un laberinto de travesías horada las manzanas de edificios, pero todo ello le dá una fisonomía muy acentuada, le hace poseer uno de esos rostros de pronunciadas facciones que no se confunden con ningún otro. El movimiento de gentes es grande; un oleaje humano va y viene todos los días por las principales arterias de la ciudad, en la que abundan los comercios de lujo. Amplias plazas, algunas con arbolado y jardines, surgen en el corazón de la capital, sirviéndole de desahogo. El río pasa por

un lado, cruzándole cinco puentes de sillería; es de anchísimo cauce, pero de ordinario no lleva ni gota de agua y en su lecho se distinguen algunas toradas royendo la yerba. Los paseos urbanos se prolongan en un gran trecho; son de una frondosidad inmensa, con su tránsito para coches y sus parques y alamedas; la nota que les caracteriza es la exuberancia; las frondas forman espesos toldos verdes; todavía hay en los recuadros buen número de flores y se adivina en ellos una inundación en los despertamientos de Abril. Por el extremo opuesto, frente la estación del ferrocarril y junto á la plaza de Toros, arrancan tres ó cuatro vías orilladas de troncos; es el ensanche que se inicia por aquel sitio, prometiendo para dentro de unos cuantos años una población á la moderna, recta y simétrica. Fuera de tal suburbio no se advierten muchos derribos, como si la parte antigua, repugnando caer en las debilidades de las viejas galantes que se componen para disimular sus años, se encontrara mejor con sus arrugas sin disfrazar.

Las torres de Serranos... Ofrecen acceso á la ciudad por el lado del río; el tiem-

po ha bruñido sus muros y les ha dado un tono de cobre... Son poligonales y almenadas, con un cornisamento en su parte media. El muro del centro ostenta primorosas labores góticas. Están restaurándolas para que sirvan en su día de archivo histórico municipal... Aquella puerta abierta entre los dos añejos torreones que muestran su aéreo interior, cruzado por las aristas de varios arcos, piden á voces la aparición de D. Jaime, y en vez de las tartanas y tranvías que pasan debajo de su dintel, cree el espíritu distinguir los cabrilleos de corazas de las mesnadas feudales y las vestes toscas de los almogávares. Si hay algún monumento augusto, digno de una entrada triunfal, es sin duda alguna esta venerable fábrica, que sintió un día silbar las flechas cristianas y que luego se vió agujereada por las balas de los franceses.

He ahí la Lonja: un grande y altísimo salón de extraña hermosura que exige á voces el silencio y el órgano, como si no se conformara con las numeradas mesitas de ministro, en las que los labradores enséñanse sus muestras de granos para la contratación. Altísimas columnas retorcidas en espiral sostienen las naves,

concluyendo á modo de capiteles en ligeros arcos de esbelta curva que semejan los brazos colgantes de palmas de piedra. Exteriormente, resulta de un hermoso aspecto; su puerta principal y dos rasgadas ventanas que se abren á sus lados son ojivales; por uno de los ángulos del edificio corre gótica galería de primorosas labores; una hilera de elegantes almenas coronan la fábrica. Toda la construcción, por dentro y por fuera, posee incomparable gallardía.

Un alegre rumor de muchedumbre penetra por las puertas de la Lonja: es el mercado próximo. No hay que buscar en él cámaras de hierro, ni tranvías, ni nada que huela á moderno: sencillamente una plaza cualquiera, abarrotada de frutas, legumbres y flores en singular promiscuidad, y en la que pulula un tropel de aldeanas de grandes ojos negros, que traen á la memoria las serenas mujeres de la Biblia, en cuanto á la majestad de la persona, y que, por la pálida languidez del rostro, revelan su progenie bereber; acurrucada cada cual detrás de su banasta resulta un conjunto marroquí. Ya hablaré de la mujer valenciana; sigamos ahora con el arte.

La Audiencia se presenta al paso; es notable en ella una de sus salas, donde se reunían las antiguas Cortes valencianas, y la que conserva un soberbio artesonado del Renacimiento, de madera de pino, oscurecida por la edad. Los muros se hallan cubiertos por grandes cuadros al óleo, de ese característico estilo de fondos negros, peculiar de las escuelas antiguas, en los que se ven los retratos de cuerpo entero de cuantos tenían derecho á sentarse allí. Es fácil retroceder con la mente á la época; á un lado las vestimentas oscuras de los representantes de la ciudad, al otro las rojas túnicas de la clerecía, allá el grupo de los enviados de los pueblos; la presidencia va á leer algo; parece que todos aquellos graves varones se ladean para mirar con ira al importuno visitante; dejémosles; la sesión va á empezar. ¡Qué dulce sueño el de estas figuras que no saben que han pasado tres siglos!...

La santa Patrona

Como todas las provincias de España, en las que la historia de los pasados tiempos se halla influída por la idea religiosa, la región valenciana tiene su Virgen predilecta, popularísima aún fuera del país de las palmas y con una poética advocación: de los Desamparados. Desde que se construyó su iglesia no hay monarca ni magnate que visite la ciudad que no le deje su óbolo á sus benditos piés; el pueblo la adora, la considera como cosa muy suya, y ha llegado en fuerza de ese amor tan singular y tan genuino en el catolicismo por la Madre de Dios, por la divinidad femenina, á pedírselo todo exclusivamente á Ella y á esperarlo todo de su mano... La Capilla donde se alberga es de ladrillo, con pilastras corintias, dos puertas de poco gusto y una gallarda cúpula; el interior es una rotonda oval con arcos y tribunas. La efigie se halla en un camarín pequeño formado por columnas de mármol, y se yergue en un

nicho sobre un altar: la estátua es de tamaño natural, con los ojos bajos, y muestra su rostro pálido lleno de dulzura. El artista que la hizo ha conseguido animar el divino semblante de una dulce expresión seráfica; con la mano derecha tiene asido un ramo de azucenas y con el brazo izquierdo sujeta al Niño Jesús, que lleva su cruz al hombro; á los piés de la sagrada figura se distinguen dos cabezas de niño con el cuello ensangrentado. El cuerpo desaparece bajo una riquísima capa de brocado bordada, con piedras preciosas que deslumbran, y que como en todas las efigies de la Señora, sobre resultar chocarreras y ordinarias, distraen la atención del semblante y borran lo etéreo de la silueta espiritual y mística de la Virgen, que debe quedarse en el corazón.

No sé que lleve otro nombre más que el ternísimo por el que se la conoce, pero la Virgen de los Desamparados bien pudiera llamarse la de la Felicidad. Casi todas las valencianas se casan en este camarín y hacen á la divina Señora testigo y protectora de su dicha. Quizás se consideran más unidos los matrimonios habiendo presenciado su enlace los ojos

dulces de la efigie. Piadosas predilecciones que constituyen una extraña paradoja y que hacen que los seres venturosos, los alegres, vayan á pedir una mirada á la compasiva Madre de los que lloran, de los tristes.

Brujuleando de aquí para allá en busca de una fachada, de un balcón, de una puerta, de un detalle, tropezamos con el palacio del Marqués de Dos-Aguas, fastuoso y amanerado, con su complicadísima portada de piedra; con el campanario de Santa Catalina, esbelto, atrevido, algo barroco; con la portada del templo de San Andrés, de igual estilo, pesado, de menudísima labor; con el palacio llamado de los Borgias, recién restaurado, lindísimo, con un precioso alero; con la Universidad, severa y grave; con... ¡Quién es capaz de retener en la memoria los edificios monumentales que atesora Valencia entre sus montones de casas! Al cabo, rendido de trotar, con la mente llena de siluetas de edificios, con un torbellino de estilos arquitectónicos en la memoria, damos con nuestros huesos en El León de Oro primero y en el café de España después. Ambos son dos establecimientos magníficos, el uno con carácter

de cervecería, íntimo, pequeño, familiar; y el otro más amplio, más grande, por decirlo así, más público; pero en los dos se queda el ánimo suspenso ante las preciosidades que encierran: óleos de los principales pintores valencianos, mármoles, bronces, artesonados, entrepaños, juegos de lunas que multiplican las imágenes, un derroche de arte, de buen gusto y de lujo.

Recuperadas algo las fuerzas, el arte cede el sitio al estómago y nos plantamos en la fonda, concediendo á la langosta con salsa tártara, que deja el camarero sobre la mesa, idéntica atención que á las ojivas.



III
Valencia monumental

Es lo primero que debe mencionarse, procediendo con orden, la Catedral. La fábrica no merece grandes elogios comparada con las de otras provincias; no posee la grandiosidad de la de Santiago, ni la suprema finura de la de Burgos, ni el encanto de la de Toledo; pero no carece ciertamente de belleza. A primera vista parece advertirse que su creación ha sido lenta y laboriosa y que han impreso sus huellas en su estructura los gustos de diferentes siglos; así, junto á lo bizantino surge lo gótico y al lado de ambos el barroquismo más clásico y difuso. Tres puertas facilitan la entrada al templo: la principal, de tres cuerpos, angulosa y severa, con seis columnas corintias, medallones y estátuas y un alto-relieve

representando la Asunción; la de los Apóstoles, ojival, aérea, delicadísima, con sus doce figuras de admirable cincel en los lados del portón, sus bienaventurados en las archivoltas del arco y su tímpano con la imagen de la Virgen entre serafines y ángeles; y la del Palau, riquísima en detalles, á la vez románica y bizantina, con sus esbeltas columnillas y sus labores en el medio punto y los capiteles. El interior es suntuoso, pero de poco gusto; el arte espiritual y humilde de la calada aguja cedió el sitio al arte ampuloso y recargado de oro de la hojarasca churrigueresca. El recinto se halla constituido por tres grandes naves, extendiéndose el coro por la del centro. La capilla mayor es una fastuosa obra, un aluvión de ese infinito follaje cansado é indigesto, propio de los culteranos de la arquitectura, enemigos de la simplicidad de la línea y adoradores de la exuberancia de los adornos. En medio de la iglesia, sobre los arcos torales, se eleva el cimborio, gallardo y atrevido, ojival en su parte superior y corintio en la inferior, y adosado á uno de los pilares se enseña el púlpito de San Vicente Ferrer. El coro con su sillería de nogal y el trascoro con

sus tableros de mármol entre columnillas corintias de jaspe y sus altos-relieves, son dignos de mencionarse.

No sería completa la visita á la Catedral si dejáramos de penetrar en el Aula capitular. Yo no he visto nada que produzca tan hondo efecto. Es una estancia cuadrada, gris, de vieja piedra lisa y desnuda, de muros rígidos y severos, con ese aspecto venerable que dan á los sillares los años; cierra la habitación una bóveda de arcos ojivales que se unen en la clave formando una estrella; obsérvanse en las paredes ciertas manchas de humedad que acusan en las fábricas la senectud; un altar labrado también en piedra de esquisita labor, un púlpito ceñudo y una puerta de elegante trazo constituyen las notas típicas de la grave morada; colgando en las tapias se distinguen las cadenas del puerto de Marsella, tomadas á los angevinos por Alfonso V, y los retratos de los obispos y arzobispos que han regido la diócesis valenciana desde su fundación. Otro cuadro de valor arqueológico completa la extraña decoración de la cámara. La luz cansada que cae de arriba, el ascetismo de la solitaria mansión que trae á la memoria las criptas, el ambien-

te sombrío de la singular sala, hacen pensar en los solemnes capítulos de las órdenes militares, y al espíritu alucinado se le antoja que van á entrar uno á uno los hermanos con sus armaduras y sus cotas bajo el manto, y que en la sagrada cátedra va á leer los cánones el gran maestre de la barba blanca y luenga.

Para concluir citaré alguna de las joyas artísticas que ostentan las capillas de la Catedral. Tiene entre otras un Nacimiento del Niño, de Ribera, admirable; un Jesús, de Joán de Joanes, y una Virgen de Guido Reni, de suavísimo y puro ambiente los dos, y un estudio de anatomía de primer orden de Goya.

El Miguelete

No hay valenciano que no pronuncie este vocablo con el corazón... Los hijos de la ribera del Turia le profesan un culto singular; aprenden á nombrarle cuando barbotean en su infancia las palabras primeras... Como la sevillana Giralda, domina toda la población y se le distingue desde cualquier parte... Es una torre venerable y fuerte, de piedra

rojiza por la edad, tostada por el eterno sol de varios siglos, de estrechas aspilleras, octogonal, lisa y desnuda en su parte inferior, con labradas labores ojivales en la altura y coronada por un gran esquilón que dá las horas, colgado de un burdo y mezquino templete, indigno del más humilde campanario de pueblo... Éntrase al obelisco por la Catedral, arrancando su escalera altísima de caracol de un patinillo que trasciende á orina de chantre. Arriba se topa al instante con un hombrecillo coloradote, rollizo y amable, que habla de sus bronces como de sus hijas y que vive en aquellas vecindades aéreas al cuidado de sus campanas... Desde allí se empapan los ojos en la vista panorámica de la ciudad, se esparcen las miradas por una inmensa aglomeración de edificios que solo descubren la cabeza y que, rodeados de huertos, parecen encerrados en una canastilla; las veletas, las cúpulas, las terrazas, los tejados, todo está hundido en un inmenso tapiz con los infinitos tonos del verde.

El arte moderno ha embellecido el recinto de la ciudad con dos estátuas, erguidas en el centro de otras tantas pla-

zoletas: la ecuestre de Jaime I el Conquistador y la de Ribera el Españoleto... Débese la primera al escultor catalán Vallmitjana, y acerca de su valor artístico suscitóse en Valencia reñida controversia cuando se erigió. A mi profano entender, su mayor mérito estriba en la verdad de su factura, en lo minucioso de su ejecución; por lo demás resulta pesada, enorme, exenta de gallardía; su tamaño es tremendo, sus proporciones colosales; el caballo, verdadera cabalgadura de gigante, recuerda por lo tripudo el nuestro de la plaza Mayor; el ginete tiene mucha vida y ofrece un concienzudo estudio del ropaje...

El monumento á Ribera es de primer orden... La actitud reflexiva del pintor, la elegancia de sus líneas, la gallardía de su cabeza de largos cabellos, la expresión del rostro, la finura de los detalles, la suprema delicadeza de toda la obra, revelan un artista de una profunda percepción y de una facilidad inmensa para ejecutar... El autor de la estátua del Españoleto goza ya de un nombre popularísimo: se llama Mariano Benlliure... Y no hay más contemporáneo, por lo menos saliente, en la valenciana población.

IV

Una paella clásica

Es lo primero que se busca en la carta de la fonda al almorzar... Los amigos me lo encargaron en Madrid el partir el tren: ¡que te comas una paella en nuestro nombre!... ¡Ea!... El mozo acaba de traer el codiciado plato... ¡Dios mío, qué desilusión! Un arroz como otro cualquiera... ¡No, no es posible!... Adivino las indiferentes manos del valenciano cocinero, ingerto en francés por exigencias de su oficio... La popular comida debe hallarse aderezada de otra suerte... Yo invoco el favor de los dioses para que me concedan la dicha de conocerla... ¡Ah!... Los dioses no han sido tardos á mi ruego... José María de la Torre, un buen poeta valenciano, así como suena, y Bernardo Morales, un admirable prosis-

ta, acaban de invitarme á una paella al estilo del país en una barraca... ¡Cielo santo, qué dijiste!... El sueño de «un día de verano».

La barraca de Tonet

Claro está que Tonet es una de las más desconocidas personas de la huerta valenciana; fuera de sus vecinos de contorno y de su maíz, nadie sabe de él palabra alguna. El hombre rayará en los cuarenta y tantos, y resulta un varón alto, huesudo, anguloso, de cara larga muy expresiva y de ojos negros más expresivos aún; en su rostro, movible y pronto, en sus dientes blancos, en la viveza de sus ademanes, se adivina la sangre árabe de sus venas; con el pañuelo liado á la cabeza, colgándole las puntas por un lado, como á los señores de la Edad Media, y el podón al hombro, en guisa de corva gumía, dan ganas de preguntarle á la tribu á que pertenece...

¡Dios mío, qué dichosamente vive el árabe Tonet!... Su barraca, una barraca lindísima, oculta como una paloma en un

huerto de frutales y maiz, tiene á su puerta, en guisa de fresco toldo, una verde parra y las copas de hojas anchas de las higueras, cerrando de tal suerte el ramaje el espacio de la plazoleta, que cuantas personas llegan á la cabaña aparecen por entre los rotos de la fronda como una evocación. Bajo el dosel de pámpanos, picoteando, royendo, rascándose, habitan de ordinario, en familia, unos cuantos conejos de Indias y unas cuantas gallináceas separadas por cercas; un novillo bravo, que es una especie de czar de la vivienda, hállase atado á un árbol, y un perro canelo está sujeto á un tronco por una cuerda. A la entrada de la casita blanca ofrecen asiento dos poyos de piedra; á un lado se descubre un pozo; rodeando la «finca» hállanse en su parte trasera enormes montones de paja, cubiertos de tierra seca para defender la granza de la humedad... ¡Qué descansada vida!... ¡Oh, buen fray Luis, cómo se comprende aqui tu oda!

Sin embargo, la barraca de Touet esconde una nota triste. Cuidado que por dentro es un verdadero nido con su fogón rústico, sus paredes enjalbegadas, su loza limpia como la plata, sus

cortinas de percal con flores, su Virgencita con su luz permanente, su cama grande de matrimonio, sus típicas botijas verdes, su calma y su paz. Pero allá en un rincón descansa en el lecho, postrada hace veinticinco años con una mielitis, una hermana del labrador que cayó herida por un terrible susto y no ha vuelto á levantarse más. Ella, sin embargo, acostumbrada al reposo absoluto, no echa de menos el movimiento; es una estátua que ríe.

En torno al arroz

Los convidados nos hemos reunido después de corretear por la playa próxima y por los caminitos orillados de alfombras de alcalhués.—El corro es nutrido.—D. Teodoro Llorente, el gran poeta valenciano, el Homero de la barraca de su tierra y uno de sus más entusiastas paelleros; D. Bernardo Morales, un farmacéutico que maneja los pinceles y el cincel con la segura mano del verdadero artista; sus hijos Bernardo y Rafael, colega de letras el primero; el notable mé-

dico Tenes; el poeta La Torre; doña Filomena San Martín de Morales, una valenciana menuda, viva, toda pólvora y toda corazón; su hija Filomena, un hermosísimo capullo en sus interesantes veinte años; Elena Flores, costilla del que suscribe, y el que suscribe, toda gente alegre, de gran humor y de excelente estómago y dispuesta á tragar, desde el novillo, ausente en gracia á las señoras, hasta los higos pendientes del techo como apetitosas estalactitas.

Ha llegado el momento; cada cual se halla armado con su correspondiente cuchara de boj, que blande con la fe de un cruzado; en el centro del corro, revestida de la solemnidad del ara santa destinada al sacrificio, se yergue una mesita de tabla, vieja y renegrida por el uso. La mujer de Tonet trae entre las manos una cosa que humea espantosamente, por entre dos cuerpos, con la gravedad de una sacerdotisa, deja en la mesilla la anhelada paella y se va.

¡Dios mío, qué perspectiva! Sobre la mesa ha quedado una enorme sartén de campo, con asas, renegrida por el humo y chorreando tizne, y en ella se descubre un oceano de arroz amarillo, cruza-

do en todas direcciones por escuadras de patas y alones de pollo y por un tropel de verdes judías. Cada cual, excitado por el apetito, avanza su cuchara, poniendo en la operación los cinco sentidos en activo y los cinco de la reserva, pero la paella abrasa y cada uno hunde su cuchara dentro de la perola en el sitio que enfrente tiene; de esta guisa recuerda la vasija esas faenas de guerra, en que para saludar al Almirante alza la tripulación los remos. En tanto que la comida se enfría repártense trozos de pimiento crudo para acompañar. ¡Ea! Llegó el momento.

Todos comenzamos á atacar el arroz por los flancos, y se arma en el corro una de ir y venir cucharas por el aire que asusta. De cuando en cuando se suspende el atracón, aparece el «barral» con su largo pitorro de vidrio y se echa un trago á la catalana; sólo á las señoras, como acto de devoción á sus labios, se les consiente «mamar». A lo mejor, tal ó cual de los comensales, mondando un pedazo de gallina con los dientes, sin soltar la cuchara, tira ésta distraído al arrojar el hueso, y se queda indefenso y fuera de combate.

La gracia del *paellero* de raza consiste en permanecer comiendo el último: D. Teodoro Llorente es de los que saben quedar bien; pero hay quien le gane: el médico Tenes, que, como si contara con el fuelle de un acordeón en el estómago, engulle en silencio, y solo, sin cansarse... ¡Hurra á su vencedora cuchara, y hurra á la mujer de Tonet y á la sin par doña Filomena, que endilgaron el tan codiciado arroz del país, con todo su sabor local y su clásica fisonomía!



V

La casa de Beneficencia

La levantina ciudad se envanece, con razón sobrada, de este establecimiento; pocas capitales pueden ostentar uno igual. La edificación es muy moderna; basta verle para comprender que cuenta pocos años de vida; tiene cara de joven, y así resulta exento de esa nota gris mate tristísima que constituye la característica de los hospicios acomodados en viejos y ruinosos caserones, en los que la edad hace más sombrío y tétrico lo que ya era de suyo huraño y melancólico. Aquí acontece lo contrario; nadie diría que penetramos en un asilo. Techos altísimos, naves enormes, salas grandes, muchos patios que parecen plazas, pero

todo vivo, luminoso, radiante, henchido de un júbilo supremo. Las persianas, las columnas, las paredes, los adornos son de tonos claros; abundan el rojo, el blanco y el verde. Allí se ha procurado que no falte aire á los pulmones ni alegría al corazón. El arquitecto, reflexionando en que aquella morada se destinaba á vivienda de niños, se ha esforzado en construirles una pajarera que sonría. ¡Dios se lo pague!

Pedimos permiso para entrar, y otorgado por la hermana rectora, otra beata toma un manojo de llaves y echa delante para servirnos de guía. Las alas blancas de su toca van siempre las primeras indicando la ruta. Es una poética excursión la nuestra. Nos disponemos á penetrar en un nido y nos conduce un ave. Es imposible pararse en detalles mínimos. La «madre» atraviesa salones y más salones; aquí abre unos armarios que ocultan los muros y nos muestra en sus estantes un tesoro de ropa blanca, limpita, muy jabonada, trascendiendo á simpático aseo; allí nos enseña las filas de lavabos de piedra amarilla, cada uno con su grifo de bronce; allá nos lleva á las amplias alcobas

bañadas de sol, con sus hileras de camitas cubiertas de encarnadas colchas que nadie remete por las noches tapando las espaldas, humildes lechos arregladitos, pulcros, castos, ingénuos, pero privados de la íntima dicha de no haber oido nunca el beso de despedida antes de llegar el sueño. Visitamos las cocinas, la despensa, las bodegas, los comedores, el gimnasio, las múltiples dependencias del servicio. En todas se descubre un orden ejemplar; son la última palabra del progreso. Suelo adelante avanza una doble vía que recorre las diversas estancias. Por aquellos rieles circulan vagonetas pequeñas, transportando la comida. Nos detenemos en algunos obradores y escuelas. En la primera, las niñas bordan; en la segunda, los niños escriben. En los talleres de los oficios trabajan los muchachos bajo la inspección de los maestros. Cuando advierten nuestra presencia, unos y otros se levantan, suspenden la tarea, nos miran extrañados. Diríase una banda de pájaros que se asusta. No hay duda que nuestra curiosidad viene á turbar algo misterioso y puro. Estamos profanando su santuario, sorprendiendo una supre-

ma castidad que se ruboriza. El aspecto de las criaturas es saludable y sano; poseen rosas en las mejillas y en ninguno se descubren esos párpados encendidos y sin pestañas de las oftalmías que desfiguran á los acogidos en la mayor parte de los hospicios. La capilla, moderna y pequeña, ofrece un conjunto agradable. A nuestros oídos llegan acordes de música; es la banda del establecimiento que ensaya. La escrupulosa higiene, la exquisita pulcritud, las comodidades y hasta el lujo que revelan el piadoso lugar, borran la idea de un refugio de huérfanos y trae á la mente la silueta de un colegio. El espíritu se llena de asombro y no encuentra frases con que expresar su embeleso.

Al cabo damos por concluída la jornada y nos disponemos á salir. Una algarabía enorme nos ensordece de pronto. Centenares de vocecitas infantiles alzan un coro descomunal, como si cacareasen á la vez muchísimas gallinas. Ahora mismo sabremos qué sucede. Abordamos un patio y en él nos encontramos una alborotada muchedumbre de niños en plena libertad, sueltos, á sus anchas, desbordados, que trotan subdividiéndose en

varios grupos y se esparcen de mil maneras diversas: jugando al toro, al navero, al marro, entre atronadoras explosiones de risas. Sus carcajadas brotan impetuosas del corazón; son felices. Nadie los vigila, ningún inspector los importuna con su cara de vinagre. Entre ellos se distingue, sin embargo, una hermana que anda de aquí para allá, complacida del barullo, dulce, serena, bondadosa, sin incomodarse nunca. Entre el jubón lleva prendidas cuatro ó seis agujas con hebras de hilo. Su misión no puede ser más práctica; no se halla en el remolino de los chicos para acecharlos, sino para coserlos; para remendar en el acto los desgarrones que los rapaces se hagan en la ropa durante la hora de recreo. Así anda loca sin saber á cuál de los mocosos que solicitan sus puntadas acudir primero, y sin gozar un momento de descanso entre la bullíciosa turba que la coge de la falda mostrándola sus «sietes». Ella no se incomoda y no cesa de pegar botones ni de arreglar desgarros, fingiendo que se enfada. Es un idilio de una ternura infinita. ¡Bienaventurados los humildes! ¿Qué tal?—me pregunta el amigo que nos acompaña, terminada la excur-

sión, y solo pueden contestarle los ojos fascinados, porque la voz ha huido cortada por una lágrima indiscreta que ha sido preciso tragarse.

VI
El Hospital valenciano

Es uno de los establecimientos que más nombre tienen dentro y fuera de España. En el vestíbulo, entre un grupo de árboles, se alza la estátua del beato fundador que dotó á la ciudad, allá en los siglos medios, de una institución tan piadosa. La puerta principal nos brinda la entrada; nadie diría que hemos puesto la planta en la sala de un hospital; ninguno de esos penetrantes olores á iodoformo y ácido fénico que caracterizan todas las enfermerías hiere en ésta el olfato; el aire circula con profusión; las naves se hallan saturadas de oxígeno. Es una atmósfera de montaña, sin su ambiente frío, la que existe aquí.

La distribución de las salas no puede ser más sencilla, aunque, hablando en

puridad, no hay verdaderas salas. El Hospital está constituído por dos pisos, que forman respectivamente dos cruces de galerías sostenidas por gruesas columnas de mármol, abriéndose en el centro una rotonda común; las camas se extienden en dobles filas á lo largo de los muros; las ropas de los lechos, las mesillas de noche, las paredes, los pisos, todo revela un extraordinario aseo; las baldosas relucen como si se caminara sobre espejos; se advierte en seguida que en la piadosa casa se observa al pié de la letra la más escrupulosa y quizás la piedra angular de las reglas higiénicas: la limpieza.

El inteligente y meritísimo secretario del establecimiento, Sr. Marín, que nos guía, abre de pronto una puerta que deja paso como á una explosión de pitorreos débiles y apagados de pájaro enfermo; son las salas de niños... En una de ellas se descubren varias camitas donde descansan los pobres ángeles escuálidos, consumidos, tristes, perdidas todas sus frescuras de rosa; algunos agitan los brazos; acaso llaman á sus madres ó sueñan que están jugando con sus amiguitos en la calle...

Separados para que no molesten á los

demás se hallan los convalecientes, más revoltosos, más vivos; pero siempre contenidos por un extraño recogimiento... Al cuidado de unos y otros anda una dulce hermana que regaña acariciando; no hay ojos infantiles que no la miren con amor ni boca menuda que no la sonría... Indudablemente esa gran toca blanca está llena de besos purísimos. Curando á un diftérico quedó tuerta la infeliz; en otra operación, poco menos que perdió la pupila sana; acaso resulte ciega, pero mientras, no abandona á sus criaturas; su nido necesita de sus alas.

Sigamos la visita: despensas, cocinas, lavaderos, farmacia, baños, todo chorrea limpieza, todo es legítimo; los alimentos que el enfermo toma, las medicinas que se le administran son puros, sin adulteración ninguna, de primera calidad. El activo secretario que nos guía, y á quien tanto debe la casa, nos dá la clave de todo aquello confiándonos lo que cuesta cada enfermo. El precio resulta fabulosamente barato; una cama ocupada significa un gasto de una peseta diez céntimos diarios; semejante economía sólo se consigue con una administración modelo, escrupulosísima...

Comunicándose por una escalera interior, existe una accesoria para convalecientes, de fundación particular, donde van á parar cierto número de enfermos antes de ser dados de alta en definitiva; allí se encuentran alojados con toda suerte de comodidades, dentro de la modestia peculiar á un establecimiento benéfico, disfrutando de una vida tan holgada y tranquila, que seguramente, pensando en las penurias del hogar propio, habrá quien consagrará la primera oración al levantarse á pedir á Dios que no acabe de ponerle bueno jamás.

La Inclusa

Hállase en el mismo edificio del hospital. Nuestro ilustrado guía *nos* baja por una suave escalera y nos encontramos en un gabinetito donde se distinguen una cama y cuatro ó seis cunas; la cama hállase cubierta por un pabellón blanco; las cunas ostentan doseles rosa ó azul. Todo en aquellos lechos es puro, transparente, sonrosado, casto; se adivina que en sus almohadas jamás se reclinó un

pensamiento turbulento y nublado; los muebles son sencillos, humildes, aseados, amorosos; trasciende de la estancia un dulce ambiente de recogimiento y de paz. Sólo hay en ella una nota sombría: la puerta negra por donde penetra la monstruosidad á dejar los pobres hijos á los que no quieren sus madres.

Con muy buen acuerdo, en la Inclusa valenciana se halla abolido el torno. A cualquier hora del día ó de la noche llega á aquel gabinete la mujer que conduce al infeliz recién nacido; nada se la dice ni nada se la pregunta. La hermana encargada respeta el misterio que vela la falta; acoge el niño, que quizás hasta entonces no recibe el primer beso de su desdichada vida, y lo deposita provisionalmente en una de las cunas de la habitación... ¡Cuántos desgraciados habrán penetrado ya por esa abominable puerta!... ¡Lecho blanco y camitas risueñas que abrís á los tiernos brotes vuestros brazos, callad, callad lo que presenciáis y que Dios os bendiga!

¡Ea!... Estamos en la pajarera, en la gran alcoba... Un coro de vagidos ensordece el aire; á lo largo de las paredes se extiende un ejército de cunas monisi-

mas, muy limpias, con sus pabellones rosa, con borlitas y flecos, con sus colchas diminutas tirando de los ojos con singular simpatía. Cada una hace el efecto de un capullo abierto para recoger en su cáliz á un niño; sobre los colchones manipula con brazos y piernas un mamoncillo que pide, en su lenguaje llorón, el calor continuo de un seno que le negó la misma mujer á quien debe la vida. Al frente del dosel de cada camita se descubre una cifra que borra con su simbolismo el encanto de los adornos rosa: es la marca indeleble de la desgracia. El pobre desconocido que nació con derecho á nombrarse algo, sólo se llama un número; á medida que crezca irá sabiendo que no es Rodríguez ni López, sino el once ó el nueve; que no fué lactado entre hipérboles cariñosas, sino á toque de campana.

Nos acercamos á un lecho y le mecemos dulcemente; la numerada persona que se desgañitaba calla y se deja arrullar complacida; piensa que somos su madre; cuando nos apartamos torna á su llanto, á su llanto estéril, que no encontró eco en el corazón obligado á enjugarlo. Las hermanas y las nodrizas

van de aquí para allá cargadas á veces con dos chiquillos; pero son muchos... ¡Pobres ángeles! ¡Sólo les es dable gozar á turno de caricias!

¡Benita!... No se me olvidará mientras viva este nombre. Es una incluserilla de un año, alegre como un rayo de luz, que ya anda ratoneando por aquellas salas y á la que todo el mundo se disputa en el establecimiento por su dulce carácter; es una monada: ella hace los honores de la casa, y no hay visitante á quien no sonría y á quien no dé de buen grado un beso. Nada se sabe de su procedencia, pero no importa: es hija del asilo y el asilo la adora; no necesita más.

Un dato para concluir y borrar tanta amargura y que honra al pueblo valenciano: muchas son las extraviadas que abandonan su hijo, pero son más en número las nodrizas que se llevan para siempre el que lactaron y no pocas las familias que adoptan á los pobres incluseros.



VII
Camino del puerto

El mar dista poco de Valencia; por tranvía se tardará una media hora en llegar al puerto; por ferrocarril escasamente veinte minutos: ambos trayectos constituyen dos expediciones deliciosas, pero el primero resulta más cómodo que el segundo, porque los coches parten más á menudo que los trenes; optamos, pues, por la tracción de sangre, y allá nos vamos al Grao en el imperial de un carruaje para saborear la campiña.

El camino es un encanto; el tranvía avanza por una angosta calle de altos y copudos árboles que forma un túnel de hojas, é instintivamente los que viajamos en el segundo piso del coche agachamos la cabeza temerosos de dar en las ramas. A un lado se extiende la carretera sucia

y trillada por el tránsito de los carros de carga, que van y vienen al muelle abarrotados de mercancías; una barriada de casas pobres y humildes, alojamiento en su mayor parte de la barragania, si no ando trascordado, se alza á la derecha en el arranque del paseo; después surge la nota radiante de la huerta, con sus infinitos tonos de verde, con sus campos de maiz, sus frutales. Sus palmas, sus melonares, sus hortalizas, sus barracas y sus quintas. Los objetos van pasando y sucediéndose. Aqui tira de las pupilas una choza á estilo del país, blanca como una pella de yeso, con su pronunciado tejadito de cañizo; allá es un montón de amarillas calabazas ó un grupo de mates higueras lo que solicita á los ojos; más adelante un hotelito risueño, alegre, coquetón, con su verja sencilla, sus persianas de cortina y su minúsculo jardín se lleva nuestras miradas. El carruaje toma por un puente. La jornada se ha concluido: he ahí el puerto.

El muelle tendrá, como la mayoria de los de España, un expediente de reforma, abarrotado de planos y dictámenes de todos los ingenieros y juntas consultivas habidas y por haber; pero mientras tanto

permanece estacionado, sucio, cayéndose de viejo y con sus casas vetustas de uno ó dos pisos renegridas y ruinosas. La mayor parte de estos edificios son almacenes ó cafetines de marineros. La bahía es amplia y espaciosa y muy bien defendida por sus muros de contención, que constituyen una dársena abrigada y cómoda; multitud de gabarras y barcos de vela reposan en las aguas dormidas; en la extrema izquierda choca el oleaje en una rompiente artificial, y el mar se ofrece rojizo y turbio por la influencia de la corriente del río. El puerto produce una extraña impresión de tristeza. Su soledad se impone al espíritu.

El Grao y Pueblo Nuevo

Son los dos distritos principales de los cuatro en que se divide el pintoresco caserío que ha ido surgiendo á orillas del mar. El Grao, que se encuentra primero, es un amontonamiento de calles estrechas de gredoso piso, muy abundante en tiendas y almacenes y con edificios pequeños y diversos, de tal suerte distin-

tos, que acaso no haya dos que se parezcan. Por el color de las fachadas y el carácter de los comercios, trae á la memoria esos lugarcitos costeros sicilianos. Mayor belleza ofrece Pueblo Nuevo, su vecino, que es el arrabal de gran ciudad más delicioso que he visto. Contemplado desde la torrecilla de cualquiera de sus edificios ofrece un singular aspecto, una adorable regularidad. Las calles son largas y rectas, como tiradas á cordel, y diríase que allí se permitió instalarse á las fincas con la precisa cláusula de guardar absoluta alineación, dejándolas en todo lo demás amplias libertades; así se distinguen buen número de barracas, alternando con casas de mayor porte y hasta con bastantes de lujo, sin que nadie se ofenda por ello. A un lado se extiende la vega con sus infinitos maizales y al otro la playa con su mar sereno, saturándose el aire de tal suerte de olor á olas que lucha con el aroma picante de la huerta. Terminando el panorama, se descubre á la derecha el puerto abarrotado de mástiles y en toda la lontananza del paisaje asoman sus puntas una porción de campanarios.

Pueblo Nuevo tiene su *boulevard*, que

se llama modestamente calle de la Reina; es una vía orillada de árboles donde viven los valencianos que veranean. Los españoles, que siguiendo la necia moda nos vamos á dejar nuestro dinero en poder de los gabachos, no conocemos estos retiros deliciosos y cómodos, donde se desliza la vida holgadamente sin necesidad de derramar el oro á manos llenas. La temperatura es blanda y suave, refrescada por la brisa; casi todas las casas constan de un solo piso, con grandes rejas á la andaluza, puerta principal y puerta trasera á la playa, manteniéndose así una saludable ventilación; ante la entrada corre un toldo de lona, sostenido como el de una tienda de campaña por dos mástiles, y debajo, columpiándose en sibaríticas mecedoras, pasa la familia mañanas y tardes, en dulce intimidad, reparando sus fuerzas, al cuidado de los chicos que trotan como cabras y sin quebraderos de casinos y *toilettes*.

Ya en la terminación del pueblo se encuentran las humildes moradas de los pescadores, pequeñas, lindísimas, con su parra, sus trebejos, su cocinita, sus habitaciones enjalbegadas, sus gatos y sus rapaces en camisilla, trascendiendo re-

poso y contento, adivinándose en ellas la dulce felicidad de la resignación hermanada con la escasez, y mostrando á los ojos indiscretos que penetran ávidos de sorprender el nido esa ruda existencia del hogar del marinero, en el que nadie descansa y en el que cada quisque se gana su pan, el padre bogando en la compaña de los hijos mozos, la madre componiendo la red y la abuela cuidando de los rapaces y de la lumbre.

VIII

Olas y notas

Es tarde de moda en las Arenas; la buena sociedad valenciana que permanece en la ciudad porque gran parte de ella se encuentra todavía en sus quintas de campo, se reune en el balneario á oir la música. Por poco más de dos reales podemos asistir al concierto y recordar los inolvidables veinte años idos para no volver, en que la primera obligación de la vida era no faltar á ningún sitio en que hubiera muchachas bonitas.

El establecimiento de baños de las Arenas hállase enclavado á la orilla del mar, en una gran planicie lisa y desnuda, de piso movedizo, que reverbera al sol con un tono encendido de cobre. Los dos rieles del tranvía que cruzan la llanura recuerdan esos caminos de hierro

solitarios que atraviesan las estepas moscovitas. El balneario es un casetón de madera, amplio y espacioso, de agradable aspecto, y todo él influído por el gusto ligero y suave, abundante en rosetones y cresterías de los *chalets* suizos. En su interior forma el «edificio» una galería alta con veladores para tomar refrescos y un recinto cercado, en el que toca la banda de la casa de Beneficencia sobre un tabladillo: sillas volantes y cestos brindan á los filarmónicos al descanso, sentándose cada cual donde le parece. El cuadro resulta de una placidez suprema. Al frente el oleaje plácido, reposado, tranquilo, va y viene silencioso como si pretendiera no turbar la música, manteniendo siempre una greca de espuma blanca, que se empina para ver lo que sucede playa adentro. El público, diseminado por el «patio», deja pasar el tiempo charlando y oyendo fantasías de zarzuelas y tandas de valses. La serenidad del ambiente, la paz del día, la calma del agua, la hora crepuscular misteriosa y dulce, los trajes de verano, vaporosos y ligeros, de las muchachas, el olor salitroso de la marea, dan al lugar una suavidad infinita y atrayente, que

convida á no pensar y que abre las puertas á la fantasía, excitándola á tender el vuelo. Cuidado, que el espectáculo nada ofrece de particular; pero sin percatarse de ello se van las horas, hundida la imaginación en una languidez suprema, y cuando el espíritu advierte su ensimismamiento, se han echado las sombras encima.

Una luz roja surge en la llanura, que las sombras hacen más grande: es el tranvía. Cuantos salimos nos precipitamos á tomarlo. Los «naturales del país», acostumbrados, como es lógico, al lugar, atrapan en seguida la jardinera, que se llena de viajeros y parte. Mi pobre persona, en cambio, se queda á la mitad del camino, contemplando, con cierto terror, como el coche se aleja y sintiendo esa inquietud que produce en el espíritu la noche cuando lo sorprende á uno en despoblado.

IX
El triunvirato valenciano

Tres notas características ofrece la campiña valenciana: la barraca, creada sin duda por Psiquis; la paella, obra probable de alguna bacante, y la tartana, invención del propio demonio.

La barraca es sencillamente una cabaña, enjalbegada por dentro y por fuera, con un agudo tejado de cañizo por techo; en ella vive el honrado labrador, que no entiende de otra cosa que de sus legumbres; él sabe que existe una ciudad, un ferrocarril, un mar, pero no le importan mucho; su pensamiento no va más allá del último de sus plantíos de cacahuet. La humilde morada ofrece por ende un dulce ambiente de aislamiento; allí no turban el silencio otros rumores que los de la brisa en el follaje, el de

algún cantar, y los ruidos peculiares de toda vivienda de campo: ladridos y cacareos. Desde luego se echan de ver en la barraca dos cualidades complementarias: una gran limpieza y como consecuencia una extremada alegría; los pisos, de empedrado, se hallan barridísimos; la tosca loza resplandece como si fuera de plata, el fogón revela formidables frotes de estropajo, las paredes son blancas, los cántaros verdes, todo sonríe, todo resulta claro, radiante, luminoso, apetecible; diríase que el dueño se propuso que las penas se quedaran allá en los surcos del prado, detenidas en el umbral de su casa por aquel aspecto sosegado, por aquella placidez de pascua que se advierte desde la puerta. ¡Quién duda que en la barraca se aposentará el dolor eterno, compañero del hombre! pero al espíritu se le antoja que dentro del rústico albergue, deglutido el llanto en la tranquila soledad, ha de pasar más pronto...

No tengo á mano el salvavidas periodístico Larouse para poder echármelas de erudito acerca del origen de la paella, pero creo para mis adentros que el suculento plato no debió de faltar en las heló-

nicas fiestas báquicas. Yo no he visto nada más regocijado ni que más brinde á la expansión que esa perola cubierta por fuera de tizne y abarrotada por dentro de arroz amarillo, depositada como el arca santa sobre una mesilla enana en el centro de un corro de amigos, armados de la indispensable enchara de boj. A los primeros ataques se establece entre los comensales una extraña solidaridad de buen humor; diríase que la diosa de la risa, oculta en el fondo de la sartén, toca con su dedo cada uno de los granos que llevan la alegría á los gastrónomos; el hecho es que el primer pensamiento que á uno se le ocurre en cuanto comienza la comilona es impedir que las cucharas adyacentes mermen la propia ración.

Dos notas típicas ofrece la paella valenciana: saber cuál es su parte más sabrosa y saber salir vencedor en la lid, lo que no consigue el más tragón, sino el que sepa comer con más arte. Por eso el veterano en tales contiendas desprecia la superficie del guiso, dejando de paso que se enfríe, y llega con su cuchara hasta el fondo de la sartén, arrancando la parte de arroz adherida á las paredes

de la vasija, que constituye unas placas doraditas y algo tostadas de un sabor admirable, que piden en seguida un copioso trago del barral. La gracia de la paella, como ya dije en otro lugar, consiste en ver quién de los comensales se quede el último zampando; pero el triunfo es por lo general poco noble, porque todo se reduce á no engullir apenas al principio para devorar á dos carrillos al final; existen, sin embargo, estómagos leales que se echan en sus cavernas honradamente media paella con tropezones de pollo y jamón.

La tartana ha sufrido un rudo golpe con la instalación de tranvías y ferrocarriles económicos, pero se defiende sin embargo, y se defenderá no sólo porque es el vehículo clásico del país, sino porque no existe otro para trasladarse á ciertos pueblos. La fábula mitológica ha creado la sirena fascinadora de cuerpo de mujer, que seduce á los navegantes con sus encantos y luego los mata en el fondo del mar; tal acontece con el clásico carrito valenciano.

No hay nada más lindo que la tartana. Menuda, pequeña, con su toldo de lona, con su caja de vivo color ribeteada de

filetes rojos, con sus cortinas para el sol y la lluvia, con su castaña jaquita viva y recia, que piafa por arrancar, no se necesita mucha penetración para adivinar en el carricoche una especie de relámpago que se tragará los caminos con la velocidad de una tromba; su aspecto es tan de campo, tan francote, que subyuga; en cuanto distingue un forastero le habla de llevarle por entre los plantíos de maizales de la huerta... ¡Vamos! ¡Que es imposible resistir la tentación!... ¡Arriba!... El caballo parte al paso. De pronto toma el trote... ¡Dios mío!... El balanceo de un buque resulta un grano de anís al lado de estos tumbos. El sombrero se va por un lado, los lentes por otro, los sesos pugnan por salirse del cráneo, el estómago se empeña en huir, los viajeros de un asiento «nos arrojamos en brazos» de los compañeros de enfrente, el paisaje se ha vuelto loco, las barracas están borrachas, todo baila una danza vertiginosa... Y no hay medio de parar; el conductor se ríe, parece un demonio gozando con las torturas de los condenados; la caballería «ha echado» alas... ¡Dios mío! ¡Socorro!... ¡Restablece, por piedad, las inmutables leyes del equilibrio!



X

Las cuevas de Burjasot

Todos los alrededores de Valencia son iguales; una alfombra de terciopelo verde, y no muy distantes unos de otros multitud de pueblecitos blancos, que de lejos parecen copos de una gran nevada que pasó y que el viento ha arremolinado, amontonándolos la helada.

Sorprender las costumbres de los pueblos que se visitan, penetrar dentro de ellos y estudiarlos sin que lo adviertan, identificarse con su manera de ser, constituye para el viajero frenético una suprema felicidad. El interés sanísimo de mi excelente guía por la valenciana región, Bernardo Morales, me depara la soñada dicha. Un su amigo, rico cosechero del Grao, D. Ricardo Martínez, se ha brindado á acompañarnos en su tartana,

y hoy recorreremos las inmediaciones de la ciudad del Turia. Mi entusiasmo por la excursión alcanza tales puntos, que si me lo exigieran con propósito de *avalencianar* la jornada, me embutiría en los amplios zaragüelles.

Ello es que con algunas vituallas de reserva para almorzar, allá nos vamos dentro de la tartana, que adelanta arrastrada por una jaquita castaña que «se traga» la carretera que es un primor, dejando tras de sí un alegre murmullo de cascabeles. El vehículo no se porta mal hasta ahora, apenas cabecea; bien es cierto que sus ruedas se deslizan suavemente por los rieles del tranvía. Ha llovido pocos días há y el piso muestra aún grandes baches y charcas; en cambio no hay polvo. El agua ha lavado las frondas, y los árboles de huerto que se asoman sobre los bardales de las tapias á los lados del camino muestran su follaje muy limpio y reluciente. Son las nueve de una serena mañana de sol.

Hemos llegado á Burjasot. La tartana adelanta por una calle recta de casitas enjalbegadas, sin duda la vía principal del pueblo. La minúscula ciudad es muy blanca y luminosa. Pasamos de lar-

go, nos apeamos en un olivar, dejando á la jaca en condiciones de que se almuerce un poco de yerba; compramos vino en una venta y nos trajelamos buen número de rodajas de salchichón y de butifarra á la sombra de una higuera. Después nos dirigimos á las famosas cuevas, término y fin de la jornada.

Nadie que de culto y observador se precie debe dejar de visitar estas cuevas: recordando las lóbregas habitaciones socavadas en las vertientes del Sacro Monte de Granada, pensé encontrarme con unos inmundos tugurios de gitanos; nada más lejos de ello. Las cuevas de Burjasot son unas reducidas viviendas de gente pobre, claras y ventiladas, construidas dentro de tierra, aprovechando sus accidentes y distribuidas en dos ó tres piececitas, que reciben la luz por un agujero que ahorada el techo ó por la entrada: su menaje es mísero, roto, viejísimo, cansado de servir, pero aseado y pulcro, lo mismo que las dos ó tres mujeres que nos reciben haciendo los honores de la casa, maltrechas y raidas, pero curiosas. Hasta en los menores detalles de aquellos domicilios de topo se advierte un singular aseo. Hay allí escasez suprema, pero no

porquería. Entramos en tres ó cuatro alojamientos subterráneos y otra vez á la tartana.

Paterna

Resulta no ya un rincón, sino el propio paraíso entero. La población se halla enclavada en un llano y materialmente oculta entre frondas. Como Burjasot, es blanca y limpia, pero á primera vista descúbrese en ella una fisonomía diferente, una extraña distinción; en sus calles de casas bajas se encuentran algunos hotelitos modernos con verja, y al paso nos tropezamos casualmente con esas siluetas suaves y vaporosas de jovencitas de buena sociedad, vestidas con elegancia, pero con la sencillez propia de la vida del campo; Paterna es una residencia de verano que, por su aire á la vez rústico y aristocrático, trae á la memoria á Biarritz; aquí se refugian las familias acomodadas de Valencia durante los meses caniculares del estío, y no es raro oir á lo mejor en regocijado dúo el cacareo de un gallo y los acordes de un piano.

En Paterna nos detenemos una hora, aprovechada en estirar las piernas, que ya lo pedían por favor, y continuamos luego nuestra ruta por un camino orillado de troncos. De la derecha surge un gran edificio con aspilleras y se distinguen ante su puerta principal pantalones rojos. Es uno de los cuarteles del campamento que aquí tiene establecido la Capitanía general de Valencia y donde celebra la guarnición sus maniobras. Seguimos despacio y arribamos á la estación del ferrocarril de vía estrecha. Uno de los expedicionarios ha de marchar á la ciudad. De pronto, apareciendo entre los árboles, llega un tren corto, arrastrado por una máquina pequeñita y constituído por varios wagones de exiguo tamaño. La locomotora no silba, nadie pregona nada, y el convoy vuelve á partir como llegó, rápido, pero en silencio, perdiéndose entre otro grupo de árboles. Aquel rosario de coches, deslizándose sin ruido y ocultándose en el acto, tiene algo de una aparición «incorpórea». Es un tren fantasma.

XI

Un día en Sagunto

Es una proposición tentadora; sesenta minutos de tren, y nos «zambullimos» en plena antigüedad. Por tres pesetas, largas de talle, se tiene la dicha de sentarse en el mismo *podium* que el más empingorotado senador romano. ¡Quién vacila! ¡Todo por César!

Hélo ahí, roqueño y fuerte, en la cumbre, dominando el pueblo. Desde la vía se le distingue, pero hasta que no se pasa su rastrillo no se forma cabal concepto de su inexpugnabilidad guerrera. Ya dentro de su recinto, comienza á vislumbrarse el Lacio; existen bastiones y torres de una trabazón de bloques tan sólida, que revelan aquella mano inmortal para construir fábricas eternas, que no ha podido eclipsar el engañoso hierro mo-

derno. Mirando sus almenas se descubre un panorama soberbio: la vega con sus infinitos tonos verdes, saltando del esmeralda de la viña al oscuro del naranjo, cruzada por las franjas claras de varias carreteras, salpicada de pueblecillos de nieve cuajada, y ofreciendo una interminable sarta de huertos y marjales que se pierde en la lontananza confusa.

Nadie que sube al pedregoso castillo deja de visitar las mazmorras. El espíritu se espanta de su aspecto; son unos tabucos destilando humedad, abiertos bajo tierra, con un tragaluz por donde penetra claridad tibia, dotados de una puerta maciza y hundidos en una profundidad á la que no llega ningún ruido de arriba; la imaginación adivina en seguida la tortura; ve al mísero preso que baja joven á la prisión y sale de ella anciano y caduco, si sale, después de purgar, de modo horrendo, un delito que sólo existió en la mente del señor feudal. Semejantes calabozos llámanse en el país las leoneras: parece que en tiempos de la culta Roma se encerraban allí las fieras destinadas al circo. Andando los años, los hombres sucedieron en la infecta cueva á las bestias. Dando vueltas y revuel-

tas, hemos llegado á unos antros perdidos en las entrañas del monte, en los que apenas se divisan los objetos. En algunos sitios hay que inclinarse para pasar. El corazón late trémulo, horrorizado... Cree escuchar suspiros débiles, sollozos... La bóveda hállase impregnada de un llanto que nadie escuchó... Salgamos... El cuerpo tiende á huir por instinto; al espíritu medroso se le antoja que le han cortado la retirada... El resplandor de la mañana aumenta... Estamos fuera. ¡Dios mio! ¡Qué bendito dón otorgaste al hombre concediéndole el aire libre!

El teatro romano

Una puerta con verja, abierta en una tapia, le dá entrada; traspuesto el umbral, se encuentra el visitante en pleno coliseo. La parte por donde se penetra corrrespondía al escenario; el tiempo no ha respetado el clásico lugar donde resonaron los versos de Terencio; un montón informe de cantos y ortigas lo obstruye. Al frente se prolonga en semicírculo la

gradería, siguiendo la pendiente del monte. De trecho en trecho un paso más ancho indica la división de las localidades; aquí se sentaba el Senado, la gente patricia; allí, al medio, las matronas; allá, en la cúspide, el pueblo, la plebe. Los escalones han perdido su forma, su gallarda alineación; están desmochados y rotos, mordidos por las plantas trepadoras que no se pagan de antigüedades, deshechos por los ramblazos de las aguas. A los lados se yerguen con un supremo esfuerzo restos de arcadas amarillentas, sostenidas por prodigios de equilibrio; parece que comprenden su simbolismo, que saben su estirpe; se caen, y no quieren caerse. Por detrás corren galerías aún cubiertas, que sin duda se utilizaban como desahogos por la muchedumbre; la curiosa mano del arqueólogo ha acumulado en un rincón diferentes bajo-relieves ó inscripciones, que concluyen de retrotraer la memoria al pasado...

Reina un silencio absoluto; por donde quiera que se tienden los ojos se descubren ruinas, pero no informes, sino mostrando un residuo de lo que fué. Ha desaparecido el teatro, pero queda petrificada su grandeza; la muerte no ha podido con el

espíritu que alienta en aquellas bóvedas; pasó el tiempo, pero su luz no borró el recuerdo que vive y flota entre las gradas partidas. El tibio rumor del aire que acaricia esos jaramagos llena la mente de ensueños; instintivamente se juntan las pestañas para ver con el alma, y poco á poco la fantasía, dictada por el corazón, va resucitando edades épicas y colocando en la escena el actor trágico calzando el coturno y ahuecando la voz con la máscara, y en los asientos el tropel de colores del pueblo romano escuchando impaciente los dísticos del *Heautontimoroumenos*. La voz del guía corta la artística abstracción; no hay nada; se ha apagado la gloria; lagartijas y ortigas enseñoreadas de los escalones; las barricadas de pedruscos que rodaron desde la cumbre con las torrenteras; en los arcos algunos nidos de vencejos, y un campesino depositario de la llave de la verja, que con su figura impasible os enseña el teatro derruído, mientras trenza con sus dedos ágiles una tomiza, y que os dice al llegar á la galería posterior cubierta: «Aquí es donde se salían lós romanos á fumar».

Al descender

Bajamos al pueblo de nuevo, entristecidos con esa nostalgia serena que despiertan las ruinas, henchida la memoria de recuerdos de la lúgubre hecatombe que ha inmortalizado el nombre de Sagunto, y con los bolsillos repletos de pedazos y fragmentos de ánfora, rebuscados entre los escombros, y nuestros pasos nos llevan á una plaza de grandes plátanos, bajo la que se esconde una caseta, que ostenta en el dintel este rótulo: «Cisterna municipal».

Es la fuente pública; allá abajo, en el fondo de una mina, á la que se desciende por una resbaladiza escalera de piedra, están los caños, dejando salida al agua del manantial; hemos llegado á la hora en que las muchachas acuden con su vasija de corcho y cabos dorados. Dá gozo verlas arremolinadas, con su falda corta, su limpia media de color grana y su alpargata blanca; conforme van acercándose toman vez, se sientan en los poyos que limitan la plazoleta de la cisterna y ma-

tan el tiempo charlando con un risoteo de personas felices y jóvenes que encanta; de cuando en cuando la puerta arroja un pelotón de mozas, que se retiran con sus vasijas rebosantes de agua fresca, y la banda de las que esperaban se cuela á su vez á llenar, advirtiéndose allá, en la claridad crepuscular de lo hondo, un bulle-bulle, como bandada de pájaros nuevos.

Roma, los Césares, Plauto, el pueblo-rey, todo se borra entonces de la mente ante aquel aglomeramiento de chicas del pueblo, el corazón, influído por la suave silueta de las saguntinas presentes, dá al olvido aquellas otras que llenarían sus ánforas, de las que algún fragmento escapado á la guadaña de los siglos descansa ahora en nuestro bolsillo, y más reposado el espíritu, se torna el viajero á Valencia, luchando por sobrepujar en su memoria la remembranza primaveral de las mozas de la fuente y el recuerdo sombrío de las gradas ruinosas que le quedan al teatro latino del monte.



XII
La valenciana

No es posible partir de Valencia sin dedicar un recuerdo á sus mujeres; con dificultad se encuentra otra población en que más se prodigue la belleza. A primera vista queda clasificado el tipo: árabe, y mejor bereber. La valenciana no se caracteriza como la gallega por su hermosura de estátua, por la plasticidad de sus formas, por más que no ande mal de seno, sino por la expresión de rostro, por la dulzura de las pupilas. Pequeña, menuda, viva, algo relámpago, nerviosa y resuelta, su mayor encanto radica en los ojos, que miran derechamente desde lo más hondo del alma, con el corazón siempre influído por un eterno sueño juvenil.

Tiene una fama bien adquirida; la mu-

jer de la huerta es Fátima ó Lokna sin las hopalandas morunas; quizás la plasticidad que le falta á la valencianita de la ciudad la posee con exceso la labradora, más rica en fibrina y por ende más diosa. El hecho es que en ninguna parte como en el paraíso de las barracas se encuentra esa mujer espiritual y lánguida, algo pasionaria, encerrada en el cuerpo rudo de la aldeana, que desarrolla excesivamente el músculo por razón de sus tareas campesinas. Y resumiendo con Alarcón que como guapas son guapas, me pongo á los menudísimos pies de las nereidas del Turia, pidiéndole á Dios, aunque esté ya blindada mi humanidad, que me libre de una pecaminosa tentación.

Ojos y rosas

Son dos detalles singularísimos, dos notas que el viajero observador no puede menos de apuntar en su cartera; el tamaño de unos y otras. En todas partes hay ojos rasgadísimos y rosas espléndidas, pero sin que la cosa signifique

apasionamientos de «turista» que se prenda de cuanto hiere su imaginación, la verdad es que yo no los he visto en ningún lugar tan grandes. Pocas son las valencianas feas; acaso el motivo de tal generalización de la hermosura es el tamaño de sus ojos, que diciéndolo con el vulgo les llena toda la cara; en cuanto se dan dos pasos por una calle se advierte esta circunstancia; todas las mujeres que pasan poseen una órbita rasgadísima, donde brillan unas pupilas enormes, que fulguran con un dulce resplandor.

Cualquiera diría que las rosas son aquí rivales de los ojos y se empeñan en eclipsarlos... En el barracón que en el mercado de la Lonja sirve de humilde alojamiento á las flores, venden «los ojos grandes» unas rosas tremendas, descomunales, de una amplitud suprema y de unas dimensiones tan inusitadas, que con todos sus pétalos abiertos cubren muy á gusto la boca de un vaso de á cuartillo; por el tamaño parecen peonías, sin que su cuerpo gigantesco excluya una delicadeza de matices infinita y una ternura inmensa... Son unas rosas espléndidas, «sanguíneas», majes-

tuosas, con cierto aspecto solemne de matrona romana, hermosísimas con la hermosura exuberante de los treinta años de la mujer...

Un apunte de carácter

Hay en Madrid una equivocada creencia en que la mayoría de las gentes viven: la de que no existe ningún gallego que no sea aguador, ni ningún andaluz que no se pase el tiempo batiendo las palmas; igual acontece con el pueblo valenciano. Muchos que miran las cosas por el cristal de Teófilo Gautier, tienen por verdad inconcusa que el labrador de la huerta oculta la escopeta entre el maíz y que por la circunstancia más mínima suelta el podón y arrima un tiro al lucero del alba.

Nada más inexacto ni más calumnioso: bajo mi firma declaro que he encontrado en el labrador valenciano una cordura y un respeto al *siñoret*, que para sí quisieran muchos pueblos que pasan por cultos. El labrador valenciano habla con el mesócrata con singular sol-

tura, sin balbucear ni aturdirse, sin encogerse; se le conoce que no se humilla, pero se ofrece sonriente, generoso, espontáneo, desprendido, sin que por eso se salga un momento de su clase. Podrá ser una impresión de forastero, pero revela desde luego un honradísimo y sano fondo. Acaso se confundan los arrebatos de la sangre, originarios de la levadura africana, con los bajos impulsos de la traición. Sea de ello lo que quiera, Dios me dé mucha gente mala como la de la huerta de Valencia.

En marcha

Es preciso partir, dejar el paraiso, renunciar á las palmas, á los ojos negros, al Cabañal, á la Alameda. Todo pasó: la cartera de viaje contendrá otras cuantas notas nuevas, otra porción de siluetas, más nombres propios: el alma se llevará de la dicha pasada su esencia en recuerdos, y dentro de unas horas la locomotora impasible, que no altera su marcha ni por el dolor ni por la alegría, habrá re-

ducido toda esta realidad viviente á una fecha inolvidable.

Yo no sé lo que acontecerá á los demás; de mí sé decir que asomado á la ventanilla lancé á Valencia una última mirada, á la vez que me nacía en el pecho, como un germen para lo futuro, el deseo de volver, y que cuando escondí el cuerpo sentía una extraña amargura en el alma, como si me dejara atrás algo mio.

XIII
La campana piadosa

Es una felicísima idea que debiera tener múltiples admiradores. El tren llega al Grao y al atravesar el paso de nivel estalla de pronto en el aire un campanco vertiginoso, frenético, formidable, como de un esquilón echado á vuelo, pero no movido por mano humana, sino por las bofetadas de viento de un ciclón. El instinto advierte al viajero que aquel bronce loco avisa algo, y algo avisa. Antes eran frecuentes las catástrofes. Los carreteros iban muy descuidados conduciendo sus vehículos y se les echaba encima un expreso ó un correo, sin que pudieran librarse de la embestida. La muerte les sorprendía descargándoles el golpe á traición. Ahora, apenas se aproxima un convoy al encuentro con el cami-

no, la campana, volteada eléctricamente, anuncia el riesgo y el tránsito se interrumpe un instante mientras el tren cruza, tornando á reanudarse en seguida. La providencial campana no descansa nunca, nunca duerme. Día y noche vela por los infelices peatones. Sabe Dios las vidas que llevará salvadas hasta la fecha. Los ecos metálicos se quedan apagados por la distancia, pero su vibración llena el espíritu de una tan dulce simpatía, que se continúa escuchando buen espacio de tiempo y no se olvida jamás. Es una campana con corazón.

De noche

Caminar de noche por una línea que se recorre por primera vez es el deleite supremo de un viaje. Lo desconocido impresiona siempre; el hombre será eternamente un niño á quien arredran los peligros de lo ignorado. Dos ó tres horas antes el wagón le era á uno indiferente, se puso el pié en aquel compartimiento como se pudo poner en otro. De pronto se despierta en el espíritu un ex-

traño amor al coche, al rinconcito donde se apoya la cabeza, al colgadero de la ventanilla, al farol del techo; se les mira con repentino cariño. La cosa es sencillísima. Fuera están las sombras, lo insondable. Dentro, la luz, la gran amiga del alma. El «turista» se encuentra solo y olvidado y vuelve los ojos á lo que le acompaña y le alienta.

El tren avanza sin gran prisa; diríase que va dando cabezadas. La oscuridad es completa. El campo ha desaparecido. De cuando en cuando surje una luz que se borra en seguida y á su resplandor momentánea se entrevé un humilde hogar. Es una caseta de guardavía. En cuantas estaciones se detiene el convoy, los ojos buscan con avidéz los objetos al brillo pálido y moribundo de los reverberos del andén. La imaginación, conturbada y tensa por las sucesivas emociones del viaje, ha perdido la noción exacta de las cosas, y los árboles, los palos del telégrafo, los wagones arrinconados en los apartaderos, los muelles de mercancías, disfuminados por la sombra, adquieren unas proporciones fantásticas y extravagantes de mónstruos dormidos.

El tren acorta su marcha. A uno y otro

lado se distinguen caserones, que quizás son talleres ó cocheras de máquinas y vías adyacentes para el servicio de la estación. Entramos en agujas. Estamos en Castellón de la Plana. Los empleados van y vienen; un grupo de gente habla y ríe; son viajeros que se despiden y se disponen á montar en los coches. Los reverberos rasgan la penumbra á trozos, aumentando así la oscuridad del resto del andén, á donde no alcanzan sus rayos. Allá, al fondo, á la izquierda, se dibujan en la sombra unas hileras de lucecitas que parecen estrellas bajas y que acusan vagamente filas de árboles. Sin duda es el alumbrado de un paseo. Todo se desvanece como los episodios incorpóreos de un sueño y continuamos nuestra ruta solitaria y silenciosa. Fuera del ruido monótono é igual de la trepidación no se oye el rumor más leve. El campo descansa; la mente, influída por el sitio, retrocede al ayer, y cree escuchar en la quietud de la naturaleza un enérgico quién vive. Vamos atravesando las feraces llanuras donde por dos veces ha corrido la sangre en holocausto á una idea, las vegas que han servido de teatro á las campañas carlistas. Alcalá de Chisvert, Peñíscola, Vina-

roz y Tortosa. ¡Tristes recuerdos destilando lágrimas! De pronto, el rumor seco del tren avanzando por terreno firme se torna en bronco y hueco. Pasamos un puente de jaula. Por debajo, callado y mudo, destacando en la noche su mancha blanquecina, amplio y caudaloso, se desliza un río de gran corriente. Es el Ebro. La fatiga, el rendimiento natural y más insinuante cuanto mayor es el gasto de fuerzas se apodera del cuerpo, y una modorra que vence á la voluntad cierra los párpados rebeldes. Cuando despierto, una alegre claridad de mañanita llena el compartimiento. ¡Bien haya el sol! A la izquierda surje una populosa ciudad; es Tarragona.

———



EN TARRAGONA



AL DOCTO PROFESOR Y SECRETARIO

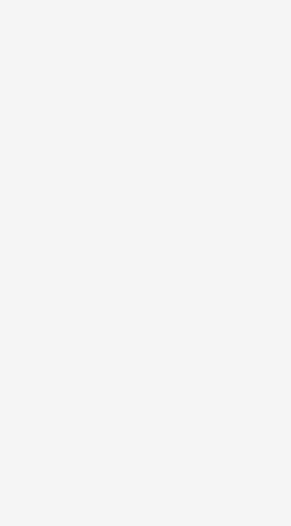
DE LA ESCUELA NORMAL DE TARRAGONA

D. ALEJANDRO DE TUDELA

Mi excelente amigo: Por especial delegación del ilustrado Catedrático D. Juan Ramonacho, ausente en aquella sazón de la ciudad, fué usted mi amable guía, y más aún, mi providencia, durante el corto tiempo que permanecí en Tarragona. Tanto á él como á usted dedico, por ende, estos apuntes de viajero, cariñoso recuerdo de una fecha de dicha que ya pasó, y á la que ustedes contribuyeron con su galantería y su interés.

Suyo afectísimo amigo y compañero,

Alfonso Pérez Nieva.



XIV

Durmiendo

Llegando en el correo se sorprende á la ciudad entregada al más dulce de los sueños, el de la mañanita. La población ofrece acceso por varias rampas de pronunciado declive, recién levantadas y alguna todavía en construcción. Para mis entusiasmos de viajero constituye el placer de los dioses echar adelante por una población desconocida, sin saber por dónde voy ni á dónde me encamino. El día está sereno, el sol convida á pasear; me dejo llevar por ende de mis gustos, y siguiendo por aquí, cruzando por allí, torciendo por allá, doy con mis huesos en una hermosa y ancha calle orillada por dos filas de árboles gigantescos; entre sus troncos y bajo las copas se distinguen hileras de sillas de hierro pintadas de amarillo; los edificios son altos, sóli-

dos, modernos; es una vía hermosa, de gran población. El rótulo de una esquina me revela su nombre: la rambla de San Carlos. Todas las casas muestran cerrados sus balcones; algunas tienen entreabierto el portal; en las tiendas de comestibles y en las panaderías entran á comprar los primeros parroquianos; las campanas de una iglesia empiezan á tocar á misa de siete; á su llamada suave, rebujadas en su manto, con el devocionario en la mano, pasan varias devotas, que nos miran á mi mujer y á mí con extrañeza, estupefacción que también se le asoma á los ojos á las criadas que transitan por nuestro lado. Indudablemente, nuestra silueta, arrugada y descompuesta de la mala noche, debe de ser un tanto rara; quizás nos toman por un matrimonio de artistas errantes, de esos que recorren los balnearios cantando tonadas tirolesas. El azar nos lleva ante un hermoso monumento: es la estátua de Roger de Lauria, el heróico almirante que fué el brazo derecho de Pedro el Grande de Aragón. Aquí cerca, en el golfo de Rosas, destrozó una escuadra francesa. Acaso por eso los tarraconenses han querido perpetuar su memoria en el bronce.

La soledad convida á la meditación, y la idea de encontrarse en Tarragona, sobre un mundo que se ha venido abajo al peso de los siglos, en el corazón de la España romana, pisando las sepulturas de toda una civilización que sirvió después de marmóreo basamento á la cultura universal, deja caer en el espíritu una íntima satisfacción, á la vez que despierta una vaga repulsa contra aquella madrugadora campana que pone en precipitada fuga, trayendo á la mente la realidad, la turba de togadas siluetas evocadas por los sueños de la fantasía.

La Catedral

Yendo como es natural de abajo á arriba por la situación de la vía férrea, forma la población un singular contraste: abajo un hermoso puerto, desde el que se divisa el mar en una extensión enorme; arriba la vetusta Catedral amarillenta con ese tono de agua fuerte de la piedra antigua, mostrando todos los órdenes de arquitectura, del gótico al bizantino; la ciudad enmedio, descendiendo hasta la

dársena lo moderno y agrupándose en torno á su templo histórico lo vetusto.

La Catedral se halla enclavada en la parte vieja de la capital, rodeada de casas añejísimas; es una época histórica que se ha refugiado en la altura, como afanosa de conservar íntegro su carácter. Ante las gradas de la venerable fábrica pasa una calle en cuesta y á un extremo, bajo un vetusto pórtico de arcos apuntados, bulle la gente comprando fruta á un tropel de mujeres instaladas allí con sus cestos. El espíritu se queda absorto y los ojos embelesados con lo que contemplan una vez en la cúspide de la escalinata. Resulta imposible describirlo con exactitud: es lo gótico en su prístina simplicidad, en toda su pureza. No acertaré con su cabal pintura, pero procuraré dar una idea de la fachada. Se compone de tres cuerpos: el inferior consta de dos esbeltos pilares laterales, que rematan en dos largas pirámides dentadas de una elegancia suprema; sobre un primoroso zócalo se yerguen á los lados de la entrada dos filas de estátuas de apóstoles y profetas, rígidas y graves; el tiempo las va desmochando poco á poco, se empeña en echarlos de sus nichos, al-

guno de los cuales está ya vacío, pero ellos no cejan y permanecen en sus puestos, derrumbándose lentamente y cayendo á los zarpazos de los siglos sin apartarse de la puerta que custodian desde fecha inmemorial. Sabe Dios, si algo siente su corazón de piedra, la amargura con que habrán visto marcharse su edad y el consuelo que endulzará á la vez sus entrañas descubriendo su templo en pié. Y sigo. La puerta es de mármol, en dos hojas, ostentando enmedio sobre un pedestal una estátua de la Virgen. Una serie de ojivas muy pronunciadas, que forman un gran arco, rematan la portada: toda esta parte tiene multitud de labores y detalles primorosos. El segundo cuerpo es de una majestuosa sencillez; otros dos pilares á los lados y un enorme rosetón, que es una filigrana, en el centro. El tercer cuerpo se ha quedado sin concluir; se adivina en él una pirámide, de la que sólo existe el arranque con dos ventanitas partidas por una columnilla.

El interior sorprende tanto como el exterior, aunque por otro estilo. Hacia cualquier parte que se mire se distingue un orden arquitectónico diferente; aquí una

labor gótica, allí un detalle bizantino, allá un adorno árabe. De todas suertes resulta hermosa. Se halla constituida por tres naves, aplomadas sobre macizos pilares de columnas; las naves laterales son más bajas que la central, y arrancando de los capiteles las rematan arcos ojivales de extraña pesadez. La impresión que producen es muy singular. Parece como si descansaran sobre el visitante. Mucha mole, pero poca delicadeza. La nave de enmedio es más gallarda y esbelta. En ella se encuentra el coro con el sepulcro de D. Jaime el Conquistador, de alabastro. Más allá surge el crucero donde se encuentran las naves, coronado por la bóveda del cimborio. Dos rosetones se abren á lo alto de la cúpula, atravesando sus vidrios unos rayos que caen cansados y mortecinos. Tal vez por semejante causa el presbiterio carece en absoluto de luz, hasta el extremo de que para gozar de las labores del muro, situado tras el altar, es preciso encender cerillas, mientras el sacristán, oliendo la propina, aporta una utilísima linterna. A su débil resplandor se descubre una maravilla. Es un ábside bizantino que cobija un

altar mayor gótico. Pero lo que aquí atrae y suspende son los relieves en alabastro representando el martirio de Santa Tecla, llenos de detalles escultóricos acabadísimos. En el templo hay buen número de capillas, las que son imposible de recorrer en una rápida escursión.

Salgamos á los claustros por una hermosa puerta bizantina que el guía nos hace notar. Hélos ahí. Son ojivales. Pilares de ocho ó diez columnitas de mármol, agrupadas, constituyen sus lados, y de los capiteles de estas columnitas, en preciosa y aérea combinación, arrancan los grandes arcos que cruzan la bóveda, los de los muros en su parte alta, mostrando cada uno en su centro dos ventanas redondas, y los semicirculares, que corren de pilar á pilar, subdivididos en otros tres que se apoyan en dobles columnas separadas entre sí, formando grandes huecos cerrados por verjas. Todos estos claustros son una filigrana de detalles singularmente árabes, un verdadero bordado en piedra, observándose en la ornamentación lo profano junto á lo sagrado. Los arquitrabes de las columnas de un machón ostentan dos graciosos relieves: en el primero los ratones llevan á enterrar

al gato, tendido en unas angarillas; un roedor con hisopo y agua bendita rompe la marcha; en el segundo el minino ha vuelto á la vida y corre detrás de la espantada y fúnebre comitiva. Pero hay más todavía... En la dovela de uno de los arcos de la bóveda se distingue claramente una figura humana desnuda, agachada, con las piernas abiertas, mostrando lo que el bueno de Sancho Panza llamaría las asentaderas, y en la actitud inequívoca de realizar la más imprescindible de las funciones fisiológicas... Los claustros dan á un humilde jardín con surtidores. No concluiré sin mencionar el primoroso Mihrab de la antigua mezquita.

Los muros ciclópeos

Son una de las notas características de Tarragona, reveladoras de su antiquísimo origen. Grandes peñascos cubiertos de verdín, renegridos por el tiempo, amontonados unos sobre otros hasta formar una pared: hé ahí todo. En ellos no se descubre el más mínimo pulimento, la

más leve huella del mazo ó del buril; han sido cogidos de la montaña por manos de gigante y trasladados á aquel lugar; estamos ante la obra formidable de Hércules; quizás ante la revelación de lo que pudo ser el hombre primitivo. Mirando al mar se descubre una puertecita vetusta, llena de telarañas, carcomida, que más parece un agujero; es una entrada ciclopea, constituida por dos enormes bloques de jambas, y uno, monstruoso por su tamaño, de dintel. La vista de tales monumentos trogloditas produce profunda emoción; es una edad del mundo que se creía perdida; la noche á la cual no ha llegado la historia. Sobre estas bases mitológicas continúa la muralla romana, finamente labrada, y á lo último se distinguen remates modernos.

Un recuerdo al viejo palacio de Pilatos, á la torre de los Scipiones, hermoso sepulcro lleno de la severa majestad romana, y al arco de Bará, monumento triunfal no menos bello, y basta por hoy de arte antiguo.



XV

La ciudad alta

La visita á la Catedral y á las murallas ciclópeas deja en el espíritu una vaga melancolía; la antigüedad infunde siempre respeto; es una época que murió y que pide un recuerdo al que pasa. Todavía queda, sin embargo, un poco de ayer: el Museo arqueológico. Se halla instalado en el piso bajo del Ayuntamiento y no es muy abundante en objetos; cuenta con notabilísimos ejemplares romanos, entre los que merecen citarse un Apolino mutilado, una estatuita de bronce y multitud de vasos encontrados en excavaciones hechas en la provincia; en mosáicos posee una rica colección. La sala de juntas constituye una nota muy típica; el techo es abovedado; á lo largo de los muros «corre» una estantería aba-

rrotada de cachivaches vetustos; cerca de las cornisas se distinguen, colgados de la pared, restos de bajo-relieves y en el suelo descansan lápidas y estátuas incompletas y carcomidas por los años. Unos cuantos sillones fraileros de vaqueta y una mesa con tapete sobre un estrado, venerables, añejos, raídos por el uso, forman el mueblaje de la estancia; allí celebran sus reuniones los arqueólogos. El ambiente de la habitación es tan pronunciado, que la mente se imagina sentados en aquellos sillones una serie de sabios octogenarios de larga barba blanca, vestidos con las ropas talares de la Edad Media y enredados en una controversia filosófica.

El Ayuntamiento de Tarragona es digno de ser visitado: sus dependencias se hallan instaladas con verdadero acierto y posee un salón de sesiones que no lo tiene mejor el Municipio de nuestra coronada villa. Es una estancia regia, magnífica, de una suprema esplendidez en la ornamentación; los asientos de los concejales cuentan con su pupitre para tomar apuntes; la mesa presidencial erguida sobre un estrado de grandes proporciones, la araña y los brazos del alumbra-

do, la tapicería, la tela de los muros, las riquezas artísticas del techo, dan á la municipal mansión un aspecto suntuoso y solemne. El vestíbulo, poligonal y amplio, se halla todavía desnudo, sin decorar... Y visto ya todo, dejemos la parte alta de la población, no sin consagrar una frase á la Pescadería, que constituye una característica nota de color local.

Las calles bajas y el muelle

Un tranvía que pasa nos brinda á recorrer cómodamente la distancia que media entre la parte alta y la baja de la población. El tranvía refleja el aislamiento de la ciudad, lo sedentario y oscuro de su vida, la falta de movimiento; el coche es viejo y antiguo, el ganado huesudo y flaco; el mayoral no viste de uniforme; apenas vamos en el carruaje media docena de personas; se adivina en la empresa un esfuerzo titánico para sostener el servicio, pero sin duda el público no responde. Nos apeamos en una plaza con jardines y tomamos por una calle recta, pero de casas viejas y de polvoriento

piso. A cada paso se oye un estruendo de mazos descargados en hueco, un martilleo formidable. El coro de *Boccaccio* se repite hasta la saciedad. Son los toneleros que construyen sus barricas. De cuando en cuando nos encontramos con un carro largo tirado por caballos percherones, que lleva en sus costillas de tablas y en derechura al muelle dos ó tres grandes cubas. En algunos edificios hay fábricas y destilerías.

Corre por ahí una frase atribuida á Carlos IV, que si es exacta, acredita al bueno del monarca cinegético como un gran observador. Parece que el respetable Borbón aseguró una vez, refiriéndose á Tarragona, que no tenía otro balcón mejor en sus reinos, y con efecto, hay pocos puertos tan bien situados como el que mereció la aprobación real.

El puerto de Tarragona es pequeño: en primer término hállase la estación del ferrocarril, y avanzando por el mar se encuentra un fondeadero de piedra admirable, el que recorrido hasta el fin engendra la ilusión en el espectador de que se encuentra en una isla; los ojos se pierden desde allí en el Mediterráneo; el agua no se acaba nunca. Pero lo singular

del puerto, la nota que le caracteriza es el reposo, la tranquilidad; no le falta tráfico y movimiento, pero pequeño, en escasas proporciones; alguno que otro barco se balancea al abrigo del muelle. Diríase un lugar escondido que no ignora su admirable situación topográfica, pero que no quiere que se divulgue mucho, contentándose con su placidez y su misterio.

Y antes de partir envío un adiós á la población de los recuerdos, dormida á la sombra de su vieja Catedral, grave, callada, triste y llena de atractivo para el arqueólogo, pero excesivamente influída por su muerta grandeza.



EN BARCELONA

AL ILUSTRE JURISCONSULTO Y GRAN POLÍTICO

EXCMO. SR. D. MANUEL PLANAS Y CASALS

Presidente de la Diputación provincial de Barcelona

Mi querido amigo: Con esa hidalga galantería propia de los espíritus elevados, acogió usted como á un camarada á quien no tenía para usted otro título que el de corresponsal literario de *La Dinastía* en Madrid. Acepte, pues, á cambio de tan cariñoso recibimiento, estas impresiones rápidas de viaje acerca de su cultísima Barcelona, en las que de seguro no encontrará usted otro mérito que el de haber nacido de un profundo entusiasmo por su capital.

No es menor el cariño que le profesa su admirador y afectísimo,

Alfonso Pérez Nieva.



XVI
El rapto de Andrómeda

En casi todo el trayecto de Tarragona á Barcelona por el litoral acontece lo mismo; el mar llama al tren, lo solicita con la insistencia de un enamorado, y el tren, como una coqueta casquivana, finge aceptar las caricias y huye de pronto. Es un espectáculo lleno de encanto; singularmente por las inmediaciones de Villanueva y Geltrú el ferrocarril adelanta por la propia orilla, las olas vienen á lamer las ruedas, el convoy parece vencido; encuéntrase un puente metálico tendido entre dos rocas sobre una especie de tumultuoso estrecho, se lanza locamente por el férreo viaducto, y cuando las ondas, que por debajo rugen con impaciencia, se disponen tal vez á saltar y á llevarse «en sus brazos» los vagones á

sus encantados palacios de allá adentro, la sarta de coches se cuela súbitamente en un túnel, dejando burlados á los genios del agua, que se quedan rugiendo, y á los que contesta la locomotora con un agudo é irónico silbido. A los pocos metros se repite la escena; otras olas vienen también en batalla á robar á su ídolo, que pasa radiante con su penacho de humo blanco en la cabeza, y como las primeras se deshacen sin lograr su propósito. Por fin las rompientes concluyen, los ojos reposan, el espíritu descansa, pero la remembranza del trayecto se agarra al corazón y parece que le dice amargamente, recordándole las olas y el tren: ¡así es la vida!...

Por las cercanías

Estamos en Bordeta y se vislumbra una gran población. La vía atraviesa un verdadero jardín; no se distingue desde la ventanilla ni un palmo de terreno por cultivar, revelando en los habitantes un amor infinito por la naturaleza: diríase que teniendo presente aquella máxima

de Cicerón, de que la caída de un árbol hace temblar la tierra, son aquí sagradas las frondas. Quintas, huertas, parques, alamedas, por todas partes flores, por todos los lados verde, todo cuidadísimo, limpio, exuberante... ¡Cómo gozan las pupilas y qué dulce complacencia siente el alma!

Sans... Asoman las chimeneas de rojo ladrillo coronadas de humo negro... Hé ahí una fábrica, otra, otra más allá... ¡Desde el tren sólo se descubren los muros de las naves! La imaginación impaciente tiende el vuelo y penetra en los talleres, ávida de sorprender la honrada é infatigable silueta del obrero catalán... El convoy continúa avanzando á gran velocidad, no hay tiempo de desglosar las cosas... Los arrabales. ¡Qué tráfico! ¡Qué movimiento! Se adivina el término de la jornada... Los hotelitos se multiplican, la gente es más urbana, la ciudad se aproxima. Á uno y otro lado de la vía surjen manzanas de edificios; vamos por una larga y recta calle, que forma una zanja, por cuyo fondo se desliza el tren; una doble baranda de piedra se distingue allá arriba en los bordes de la hoyada; de trecho en trecho nos metemos por

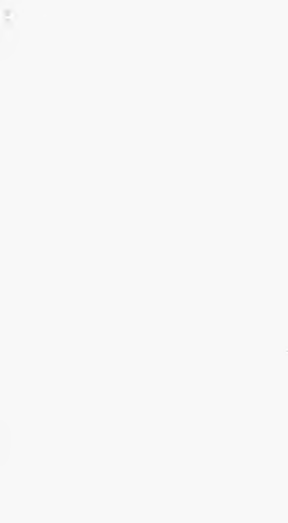
debajo de un puente... Algunos transeuntes se asoman á la balaustrada á vernos pasar... Estamos en la ciudad... Hé ahí la estación.

De paso

El entendimiento ya no razona: se deja arrastrar por el vértigo; el ómnibus parte y toma por una calle anchísima, radiante, espléndida, de edificios monumentales, llena de gente, de coches, de tranvías, de árboles, de vida, de luz... Los ojos se abren con asombro, se creen en París... Es una inmensa población aturdidora con todos sus ruidos y grandezas, una capital á la moderna, populosa, espléndida, rica.

De pronto se cuelan por las ventanillas del ómnibus en confusa mescolanza, atropellándose, aromas y pitorreos; apenas se ha llenado el coche de perfumes se colma de trinos. A uno y otro lado de la vía surjen primero multitud de puestos de flores y después infinidad de jaulas, de pájaros. Semejante aparición de tiestos, macetas y aves, aquel ejército de

rosas, geráneos, dalias, heliotropos, canarios, ruiseñores y jilgueros expuestos al aire libre, como una nota de la calle, produce en el alma una impresión dulcísima, suave, apacible, de frescura y reposo, y el corazón, enamorado furiosamente de «aquéllo», maldice la impasibilidad de las bestias del tiro que le arrancan á uno de semejante lugar.



XVII
La primera salida

Cuentan de Quintana que la primera vez que vió el mar enmudeció de asombro, y cuando los que acompañaban al gran poeta esperaban una frase sublime, el hombre exclamó sencillamente: ¡Cuánta agua!... Lo mismo le acontece á este misero pecador en el presente instante, bajo el peso de la primera impresión de Barcelona. La cartera de viaje está llena de apuntes, de siluetas, de notas, de tipos, de descripciones al vuelo, y como resumen de cada recuerdo, se lee en todos una elocuente palabra: ¡Admirable! ¡Dónde encontrar energías para expresar tal sentimiento en toda su suprema verdad!

Me decido por lo monumental, por lo severo, por lo clásico; lo primero la cien-

cia y el arte... A ver el cuaderno... La Catedral, la Universidad... ¡Dios mio!... ¡Qué concierto de pájaros es ese! ¿Es que aquí hasta las aves se hallan constituidas en orfeones? El idilio de la naturaleza ha vencido al hombre, al arte. Ningún sistema arquitectónico, ninguna verdad matemática valen lo que una rosa... ¡Ave María purísima, qué heregías engendra la fiebre de turista!... ¡Pero la Rambla de las Flores, con sus muchachas, sus puestos, sus macetas, sus aromas, su ambiente de juventud! ¡Es la calle del corazón! En la página siguiente «salta» una silueta encantadora de modistilla, vivaracha y singular, con gracioso pañolito á la cabeza; junto á ella la fantasía ha trazado la figura de un obrero renegrido, pero de noble apostura.

La banda municipal: una orquesta de primer orden... El hermano mayor del ilustre navegante también sobre su columna... Las palmas del paseo... El bullir de colmena de la población... El puerto... La campiña... La fábrica... Las catalanas... ¿Por dónde empiezo? ¡Ah! Por cualquier parte; abro al espíritu la válvula, y tomando el daguerreotipo, me lanzo por esas calles á soñar y á ver.

Del Arco del Triunfo á la estátua de Colón

Es un hermoso trozo de gran ciudad monumental y espléndido. En Barcelona las distancias son enormes, pero ahí están diez ó doce empresas de «riperts» que nos brindan en competencia con sus carruajes. Tomemos el primero que pasa. Hé aquí el salón de San Juan, equivalente á nuestro Prado, una esplanada despejadísima, con sus elegantes candelabros, sus balaustres de piedra y sus jarrones, con plantas tropicales, de bronce; resulta un magnífico escenario para fiestas públicas.

Una dulce silueta de burgués, con patillas «marinas», de ojos apacibles, pero colmados de una singular energía, llena de pronto la memoria. El recuerdo de Rius y Taulet invade el corazón. Ha comenzado su obra. El Arco del Triunfo destaca su mole rojiza, aérea, esbelta, de una gallardía suprema, exornada por grupos alegóricos, con sus estátuas delante trazando el semicírculo de una pla-

zoleta. Por allí se penetraba en el recinto de la Exposición. Esa masa de ladrillos tiene derecho á la veneración de todos los españoles. Es el símbolo de nuestro primer certámen universal. Por bajo de sus archivoltas ha pasado toda Europa asombrada de nuestro esfuerzo. Los palacios de Ciencias y de Bellas Artes, modestos, sencillos, de buen gusto; el de Justicia, en construcción, que promete ser un soberbio edificio de proporciones grandiosas. Hemos llegado al Parque ceñido por una extensa verja. Engarzadas sus hojas en macizas pilastras de piedra, coronadas por artísticas esculturas, se abre una puerta. Más allá surje otra que sujeta sus goznes en repujadas columnas de hierro, rematadas por añejos cascos de la Edad Media y que ostenta en su parte central caprichosos candelabros de bombas blancas. Las dos entradas suntuosas.

La arboleda no concluye; toda la ronda de San Antonio es una bóveda de follaje. La estación de Francia. Empieza el paseo de Isabel II, ancho y frondoso. La Aduana, la Administración Económica, la Bolsa... dan al lugar, con sus fachadas de piedra, una fisonomía grave, de ban-

quero. Por modo tal la plaza de Palacio, con su fuente de «las cuatro provincias» en el centro, resulta monumental, aunque algo arcáica. La estátua de un gran patricio, de D. Antonio López. De pronto surje como evocada por un conjuro una silueta del Mediodía: el paseo de Colón, orillado de palmas, una avenida alegre, luminosa, resplandeciente, que se rie de júbilo, con cara de alicantina. Como en los jardines versalleses, tiene á la entrada y á la salida balaustradas de piedra y jarrones de bronce; de trecho en trecho se alza un mástil de hierro sosteniendo una farola de cristal mate: es un foco eléctrico.

Hé ahí el monumento al gran navegante: su importancia exige un examen detenido. La primera impresión es de asombro; realmente contemplan los ojos algo grande, digno de la figura histórica que la ciudad condal ha querido inmortalizar de modo tangible. El basamento es amplio, cortado por cuatro escalinatas, de las que cada una muestra en sus arranques dos hermosos leones de piedra acostados. El primer cuerpo ostenta ocho bajo-relieves admirables, con episodios de la vida del ilustre genovés intercala-

dos entre escudos de armas, y el segundo, de forma de cruz, tiene en sus contrafuertes las estátuas alegóricas de Cataluña, Aragón, León y Castilla, alternadas con las de los insignes catalanes Fray Boyl, Margarit, Ferrer de Blanes y Santángel. Entre los contrafuertes hay cuatro matronas emblemáticas. La columna de bronce, severa y majestuosa, de una altura formidable, hállase coronada por una enorme esfera terráquea, sobre la cual se yergue Colón en una actitud noble y digna; con la mano derecha señala hacia un punto del espacio: ese punto remoto é invisible es América. Ha sido una concepción feliz; el artista ha sabido materializar en su ademán toda una idea. El globo terráqueo en que se apoya, la columna, el pedestal con sus estátuas alegóricas, sus admirables bajorelieves, sus leones, sus mil adornos, constituyen una hermosa obra que suspende y atrae. ¿Qué dice aquel letrero? Que se puede subir en ascensor por dentro de la columna hasta la esfera. ¡Oh incomprensible espíritu catalán, que elevas con una generosidad sin límites y una noble altura de miras una obra de arte que perpetúe el descubrimiento del

Nuevo Mundo, y luego la conviertes en un lugar estratégico para los aficionados á vistas panorámicas!



XVIII

Las ramblas

Constituyen una de las notas genuinas de la históriea ciudad; no hay barcelonés que no las cite con orgullo siempre que se habla de paseos urbanos; en puridad, tal ufania descansa sobre un sólido fundamento. Las famosas ramblas son una larguisima calle que atraviesa la población desde la plaza de la Paz hasta la de Cataluña, formando la aorta de la capital, á la que afluye todo su movimiento; aunque enlazadas en una sola via, sus diferentes partes toman nombres distintos: se llaman de Santa Mónica, Centro, San José, Estudios y Canaletas.

Para imaginarse ahora las ramblas hay que forjarse en la mente la silueta de un boulevard parisién con su espléndida alegría. Especialmente desde el teatro

Principal no se descubre un edificio que no muestre en sus pisos bajos los escaparates de lujosas tiendas y en los balcones las doradas letras de casas comerciales ó de talleres y obradores. La extensísima vía forma tres avenidas, y su disposición singular es lo que caracteriza á las ramblas barcelonesas. Al revés de lo que acontece en otras capitales, los transeuntes van por el paseo de enmedio, constituido por una frondosa calle de gigantescos árboles que juntan á trechos sus copas, y los coches y carros circulan por las bandas laterales. Así como en Madrid no existe persona que no pase por la Puerta del Sol una vez al día, siquiera no le sea preciso, no hay en Barcelona quien no dé una vuelta por las ramblas, ya por esparcirse ó ya por necesidad de su ruta; además, la colonia forastera es aquí numerosa, y los mil viajeros que arriban á la ciudad ó la abandonan toman ó dejan los ómnibus en las dos centrales de las estaciones respectivas, enclavadas en la rambla del Centro; por todas estas circunstancias la animación resulta inmensa y el movimiento vertiginoso. Por el doble arroyo va y viene sin cesar un tropel de tran-

vías, carruajes de alquiler y jardineras, ensordeciendo el lugar con el estrépito de su marcha y aturdiendo con sus trallazos y sus ecos de bocina; por bajo el toldo de follaje discurre una muchedumbre enorme que se encuentra, se mezcla, caracolea para no estorbarse y seguir andando, se para y se renueva, sin que disminuya un instante el formidable flujo y reflujo, que resulta tanto mayor, cuanto que la locomoción en ripert supone una friolera, y gran parte de la gente prefiere caminar en piés agenos.

Las ramblas del Centro, de las Flores y de los Pájaros, las tres de ellas más típicas, tienen cada una su hora. La del Centro es el anochecer, cuando se enciende el alumbrado. Los altos fanales de la luz eléctrica y las farolas de los candelabros del gas llenan de resplandores el paseo; los forasteros estiran las piernas despaciosamente, y un ejército de empleados de los escritorios que dejan la oficina cruza de un lado á otro y desagua por las calles adyacentes, mientras que el aluvión continuo de riperts, tranvías y coches continúa su estruendoso desfile. Una hilada de fuego fulgura en la parte baja de las casas: son las lám-

paras incandescentes de las tiendas; de trecho en trecho brilla una intensa claridad: brota en los kioscos de los periódicos; están al caer las siete; es uno de los momentos de reposo de la población, en que los elegantes que huelgan matan sus ocios viendo la gente y en que los que viven de su trabajo se dirigen á comer á su domicilio.

Las ramblas de San José y de los Estudios tienen su hora característica; las diez de la mañana. Ambas necesitan del sol; las flores y los pájaros aborrecen la noche. En la primera se descubren entre los troncos puestos de hierro coronados de ramilletes y varas sueltas; cada uno tiene algo de altar y algo de cascada; en su remate forman un dosel los plumeros blancos de caña, y por sus gradillas parece que rueda un oleaje de rosas. El hada de aquellos capullos no se encuentra muy lejos. Cuidando de la estética del puesto, atenta á las señoras que pasan para invitarles á comprar un *bouquet,* trabando mientras tallos y ramas, encuéntrase la florista guapa, fresca, exuberante, jugando los ojos con ese arte supremo é ingénito en la mujer, que no es patrimonio de ningún país. Algunas

charlan con su estudiante y trabajan, sonríen y miran. La segunda de las ramblas destínase á la venta de aves. Junto á los árboles se distinguen las jaulas apiladas y dentro de ellas saltan con una incesante inquietud multitud de pájaros, en su mayoría de razas tropicales, y por ende muy engalanados con plumas y moños de colorines. Allí terminan los aromas y empiezan los trinos. Un coro de pitorreos llena la calle. El clavel ha cedido la palabra al colibrí. A medida que el día avanza, puestos y jaulas van desapareciendo, y á las doce no queda del poético mercado sino un leve residuo de perfume en el aire y una ténue reminiscencia de gorjeo en el espacio.

XIX
El ensanche

Es una obra magna, gigantesca, que arranca un grito de asombro al forastero. La voluntad de hierro del pueblo catalán, su espíritu emprendedor, capaz de las mayores empresas, se manifiesta con toda su hermosa elocuencia en esta población modernísima, que ha surgido junto á la antigua como evocada por un conjuro. Sus proporciones grandiosas, su regularidad y simetría, se aprecian mejor de noche, situándose en alguna de sus anchas plazas; los faroles del alumbrado indican entonces las calles en la obscuridad y por todas partes descubre la vista dobles hileras rectísimas de puntos de luz, que brillan en la sombra con un reflejo de estrella y que se pierden en

la lejanía, juntándose sus regueros de fuego.

Dividiendo en dos el ensanche y sirviéndole de arteria principal, le atraviesa en toda su longitud el paseo de Gracia, que arranca en la plaza de Cataluña y termina en la villa de su nombre. Es una espléndida calle tirada á cordel, de una anchura que no bajará de sesenta metros, constituida por cinco avenidas: la del centro, por donde pasan el tranvía y los coches; dos laterales, orilladas de filas de plátanos, para el tránsito á pié, y dos más extremas destinadas á carros de transporte, quedando todavía una cómoda y espaciosa acera. Los edificios son monumentales, soberbios, de una fastuosidad inmensa, con lujosos portales de doble hoja, fachadas de piedra hasta los últimos pisos, chaflanes con artísticas labores de cincel y balconadas con miradores de cristales; cualquiera los tomaría por palacios, y sin embargo, sus cuartos se arriendan en alquiler; en esta via se encuentran parte de los teatros de verano, entre ellos los de Tívoli y el Español.

Perpendiculares al paseo de Gracia, que las corta á todas, «caen» otras calles del ensanche. La más importante es

la de Cortes, construida en una larga extensión con enormes casas que nada tienen que envidiar en magnificencia á las de su vecino; como él ostenta cuatro filas de plátanos y tres vias para coches y carros; la cruza el tranvía de vapor á San Andrés del Palomar y el ferrocarril á Sarriá, que pasan cerca de la Universidad; hoy existen edificados cuatro ó cinco kilómetros: el proyecto es que empiece en el rio Besós y termine en el Llobregat. La calle de Aragón ofrece una nota muy singular; es una zanja por donde corren los rails de la línea férrea de Barcelona á Francia; dos taludes suben desde lo hondo del camino á las aceras, á lo largo de las cuales se prolonga una baranda de piedra con jarrones y candelabros de bronce; de trecho en trecho cruza un puente de uno á otro lado. Los vecinos del original pasaje están ya acostumbrados al tránsito de los convoyes y no les hace salir al balcón la curiosidad; para el forastero constituye un espectáculo nuevo; oye un silbido, distingue á lo lejos un copo de humo blanco, se asoma á la baranda y ve un tren que avanza por el fondo de la hoya. Paralelas unas á la Granvia, como aquí

denominan á la de Cortes, y verticales otras, hállanse multitud de calles que forman el gran tablero del ensanche.

Los riperts y tranvías de sangre y de vapor y los ferrocarriles que la atraviesan prestan alguna animación al ensanche, pero en general carece de ese movimiento de transeuntes revelador de una gran ciudad; los negocios todavía retienen á la gente en el centro; la parte nueva es aún algo de suburbio. Lo primero que se le ocurre al forastero en cuanto pisa estas hermosas avenidas modernas, es preguntar si sus condiciones de vida corresponden á su magnificencia. El paseo de Gracia quizás resulta un poco caro, pero sus pisos ofrecen cuantas comodidades puede apetecer el más refinado sibaritismo; en las otras calles hay cuartos más económicos, pero siempre de lujo. En la Granvía, por un alquiler de diecisiete duros mensuales se encuentran segundos y terceros con gas, cuarto de baño, agua fría y caliente en la cocina, aparadores de cristales, suelos de mosáico, llaves inglesas y timbres eléctricos, con dieciseis á veinte piezas amplias y ventiladísimas y decoradas con elegancia suprema. Los bar-

celoneses, prácticos por temperamento, han conseguido aunar la ostentación con la economía.

La banda municipal

La buena sociedad barcelonesa tiene un sitio predilecto para esparcir el ánimo; el encuentro del paseo de Gracia con la Granvía: aquel trozo de la derecha se halla convertido en un trasunto de Recoletos durante el verano. Bajo el follaje de los plátanos, que prestan gratísima sombra, va y viene la gente contemplándose y vestida con sus mejores galas; á uno y otro lado de la avenida, hileras de sillones de hierro, que dicho sea al vuelo no corren por cuenta de ningnna empresa, sino de los asilos benéficos, brindan cómodo asiento y se ocupan totalmente por la concurrencia, siendo difícil agenciarse un sitio donde descansar dadas las cuatro de la tarde; la afluencia de muchedumbre es enorme; llega un momento en que apenas si es posible el tránsito; un aluvión de carruajes de lujo discurre despacio, mientras

tanto, por la calle del centro sin apartarse del lugar. Pero la nota típica no está en la engalanada multitud, sino en la misma esquina de la Granvía, donde tiene instalados sus atriles la banda municipal. Allí el público varía; lo constituyen hombres de aspecto humilde, entre los que abundan los obreros que disfrutan de su domingo. La música se prepara á tocar; el corro de profesores con sus cascos de cuero negro chatos y bajitos, con ribetes de metal blanco, trae á la memoria los regimientos alemanes; el silencio es absoluto; en todos los rostros se refleja una atención profunda; no hay persona que no tenga reconcentrado en los oídos el espíritu entero... El maestro marca la entrada con la batuta...

No se me olvidará nunca... Tocaba la banda las *Escenas pintorescas*, de Massenet. El estilo del vibrante compositor, por excelencia modernista, es de una delicadeza tan grande y de una «verdad» tan escrupulosa, que se necesitan excepcionales facultades para interpretarla. En la música municipal no hubo un momento de duda, no recorrió el instrumental la vacilación más leve. Con una seguridad absoluta, sin esfuerzo, dócil al

brazo del director, fué llevándose la sinfonía con todos sus detalles de colorido, igual y brillante en el conjunto, justa en los solos, «entendida», en una palabra. Juzgando únicamente por el oido hubiera pensado que se escuchaba una orquesta. En medio del círculo de ejecutantes se distinguía al maestro Rodoreda rigiendo á los profesores con un dominio tal de la batuta, que se adivinaba en él la mitad del secreto de tanto arte. El pueblo catalán es apasionadísimo de la música; el telar se sabe de memoria muchos trozos de ópera aprendidos del obrero, que los tararea amenizándose el trabajo; prueba de tales aficiones son las múltiples sociedades corales organizadas en el Principado. Gente ruda, templada en las ciclopeas faenas de las fundiciones, encallecida su mano por el uso de la palanca de la máquina, siente la música con una sutilidad inmensa y se la asimila con facilidad grande. Todos aquellos operarios de ancha y cerdosa perilla «miraban sin ver» á su alrededor y seguían inmóviles, ensimismados, sin perder un compás ni un matiz, los diferentes tiempos de las *Escenas*. Cuando terminaron, un resplandor de contento brilló

en los semblantes de los obreros y estalló un aplauso unánime y estruendoso. La escena me produjo un efecto extraordinario y la admiración me arrancó una frase de entusiasmo. ¡Cuánta cultura!...

El ayuntamiento que sostiene tales cosas merece un elogio, y desde este libro se lo envío. La creación de la banda municipal le honra grandemente. Hállase instituída desde 1886 y la constituyen setenta profesores, que dirige el maestro Rodoreda, una solidísima batuta y un compositor de verdadero temperamento artístico; le sigue en la dirección don Celestino Sardurí, su discípulo muy inteligente, y el personal se halla formado, si mis datos no mienten, por un flauta, dos flautines, dos requintos, dos oboes, catorce clarinetes, tres fagotes, siete saxofones, cuatro trompas, ocho cornetines, un figle alto, dos tenores, dos barítonos, dos bombardinos, seis trombones, cinco bajos de metal, cuatro de cuerda y cinco de batería.

XX

En el Parque

Penetremos por una puerta del paseo de la Aduana. Es una entrada magnífica. Sobre los dos pilares, de los que arranca á uno y otro lado la verja, se yerguen las estátuas de la Agricultura y de la Marina, obra de Vallmitjana. En medio de la puerta, subdividiéndola en tres, álzanse dos elegantes mástiles de hierro coronados por un grupo de bombas blancas de porcelana.

La primera impresión es de una placidez grande. Calles enarenadas muy barridas, frondas bien cuidadas; en todas partes se echa de ver un supremo esmero. A la entrada se distingue un vistoso umbráculo, de ese estilo caprichoso peculiar de los jardines modernos. A medida que nos internamos aumenta el bos-

cajo. Una ancha pista para carruajes *nos* sale al encuentro. Atraviesa la posesión y se halla á más bajo nivel que los dos paseos laterales de la avenida. La casualidad nos lleva por la derecha, y cruzando por entre un trozo de espeso arbolado descubrimos la estátua ecuestre del general Prim, severa y hermosa. Más allá del monumento extiéndense alegres jardines con multitud de recuadros de flores. Las huellas de la Exposición Universal son en esta parte visibles. Todavía quedan en pié algunas torres. Desandando lo andado volvemos «al corazón» del parque, caminando siempre sin rumbo fijo. Aquí se descubre una vaquería con sus pintorescos corrales; nos hemos trasladado á Suiza; allí nos internamos por entre una selva de cedros y magnolias; allá surje una gran pajarera que sirve de habitación á multitud de aves de los trópicos. Los tilos, los álamos y los olmos alternan en la constitución de las calles.

Hé ahí el lago, tranquilo, transparente, manso, cercado de vegetación. En el centro se descubre una isla con álamos blancos y escalinatas que terminan en el agua. Estas bajadas ostentan en los machones donde se engarzan sus peldaños

esbeltas esfinges, que arrojan al estanque un chorro cristalino; en las márgenes hay sauces y rocas cubiertas de hiedras y helechos. Un canalillo que recoge el sobrante de la cascada aporta á la laguna el caudal continuo de su corriente. Un ejército de cisnes y patos navega por las tersas olas, haciendo escala en islillas constituidas por grupos de rocas; allá en las ondas se alza una caverna diminuta, á la que dá sombra un gran quitasol de lienzo á franjas rojas y blancas; es uno de los sitios de descanso de los lores del estanque; aquí y allí se enclavan en las márgenes pintorescos «chalets» de madera: son las viviendas de los ánades; sobre un peñasco alfombrado de musgo, rodeado de una verja, en medio del agua se distingue un enorme caimán, que sólo dá señales de vida por el movimiento de sus párpados; diríase que es que mira con el rabillo del ojo á los chicos y niñeras que le contemplan embobados desde el puente.

Hemos llegado á la cascada, uno de los sitios de mayor atractivo del Parque. Se alza al fondo de una espaciosa rotonda abierta en un verdadero bosque, y consta de un cuerpo central con cuatro

grandes arcos y dos pabellones laterales con columnas; por su estructura recuerda una de esas triunfales puertas macizas levantadas durante el reinado del Borbón Carlos III. Una doble y ancha escalinata de piedra con balaustrada sube por los flancos hasta las mesetas de las columnas; su frente se halla construído por diversos grupos escultóricos: Venus y sus náyades en una carroza arrastrada por caballos marinos, dos Faunos, Neptuno y Leda, Anfitrite y Danae y varios genios. El agua baja por entre estas estátuas, cayendo en un fleco de hilos de cristal de una en otra taza, hasta distenderse en dos ó tres peldaños curvos que se hunden en un pilón enorme; cuatro fieros Grifos con las alas en actitud de volar, erguidos en los peldaños, arrojan un grueso y cristalino chorro á la concha general, y de ella misma, sin que se distingan los caños hundidos en las ondas, saltan derechos á buena altura blancos surtidores de rizada espuma. La Aurora, refrenando su encabritada cuadriga, hermosa obra de bronce dorada á fuego que fulgura herida por el sol, corona el monumento en su cúspide. Los principales artistas catalanes han contribuído á su

creación: Venancio y Agapito Vallmitjana, Pagés, Gamot, Fuxá, Nobas, Flotats y Atché. En el piso último hállase instalado un acuárium. Cuando se sueltan todas las llaves, despiden palmas de perlas todos los mónstruos y dioses y se precipita la corriente de concha en concha y de escalón en escalón, resulta un cuadro espléndido y nuevo, de singular encanto, que produce una regocijada emoción. Frente á la cascada se extiende una gran plazoleta con kiosco para la música y cerca se hallan enclavados un elegante puesto á la francesa, de refrescos, y un restaurant con un tropel de veladores al aire libre.

La nota del Parque, á pesar de tales encantos, es la del aislamiento; la gente invade el paseo de Gracia por las tardes, pero concurre poco á orillas del lago. Dicen algunos barceloneses que resulta el lugar enfermizo; el hecho es que aquellas simpáticas calles, silenciosas y apacibles, no son interrumpidas por ruido de muchedumbre, y sólo turban su reposo vocecitas de niño ó risas de alguna pareja joven que pasea su dicha por las avenidas frondosas. En el puente un grupo continuo de curiosos contempla el

dormido caimán: diríase que en cualquiera de los bancos rústicos van á encontrarse sentados los dos grandes nostálgicos de la soledad: Juan Valjean y Coseta.

XXI
Desde Miramar

Es un «restaurant» enclavado en la falda del Montjuich. Arriba, coronándola la montaña, hosco y terroso, se descubre el castillo; la fonda se halla como á la mitad de la subida; hay en ella comedorcitos independientes y una gran terraza con veladores; es el lugar clásico para ver el puerto; desde allí se distingue un hermoso cuadro. Al frente, con cierto «aire» de plano topográfico, se ofrece el muelle; la altura permite observar hasta los menores detalles: escolleras, malecones, rompeolas, docks, dársenas, faros, embarcaderos, todo aparece dibujado con la exactitud de un croquis geométrico; enmedio de estas múltiples líneas surge un bosque de mástiles que aturde; allá al fondo una extensa sarta de casas

se asoma por entre los palos de los buques: es la Barceloneta. A la derecha se prolonga la costa batida por el mar. A la izquierda aparece, en primer término, el paseo de Colón, muy acentuado; después la población se disfumina y sólo presenta un dédalo enorme de tejados, cúpulas y torres.

Pero la fantasía no se satisface con este exámen á vista de pájaro; después de empaparse del puerto petrificado entra la comezón de contemplarlo «vivido»; la ascensión ha despertado el apetito; en un dos por tres, disfrutando de un gratísimo ambiente, despachamos el almuerzo, y otra vez abajo en derechura al monumento de Colón, pisando por un camino negro, por un espeso polvo de hulla.

El puerto

Es uno de los más amplios y mejor dispuestos de España. La mente, ávida de emociones, va á lograr su deseo de abismarse en aquel inmenso y bullicioso mundo que inmovilizaba la distancia. La jornada resulta de una dificultad in-

mensa. Al principio todo marcha bien. A lo largo del paseo de Colón se prolonga un muelle espacioso, con sus docks y sus almacenes de mercancías; buen número de buques atracados á la misma orilla cargan ó descargan, esperando los bultos ó dejándolos grandes carros de transportes, y un ejército de operarios que manipula en torno á las gigantescas gruas de vapor. Es imposible avanzar cuatro metros sin torcer el rumbo que interrumpen los grupos de los trabajadores. Saltando aquí un madero, tropezando allí con un calabrote enroscado, escurriéndose allá en un carril, sin ruta fija, guiado por este vapor que le llama á uno la atención por su tamaño gigantesco, movido por el deseo de arribar hasta aquella grua que se asoma en aquella escollera, va uno engolfándose en el puerto y acaba por no saber cómo ha llegado hasta sus profundidades laberínticas, ni cómo va á salir de entre aquel dédalo, en que á cada paso se corre el peligro de que se le venga un fardo encima y á cada momento corta el camino el agua. A la postre, sin perder de vista la estátua de Colón, faro seguro para tornar á tierra, consigo aproximarme á un

embarcadero, sintiéndome algo náufrago.

Por la insignificante cantidad de un perro chico, que dicen los curanderos de las plazuelas, podemos atravesar la bahía. Del muelle de la Paz parte cada diez minutos un vaporcito ómnibus ó una golondrina que conducen al pasajero al otro lado. Vuelve á repetirse la escena en otros muelles; la gente entra y sale en los barcos, pasando por una tabla que va desde el muro á la cubierta del buque; nuestra cáscara de nuez se desliza por un espacio despejado y libre; es el único trozo de agua que se ve; el hacinamiento de naves es tan grande que sólo se distingue una red interminable de cascos. Hemos llegado al punto de desembarque. Subimos unos cuantos escalones y nos encontramos en una ronda arbolada y con faroles que tiene cierto aspecto de «afueras» de población: es la Barceloneta, una inmensa barriada sucia, pobre, de calles estrechas, de casas bajas, gris, desconchada, mal oliente, trascendiendo á salitre, dejando adivinar la profesión marinera de la mayoría de sus habitantes; el tranvía penetra por aquellos sitios, muriendo en los baños, y yo no he presenciado nada más singular que el con-

traste entre el tranvía y los astrosos edificios ante los que desfila; la Barceloneta hace el efecto de una vieja en chancletas.



XXII
Al azar

Así como el ensanche forma un perfecto encasillado de avenidas y manzanas, la parte antigua se halla constituída por un enorme laberinto de vías estrechas y de travesías, entre las cuales surgen multitud de torres de iglesias; se necesita conocer muy bien el laberinto de la población vieja para no perderse en sus revueltas y pasadizos. Las calles de San Pablo y del Hospital, largas y angostas, son de las más características de esta zona; la del Carmen, animada y bulliciosa, de una fisonomía muy popular; parece arrancada á nuestros barrios bajos madrileños. Para recorrer toda la capital «histórica» hay que perder un día vagando de sitio en sitio. La plaza de la Constitución, en la que se alza el Ayunta-

miento, con las ojivas caladas divididas por columnitas y la cornisa de su frontis, y la desnuda Diputación, fronteras; la de Cucurulla, famosa en los anales de la ciudad; la Nueva con el Palacio Episcopal, romano-bizantino; la del Rey, donde radicó la Inquisición en la morada de los condes de Barcelona; la Real con soportales y un jardín con parterre y palmeras, muy semejante á nuestra plaza Mayor, y como ella punto de cita de nodrizas y soldados; el Hospital general de Santa Cruz con su puerta plateresca, el de San Pablo con su patio porticado, las casas de Caridad y Misericordia... ¡quién sabe los edificios que vamos encontrando al paso, dedicándoles una mirada y un sitio en la memoria!

Los dos teatros principales de Barcelona son de invierno y hállanse á la presente cerrados. Invocando el sagrado derecho de forastero consigo visitarlos y formarme una idea de ellos. Son parecidos en su fachada. El del Liceo, al que devoró un formidable incendio, todavía vivo en la memoria de los barceloneses, ha sido reconstruído siguiendo los modernos adelantos. Tiene un hermoso vestíbulo con tres naves de estilo pompeya-

no. Las escaleras, anchas y espaciosas, todas de mármol, son muchas. El salón de descanso, célebre en la historia de los carnavales de la ciudad, con sus esbeltas columnas y sus arcos elegantes, decorado con lujo, es de grandes proporciones y de regio aspecto. El *patio* resulta desahogadísimo, de una suprema gallardía en la ornamentación, con un hermoso techo pintado y un enorme escenario. Los palcos cuentan con un *ante* amueblado. Funcionan en el local las mejores compañías de ópera y goza de nombradía entre los artistas por sus condiciones acústicas. Cosa rara: no posee todavía el alumbrado eléctrico.

El teatro Principal es más pequeño y antiguo. Ofrece pocas comodidades. La sala es de buen gusto, muy sencilla y posee un regular escenario. Se enorgullece con ser el decano de los coliseos españoles.

Una institución existe en Barcelona admirablemente organizada, como cumple á una gran capital: los mercados. Casi todos son modernos. El del Borne es de hierro y mampostería, con persianas de cristal; consta de tres anchas y largas naves cruzadas por una cuarta, y

el punto de encuentro forma una rotonda con una fuente de mármol rodeada de estátuas, que sostienen candelabros de gas; una hermosa cúpula cierra la rotonda; la luz es inmensa, la ventilación absoluta; la higiene se halla cumplida con minuciosa escrupulosidad. Recuerdo un detalle: el pescado reposa sobre largos tableros de mármol en plano inclinado y los baña una corriente de agua continua que los mantiene frescos; allí no huele á nada desagradable, al contrario, trasciende todo á cosa sana y en buena sazón. El de San Antonio quizás le excede en importancia; abarca mayor terreno y le constituyen dos enormes crujías, atravesadas una por otra; en el centro se abre un gran platillo de una altura colosal, y en los cuatro ángulos hay cuatro patios espaciosos; la construcción es tan sólida como la del anterior. La notable *Guía Coroleu*, verdadera providencia del viajero en Barcelona, señala á este mercado un área de cerca de doce mil metros. Son los mejores de la ciudad, á los que siguen algunos más antiguos, como los de San José y Santa Catalina.

La plaza de Cataluña

El forastero que viene á Barcelona decidido á verlo todo no tiene más remedio que pasar por ella cien veces al día. Ella sirve de punto de intersección á la ciudad antigua y á la moderna, en ella terminan las ramblas y comienza el ensanche, á ella afluyen cuantos tranvías cruzan la capital: es la Puerta del Sol de por aquí.

La plaza de Cataluña es provisional, por más que su perímetro parece el definitivo á juzgar por sus hermosas manzanas de casas de cinco pisos, labradas en piedra desde el zócalo á los aleros. De día resulta animadísima, pero de noche es cuando ofrece su fisonomía peculiar, por radicar en su recinto la mayor parte de los espectáculos de verano. A la izquierda, y en primer término, se alza el teatro de Cataluña, conocido vulgarmente por El Dorado, de un sólo cuerpo, ligero, agradable, caprichoso, con cierto aspecto de balneario elegante, mostrando en la única hilera de balcones de su

fachada una muestra transparente y encendida de cristales de colores, que corre por todas las barandillas y recuerda las iluminaciones venecianas. Más allá se encuentra el teatro Gayarre, también bajo, de mayor severidad en el estilo, formando su frontis un chaflán de sencilla ornamentación. Enfrente se yergue el Circo Ecuestre, compuesto de varios pabellones con cierto aire oriental, cerrados por techumbres prismáticas, decorado con atributos hípicos. A su lado, y no muy lejos, hay otro casetón poligonal, con un vestíbulo enverjado, en el que se distinguen filas de maecetones y una puerta con toldo de lona izado sobre dos columnas con babilónicas reminiscencias. Casi al final del lugar se descubre un gran café con un ejército de veladores al aire libre. Hay que imaginarse ahora estos locales irradiando torrentes de luz, deslumbrando con los focos de arco voltáico ó las llamas de petróleo de sus entradas, tragándose la multitud que se disemina en todos ellos; y agregando al cuadro una fuente de redonda taza que lanza un fresco surtidor, enclavada en el centro de la plaza, las filas de plátanos de sus avenidas, las hileras de

faroles de reverbero que les orillan y el piso enarenado y suave de su pavimento, se tendrá idea de aquel ameno sitio, bañado de claridad y lleno de encanto, verdadera acuarela viva y animada como el mármol de Pigmalión.

Las joyas de la Audiencia

Diciéndolo con los novelistas de «á cuartillo», merece capítulo aparte; nadie podría sospechar que aquel edificio uniforme, rígido, de la Diputación escondiera tales joyas góticas, y sin embargo, encierra dos patios que son dos filigranas. El primero, de un extraño y singular aspecto, consta de cuatro hileras de gallardas y esbeltas columnas de suprema delgadez, que formando un claustro bajo sostienen la pesadumbre inmensa de los muros macizos de un recio edificio antiguo; casi todas las columnas están torcidas; la fábrica amenaza derrumbarse. En la parte media corre una galería ojival y en las paredes de la alta se abre una serie de ventanas cuadradas con menudas labores; una hermosa y amplia ›sca-

lera con baranda, que muestra esculpidos rosetones, sube á la galería ojival. En seguida que se desemboca se encuentra el visitante con el frontón de la capilla de San Jorge, constituido por una puerta ojival y dos ventanas laterales del mismo estilo orladas de una greca admirable, de una elegancia suprema; dos agujas delgadísimas, de una finura infinita, que se prolongan hasta el cornisamento, sirven de pilares intermedios entre las ventanas y la puerta; la parte superior de los vanos de éstas ostenta calados dibujos y toda la portada parece un encaje de piedra. El interior, aunque bastardeado por adiciones posteriores, resulta también bellísimo. El patio de los naranjos no desmerece en nada de su compañero; cuenta con un claustro de arcos ojivales tapiados, y otro segundo que afecta la traza de una serie de balcones, cada uno con su camelón y enlazados todos por una balconada corrida. Para terminar la reseña de las filigranas allí «refugiadas», citaré el remate de la puerta del Obispo, con sus calados y sus cenefas de incomparable ejecución.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Págs.

En Valencia

En Tarragona

OBRAS DE VENTA

EN LA

LIBRERÍA DE PASCUAL AGUILAR

CABALLEROS, 1, VALENCIA

(Se remiten francas de porte á cualquier punto de la Península acompañando el importe al pedido.)

	Ptas.
Palanca.—*El moderno prestidigitador.* Nueva colección de juegos de escamoteo, naipes, magia blanca, física y química recreativas, por D. Ricardo Palanca y Lita.—Un tomo en 16.º, ilustrado con 38 grabados.	1
Richart.—*El Mago de los salones,* ó el Diablo de color de rosa. Nueva colección de juegos de escamoteo, de física y química recreativas, naipes, magia blanca, etc. 4.ª edición corregida.—Un tomo con 211 grabados intercalados en el texto.	3
Ponsin.—*Curso completo de Prestidigitación,* ó la Hechicería antigua y moderna explicada.—Un tomo de 600 páginas con grabados, 3.ª edición.	4
Robert-Houdin.—*Los secretos de la*	

Prestidigitación y de la Magia. Cómo se hace un brujo.—Esta es la primera traducción que de esta obra se hace al español por el inteligente aficionado al arte de la prestidigitación D. Ricardo Palanca y Lita. 3.ª edición.—Un tomo en 8.º mayor, ilustrado con 70 grabados intercalados en el texto. . . . . 2'50

Robert-Houdín.—*Secretos de los garitos.* Arte de ganar á todos los juegos: traducción de D. Ricardo Palanca y Lita.—Un tomo en 8.º con grabados. 2

La Cartomancia antigua y moderna, ó tratado completo del Arte de echar las cartas, según los métodos empleados hasta el dia, por Etteilla y los más célebres cartománticos; aumentado con los Horóscopos para ambos sexos; de un curso de Quiromancia, según las doctrinas de Alberto el Grande, etc. etc. 2.ª edición.—Un tomo en 8.º de unas 300 páginas, ilustrado con láminas sueltas, buen papel y elegante impresión. 3

Robert-Houdín.—*Magia y física recreativa* (obra póstuma), traducción de M. A. Tanir.—Un tomo en 8.º, ilustrado con grabados intercalados en el texto. . . . 3

Confidencias de un prestidigitador.—Una vida de artista, por Robert-

Houdin, traducción de D. Avelino Martinez.—Un tomo en 8.º (en prensa).

Pulido.—*De la medicina y los médicos*, por D. Angel Pulido.—Mosáico de discursos, artículos, correspondencias, semblanzas, pensamientos, etc., precedidos de un prólogo del Dr. Letamendi.—Valencia, 1883.—Un tomo en 8.º de unas 600 páginas, ilustrado con retratos de las notabilidades médicas. 7

Boada y Balmes.—*Emilio Castelar*, ó refutación de las teorías de este orador y de los errores del credo democrático-republicano. —Un tomo en 4.º 4

De lo verdadero, lo bello y lo bueno. —Curso de Filosofía, por Victor Cousin.—Un tomo en 8.º . . . 3

Dante.—*La Divina Comedia:* Infierno, Purgatorio y el Paraiso. —Traducción por D. J. Sánchez y Morales.—Un tomo en 8.º . . 2

Poética, por D. Ramón de Campoamor.—Polémicas literarias. Valencia, 1890.—Un tomo en 8.º . 2

Balzac.—*Pequeñas miserias de la vida conyugal*, ó continuación de los estudios analíticos del matrimonio.—Un tomo en 8.º. . . 2

Idem.—*El contrato de matrimonio* y *La Bolsa.*—Un tomo en 8.º. . 2

Idem.—*Memorias de dos jóvenes recién casadas.*—Un tomo. . . 1

Ptas.

Biografía y elogio de Fr. Juan Gilabert Jofré, fundador del Hospital de Valencia. Obra premiada con la Rosa de oro y plata en los Juegos Florales celebrados en dicha capital en Julio de 1882, por D. José Zapater y Ugeda.—Un tomo en 8.° con dos láminas. 1

Biografía de Juan de Joanes, su vida y obras, sus discípulos é influencia. Obra premiada con mención honorífica.—Un tomo en 8.° . . 1

El Antecristo se acerca, por D. Juan B. Perales.—Un tomo en 8.°. . 1

Las mil y una noches.—Cuentos árabes por Gallant; nueva traducción, la más económica que se ha conocido.—Dos tomos en 8.° prolongado de 400 páginas cada uno. Precio de los dos tomos. . 5

Los Caballeros de Játiva.—(Memorias de un convento.)—Leyendas históricas.—Crónicas de la Edad Media, por D. Juan B. Perales.—Un tomo en 8.° de cerca de 400 páginas. 1

Los Héroes de Montesa.—(Memorias de un convento.)—Leyendas históricas.—Crónicas de la Edad Media, segunda parte de *Los Caballeros de Játiva.*—Un tomo de más de 300 páginas. . . . 1

Mariola, ó Españoles y Romanos.—Novela histórica de costumbres antiguas, por D. Juan B. Perales.—Un tomo en 8.°. 1

Zspater.—Fisiología del amor ó Guía de los amantes.—Nueva edición aumentada con el lenguaje de las flores y encuadernada con una bonita cubierta.—Un tomo en 16.º. 1

Argimiro Blay.—Novísimo secretario de los amantes, ó el Correo del amor.—Formulario de cartas amatorias, seguido del diccionario y el reloj de Flora. 4.ª edición aumentada con el lenguaje de las flores, del abanico y del pañuelo, con una lámina al final del libro que contiene las figuras del lenguaje de las manos.—Un tomo en 8.º de 296 páginas. 1

El diamante del artista ó el libro de los inventos modernos: traducción de D. José Barthelemy Alemany.—Un tomo en 8.º. . . . 1

Novísimo manual del confitero, pastelero y licorista.—Trata este libro: Del azúcar y sus cualidades. Clarificación del azúcar. De los colores que se emplean y modo de prepararlos. De los puntos del azúcar. De las grajeas, ó sean peladillas, y confites en general. De las compotas, dulce en conserva, almíbar para tarros. Dulce para seco. Modo de hacer el baño para cubrir y carar dulce. Fabricación de toda clase de turrones. De las mer-

meladas. Fabricación de los caramelos en general. De las pastillas; idem á la gota (bombones). De los bizcochos en general. De las tortadas y otras clases de platos para postre. Confección de varios artículos de confitería. De la repostería en general. Época en que se confita toda clase de frutas. Pastelería en general y fórmulas para la confección de cada clase. Fabricación de toda clase de licores. Obra de utilidad para los maestros confiteros y familias en general, por D. Enrique Gelabert. —Un tomo en 8.° de 250 páginas, ilustrado con 41 grabados. 1'50

Novísimo arte práctico de cocina perfeccionada, repostería y arte de trinchar. Contiene además un tratado para la fabricación de licores, multitud de secretos pertenecientes á diferentes artes y oficios, diversos medios de economía doméstica, lavado y planchado de ropa y encajes, recetas para varias enfermedades muy comunes en las familias, cultivo y propiedades de varias flores y hierbas medicinales, secretos de las gallinas, capones y gallos, etc. 10.ª edición, aumentada con la *paella valenciana*.—Un tomo en 16.° . 1

BIBLIOTECA SELECTA

LXIX

BIBLIOTECA SELECTA

2 reales tomo

DEL MISMO AUTOR

OBRAS DE ALFONSO PÉREZ NIEVA

PUBLICADAS

El valle de lágrimas.—Idilio.
Canolonero inédito del siglo XV.
El año.—Semblanzas de los meses.
Esperanza y caridad.—Novela madrileña.
La última lucha.—Novela.
Historias callejeras.—Novelas cortas.
El señor Carrascas.—Novela.
María sin pelo.—Novela.
El alma dormida.—Novela madrileña, 1.ª de *La clase media.*
Los gurriatos.—Novelas cortas.
Cuentos de la calle.—Novelas cortas, en la Biblioteca selecta.
Niños y pájaros.—Novelas cortas.
Para la noche...—Novelas cortas, en la Biblioteca selecta.
Narraciones.—Novelas cortas.
Por Levante.—Notas de viaje por Valencia, Cataluña y Aragón.

PRÓXIMA A PUBLICARSE

Los humildes.—Novelas y siluetas.

EN PREPARACIÓN

La santa paz.—Novela madrileña, 2.ª de *La clase media,*

Las horas madrileñas.—Siluetas de la corte.
Novelas relámpagos.
Narraciones diminutas.
El mantón de Manila.—Siluetas madrileñas.
Playas y cíclopes.—Apuntes de viaje por las Vascongadas y Santander.
El país de las rías.—Apuntes de viaje por Galicia y Asturias.
El país del sol.—Apuntes de viaje por Andalucía.
Los domingos.—Crónicas.
Mundanas.—Novelas cortas.
Rosas.—Novelas cortas.
El libro del pueblo.—Siluetas.
Instantáneas madrileñas.—Siluetas.
Fotografías íntimas.—Semblanzas de hombres célebres.

EN BARCELONA

(CONTINUACIÓN)



ALFONSO PÉREZ NIEVA

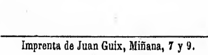
POR LEVANTE

(NOTAS DE VIAJE)

TOMO II

BARCELONA (continuación)
ZARAGOZA

VALENCIA
PASCUAL AGUILAR, EDITOR
Caballeros, 1



Imprenta de Juan Guix, Miñana, 7 y 9.



I

Barcelona monumental

No resultaría completa esta rápida excursión por Barcelona sin una ojeada á sus monumentos. Cada ciudad histórica ha dejado escrita su propia semblanza en sus edificios; el tiempo pasó, pero de aquellas edades muertas queda petrificado algo que es á la vez un poema y una crónica: la Catedral.

La de Barcelona es una de las más singulares que he visto; no la distingue el tamaño, las enormes proporciones de otras similares de España. Su nota típica es como un refinamiento del misticismo; si la frase no tuviera un sabor pagano, diría que es un templo á propósito para los sibaritas de la contemplación,

para los extáticos. El tono oscuro de la piedra, la luz tamizada por los vidrios de colores, forman un ambiente misterioso y dulce que penetra blandamente en el espíritu; es un templo en que la oración brota de un modo espontáneo, sin palabras.

La Catedral por dentro

La característica de la Catedral es la altura de sus bóvedas. Constituyen el interior tres amplias naves austeras, que cargan sobre diez pilares esbeltos de severas y simplicísimas líneas; otras diez columnas ostenta el presbiterio, al que dá entrada un arco gigantesco. El orden del templo es el gótico sobrio y purísimo de su primera época; el altar mayor es una hermosa obra, avalorada por sus agujas, finas como flechas; la puerta del coro es de mármol blanco, flanqueada por columnas corintias primorosas: merecen citarse por su detallada ejecución los bajo-relieves de esta puerta, representando pasajes de la vida de Santa Eula-

lia. El guia nos hace visitar después la capilla de San Marcos con su retablo plateresco; la de San Miguel Arcángel, donde se halla el sepulcro de Berenguer de Palou, y la del Santísimo Sacramento, en la que se encuentra un sarcófago de alabastro con los restos incorruptos de San Olaguer.

La vista de estos restos produce un efecto muy singular. El sarcófago se halla al descubierto por la parte posterior, y el cadáver reposa en un sueño eterno que nadie turba. La muerte llegó para el santo con la suprema dulzura con que la reciben los justos y le cerró los ojos blandamente. No es un cuerpo muerto el que yace acostado, es un cuerpo dormido. La palidez de la cera en el rostro es lo único que revela allí el no ser. No impone por ende, sino que despierta un tierno respeto. Ocho centurias lleva en su tumba en el mismo estado que cuando entregó su alma á Dios, sin descomponerse. Luce el sepulcro sobre su losa una estátua yacente del santo, obra primorosa de cincel que se remonta al siglo XV. La caja que contiene la preciosa reliquia es del siglo XII. Tal reza la eruditísima guía, providencia del viajero en Barcelona, escrita por

uno de los más ilustres catalanes: el sabio Corolcu.

De intento he dejado para lo último dos detalles que producen honda impresión en el excursionista: la capilla del Santo Cristo de Lepanto y la cripta de Santa Eulalia. En la primera se venera un Crucifijo que figuraba en la proa de la galera capitana, comandada por D. Juan de Austria, jefe de la valerosa escuadra que destrozó á los turcos en el memorable golfo. La imagen no ofrece nada de particular desde el punto de vista artístico; muestra, sin embargo, una circunstancia curiosa; el cuerpo de Jesús se halla ladeado. La tradición dice que los infieles le hicieron una descarga y la efigie se torció para evitar que le dieran los proyectiles. En la bóveda, enclavada bajo el altar mayor, muy pequeña y poco alta, describiendo un ábside, se distingue un sepulcro de alabastro con relieves, sostenido por ocho columnas rojas; allí duerme su sueño eterno la santa, la cual era de peregrina hermosura, asegurando la leyenda que cuando se la enterró quisieron verla desnuda sus verdugos, impidiéndolo una niebla repentina que envolvió las mórbidas carnes. Siglos des-

pués un obispo curioso trató de ver también el cuerpo de la mártir, y fué castigado, perdiendo la visión de sus ojos.

Varias lámparas, que no se apagan nunca, iluminan la cripta con un resplandor mortecino, que disfumina los objetos; el sepulcro de la santa se vislumbra así entre batimentos de sombras, en las que se pierde la estátua yacente. La fantasía, solicitada por el misterio en que aparece sumida la capillita mortuoria, reconstruye la escena del entierro de la purísima doncella, sacrificada por su fe. Esa fuente de eterna poesía del martirologio no encierra una página de mayor encanto. La sublime abnegación de la piadosa Eulalia convenía á la augusta causa de la verdad cristiana; fué aceptada por el Todopoderoso, pero había algo propio é inefable de la virgen que el cielo quiso conservarle en premio á su heroísmo: su castidad.

Uno de mis grandes placeres de excursionista que no dejo de realizar nunca, y que, por otra parte, no puede resultar de mayor sencillez, es el de sentarme en el rincón más escondido de la Catedral y soñar. Yo no sé de nada que haga ten-

der el vuelo á la mente como lo gótico. Las naves ojivales, por lo menos á mí, hácenme nacer alas en los pensamientos y me acometen extraños delirios. Las vírgenes de las vidrieras de colores despliegan los labios y los ojos; se les conoce que rezan: las estátuas yacentes de los sepulcros se incorporan y miran á su alrededor; las figuras de los bajo-relieves se mueven, y hasta en el rostro ideal de las imágenes creo sorprender una inefable sonrisa de infinita ternura. Luego, lo que comienza en una obsesión artística, concluye en un éxtasis místico. La aguja aérea me habla de la inmortalidad del alma. El principio que informa el catolicismo es de una nobleza suprema: la humildad. En estas fábricas silenciosas que simbolizan una época de la historia, informadas por una grandeza inmensa, me resulta más augusta y sobrenatural la religión predicada por el Cristo. En todas partes se ora bien cuando hay fe, pero en ninguna como en la Catedral, en la que se escapan del pecho una multitud de plegarias no aprendidas jamás.

También en la Catedral de Barcelona me he sentado en mi banquito hundido en la penumbra. Poco á poco héme esca-

pado de la realidad, se han ido borrando de la retina las siluetas de los devotos que entran, se arrodillan, rezan y se van; la figura del monaguillo que enciende las velas, del pertiguero que pasa con su cetro en la mano, del maestro de ceremonias que se dirige al coro, y de pronto un rumor de férreas pisadas me obliga á volver la cabeza. La puerta del claustro se ha abierto de par en par, y formados de dos en dos, con el birrete en la mano, el manto de larga cola sobre los hombros y la cabeza ceñida por la rizada gola, entra en el templo una singular procesión de caballeros vestidos á usanza del siglo XVI. Unos son ancianos de luenga cabellera blanca; otros frisan en los cincuenta y gastan el pelo gris; á éste le cabrillea bajo los pliegues talares la armadura; aquél lleva la espada pendiente del talabarte de terciopelo, y todos lucen, cayéndoles por el pecho, un grueso collar de oro. Penetra el último presidiendo la pintoresca comitiva un hombre enjuto y fuerte, de no mucha talla, de barba negra cerrada y de ojos vivos, llenos de relámpagos á pesar de velarlos el natural respeto á lo sagrado del recinto. La majestad de la persona, lo seve-

ro del continente, la consideración que los demás le guardan, revelan á un magnate insigne. ¿Quién es? Yo recuerdo esa misma cara, yo recuerdo cuadros al óleo, aguas fuertes, en que he contemplado mil veces ese aire melancólico y enérgico... ¡Oh!... ¡Sí, sí! Ese es el emperador Carlos V, esos próceres que desfilan á paso lento hacia el coro son caballeros del Toisón. La áurea insignia que muestra cada uno no deja lugar á dudas. Quizás tienen capítulo. Aquí se reunieron por primera vez, ejerciendo de gran maestre el propio monarca de Yuste. De repente, uno de los hermanos se encara conmigo, me agarra de un brazo, y cuando me dispongo á interrogarle lleno de asombro, oigo una voz cascada que me dice:—¿Quiere V. ver el Tesoro, señor?— En el acto desaparecen el emperador y los caballeros como si fueran de humo y los deshiciera un soplo, y sólo queda á mi lado un sacristán meloso con un manojo de llaves esperando la respuesta. ¡A lo que ha venido á parar la noble asamblea de la orden! ¡Maldito cebo el de la propina!

El Tesoro es un museo arqueológico en pequeño. Merecen citarse, entre los ob-

jetos que encierra, el solio de plata dorada del rey D. Martín de Aragón, «que vale un dineral», díceme mi guía, el que desentendiéndose del mérito artístico del trono, me hace notar que se encuentra materialmente cubierto de piedras preciosas. Son también dignos de mención un incensario y una custodia de labores finísimas, que constituyen una verdadera filigrana, y varios ornamentos y tapices de incalculable valor arqueológico. El sacristán suelta su retahila rutinaria barajando épocas y fechas, de las que apenas me entero, pensando en mis desvanecidos caballeros del Toisón, y al fin doy por terminado mi examen.

Por el claustro

Contrasta con el templo por su alegría; lo constituyen tres corredores con capillas, defendidas por magníficas verjas de hierro, y uno con el muro liso, todos con arcos; las bóvedas ostentan en sus claves pasajes de la Pasión. Blanca y aérea surge en un ángulo una hermosa puerta bizantina, que se tiene por un resto de la

primitiva Catedral. El pabellón de San Jorge es una filigrana por sus labores detalladísimas, singularmente por sus menudas figuritas tan acabadas que parecen moldeadas en cera, y que constituyen una hermosa página de la historia de la escultura. Revelan semejante profusión de esculturas cierta tendencia á la prodigalidad en los adornos. La estátua del santo yérguese en el pabellón sobre una pililla.

Incrustadas en las paredes se distinguen las urnas de piedra de algunos sepulcros. Allí reposan monarcas, reinas, infantes y presbíteros, testas que ciñeron la corona y testas que ostentaron la tonsura. Las inscripciones de las tumbas revelan la categoría del enterrado. Todos llevan siglos detrás de aquellas losas á juzgar por las fechas. Un poco de polvo en una caja y fuera un nombre y una cifra que cuesta trabajo traducir; hé aquí lo que resta de las grandezas pasadas. Una sepultura me llama entre las de la galería la atención por su singularidad. Es de bronce y tiene una estátua con larga túnica rematada en su parte inferior por cascabeles. Se trata de Mosen Borra, el juglar de Alfonso V de Aragón.

El artista que ha perpetuado la memoria del pobre bufón, quizás inocentemente, sin preverlo, cubrió de baldón eterno la remembranza de Mosen Borra. Muy hondo, muy hondo, ocultábase muchas veces una suprema amargura bajo los oropeles del juglar encargado de divertir al señor. Sus carcajadas de histrión escondían la protesta muda que sólo estallaba á solas, ahogada por la presión de hierro del amo. Cada uno de los cascabeles del traje era una humillación perpétua, una herida siempre viva y sangrando. No existe manifestación más brutal del salvajismo humano que esta servidumbre de lo que hoy se llamaría el humor cómico, y que es ni más ni menos que el sarcasmo agregado á la esclavitud. Al esclavo que se resigna y llora le queda aún algo: la dignidad. El bufón que ríe ante la amenaza del látigo lo ha perdido todo. El autor de la figura de Mosen Borra ha querido caracterizarle y lo ha vestido con espléndidos trajes, pero sin olvidarse de la marca infame: de los cascabeles. Y véase cómo aún después de muerto, á pesar de la igualdad de la tumba, que borra cuantas diferencias sociales han inventado las pasiones, ya que la

casualidad ha hecho que yazcan vecinos el siervo y los magnates, por un sencillo adorno queda cada cual en su puesto ante la posteridad.

La puerta de San Ivo, del mismo orden que el interior de la Catedral, con sus arcos ojivales concéntricos y sus columnitas rematadas dos á dos por agujas prismáticas, es un prodigio arquitectónico; la de la Piedad, también ojival, con su relieve en el tímpano y sus mástiles laterales de piedra, es hermosa, de exquisito gusto; la de Santa Eulalia, del mismo estilo, se caracteriza por su gallardía. Dos torres posee el edificio: la del campanario y la del reloj, provisto de un gran esquilón costeado en el siglo XIII por el Concejo barcelonés. Ambas son esbeltas y derechas, con un cuerpo superior de rasgados ventanales, por los que se escapan los sonoros ecos del bronce, que caen desde allí vibrando sobre la población. Antes de abandonar el claustro, al que hemos bajado otra vez, una última mirada al jardín, no muy grande, pero frondoso y alegre, ceñido, ó mejor, aprisionado en sus cuatro costados por arcos. Hasta poco há carecía el edificio de fachada; hoy la posee, gracias á la munificencia

del capitalista D. Manuel Girona; en su disposición se ha seguido, como es lógico, el estilo de la fábrica, copiándose «la época» con suprema maestría y escrupulosidad exquisita. Si el tono claro de la piedra nueva no acusara la fecha reciente, creeríase que aquellos bloques habían sido labrados por los mismos artífices que cincelaron la primitiva.

¡Hermoso rasgo de esplendidez, que en aras de un profundo amor al arte y á la patria ha permitido que la generación actual de la ciudad de los condes vea concluido uno de sus más valiosos monumentos!

La Catedral pequeña

Magnífica es la grande, el primer monumento religioso de Barcelona, pero no lo resulta menos Santa María del Mar, bajo cuyo poético título se alberga una verdadera joya artística. Su fachada principal bien puede calificarse de filigrana-ojival; ábrese la puerta bajo una serie de arcos muy agudos apoyados en esbeltas columnitas, los que rematan en un piná-

culo que flanquean dos lindísimas ventanas góticas. Sobre el dintel hay tres figuras: la Virgen y dos santos arrodillados ante ella, y á los lados de la jamba otras dos efigies en hornacinas góticas. Los años han respetado la primorosa labor, que luce así en su casi integridad sus verdaderos bordados de piedra. Merece mencionarse también la puerta del Borne, sencilla y aérea, con dos agujas laterales elegantísimas.

El interior corresponde á la fachada. Nunca lo sobrenatural y alado de nuestra religión, si vale la frase, ha tenido símbolo más propio en fábrica alguna que en estas naves de Santa María, de una altura tan enorme que cuesta trabajo contemplarlas. Sostiénese la techumbre en pilares muy delgados, que parece mentira que resistan el peso que sobre sus bloques gravita, con lo que resultan las bóvedas más aéreas. La nota del templo es la sobriedad en la ornamentación, rayana en la desnudez. Todo está en él subordinado á la belleza de la línea purísima y graciosa, resaltando así el encanto de su estilo gótico sin bastardeamiento ninguno. El presbiterio y el coro son de una finura suprema. ¡Lástima de altar mayor,

soberbia pieza de mármol, pero de una pesadez y un gusto deplorables! Bien que semejante defecto es anejo á la mayoría de los altares igualmente recargados y barrocos, churriguerescos de suyo y más churriguerescos aún ante el contraste que forman con la severidad de la iglesia en que radican.

El abolengo de Santa María del Mar es muy antiguo. Dice Corolcu que en los primeros siglos del cristianismo existió en este mismo solar una iglesia bajo la advocación de Santa Eulalia, primer sepulcro de sus sagrados restos, iglesia desaparecida después para sustituirse por otra que fundó el obispo Aecio en el año 1000, con el título de Santa María de las Arenas, y que también debió de destruirse por cuanto el templo actual data del siglo XIV, si no ando mal enterado. ¡Santa María del Mar, Santa María de las Arenas! ¡Qué tesoro de poesía en ambas personificaciones y qué bautizo de edificio tan afortunado!

Barcelona posee además muchas y buenas iglesias; entre ellas merecen citarse San Justo, de un gótico puro y delicado, con una preciosa puerta ojival; San Pedro de las Pueblas, con un hermoso

claustro bizantino; Nuestra Señora de Belén, que es una manifestación de hasta dónde llegó el arte churrigueresco y barroco en sus extravios, y Santa María del Pino, con un hermoso y gigantesco rosetón abierto en su fachada. Y restan aún varios templos que es imposible abarcar en esta visita al vuelo.

La Universidad

Hállase enclavada en el ensanche y dá su fachada principal á la Gran Vía. Es un gran edificio, algo grave y conventual en su aspecto, pero de bellísima traza. Su frontis consta de un cuerpo central, indicado por dos pilastras quesuben hasta la cresteria del tejado, y dos laterales que terminan en cuadradas torres cubiertas en los ángulos, las que ostentan en su parte alta una galeria de arcos que descansan sobre esbeltas columnitas; coronan las torres azoteas con balaustres, rematando la del reloj una campana suspendida de un templete de hierro... Hileras de ventanas corren por sus

muros. El estilo de la fachada es una mezcla de bizantino y gótico.

El interior corresponde en parte al exterior, y digo en parte por la mala condición de las aulas, pequeñas en su mayoría y escasas de luz. La escalera, de mármol, es verdaderamente regia. Consta de un ramal inicial y dos que suben por los costados, terminando en una espaciosa meseta con tres puertas de cóncavo dintel. Dos estátuas de bedeles, en traje de gala, adornan esta plataforma. Una claraboya soberbia alumbra el hueco de la subida. El Paraninfo puede considerarse como el mejor de España. Es un gran salón de un orden compuesto, que sin ser propiamente árabe, bizantino ó gótico, participa de los tres. La puerta de honor se abre bajo una galería de cinco grandes arcos, que descansan sobre columnas de mármol; al frente del amplio estrado, en que se distinguen las hileras de sitiales de los profesores, ocupa el sitio de preferencia un retrato de cuerpo entero de D. Alfonso XII, entre dos pilastras, mostrándose sobre el baldaquino que le contiene los de Alfonso V de Aragón, Carlos I é Isabel II, todos obra de Sans. Sobre el estrado

caen dos tribunas de ajimez y en los muros laterales se yerguen dos púlpitos de alabastro; seis enormes lienzos modernos de pintores catalanes contemporáneos adornan los estrados del salón, ocupando totalmente la pared; sus asuntos son, por decirlo así, docentes, alusivos á cosas de ciencias y letras; rasgadas ventanas con vidrios de colores tamizan la luz, corriéndose sobre ellas un elegante cornisamento que arranca de una faja con medallones de sabios hispanos; el techo es artesonado, y en la ornamentación entran como elementos primordiales el oro, la plata, la púrpura, el azul turquí, los colores vivos; el motivo del decorado es el árabe alamíe, que se desparrama por los arquitrabes, por las impostas, por todas partes, con una profusión infinita, formando riquísimas labores que recuerdan las del alcázar sevillano; la nota característica del Paraninfo es la brillantez; todo él parece recién bruñido.

El edificio tiene dos patios con pórticos en el piso bajo y espaciosos y artísticos claustros con columnas de piedra en el principal. Sus distintas dependencias se hallan instaladas con lujo y gus-

to exquisitos, poseyendo el establecimiento una magnífica biblioteca que ocupa catorce salas y muy buenos gabinetes de Física é Historia natural.



II
El obrero

Es una de las figuras más características de la vida barcelonesa. A primera hora de la mañana se distingue por las calles de la ciudad y singularmente en los grandes pueblos fabriles agregados á la población una silueta membruda y recia, de renegridos y callosos dedos, con la universal blusa azul de los hijos del trabajo: son los obreros que se encaminan á la fábrica. Entre los establecimientos del interior de la capital y los de San Andrés, San Martín, Sans y demás del suburbio, cuéntanse millares de operarios que viven de su palanca, de su manipulador, de su martillo. Abarcando Barcelona desde cualquier torre, se descubre sobre sus tejados, surgiendo de entre las casas, un bosque de chimeneas de

ladrillo que arrojan sin cesar borbotones de humo; alrededor de ellas, viviendo á su sombra, se agrupan cientos de seres humanos; cuando esas chimeneas no arrojan copos negros por sus bocas, Barcelona se conmueve hondamente y tiene que apelar á su artillería.

El obrero barcelonés, aunque en su esencia se parece á todos los del mundo, tiene con sus congéneres del extranjero diferencias notables: la primera y más capital de sus virtudes es la continencia. En general, el jornalero de la ciudad de los condes es sobrio y parco en la bebida, ó por mejor decir, no bebe. En Barcelona resulta la taberna una exótica institución y las cartas yacen en el olvido; el trabajador, con un extraño refinamiento del gusto, abomina la tasca y los naipes y sólo va al café á tomar su vasito y á jugar su dominó; las fichas constituyen su deleite, y entre sorbo y sorbo maneja sus fichas sin los peligros de la embriaguez traidora que pone la navaja en la mano. El operario tiene además una singular pasión por la música, y buena prueba de ello son los hermosos orfeones, peculiares de la región catalana, constituidos por hijos del pueblo. El paraiso del Liceo se

halla familiarizado con estas siluetas de las fábricas, que oyen las partituras con suma atención, y no es raro oir á un maquinista ó á un capatáz amenizándose sus horas de faena con un trozo de ópera que tararea por lo bajo. Tal culto por el divino arte templa sus instintos, los endulza y dá á su persona una particular suavidad de sentimientos. Ya en otra parte hablo del día del obrero, de su fecha de apoteósis, del domingo. Cierto que las doradas utopias de la revolución social han echado semillas en su cerebro, pero en medio de sus extravíos sabe conservarse el jornalero de la barretina canto y honrado.

Las fábricas

Ya las delataban el bosque de altas chimeneas de ladrillo que se descubre trepando á cualquier eminencia de la ciudad; pero es preciso dedicarlas dos ó tres días, visitar las principales para saber lo que es ese mundo que empieza en la palanquita de una máquina de vapor, y mediante la fatal colaboración de millones

de tirantes de correa, produce en último resultado esas telas magníficas, desde el paño al raso, premiadas en cientos de exposiciones universales, y más apreciadas por desgracia fuera que dentro del país.

No entiendo una palabra de industrias mecánicas, pero con el entusiasmo ciego del profano, he admirado hoy la habilidad del obrero catalán y he contemplado cómo un copo de lino que vi en bruto se ha transformado, mientras yo recorría el local, en un trozo de tela delicadísimo y rival del tejido de las arañas. Eso sí. Los sesos se me mueven, la cabeza me oscila y los ojos me bailan con tanto huso... ¡Porque cuidado si he visto husos de firme!... ¡Un ejército girando en una rotación infinita, con un tictac uniforme, semejante al de miles de martillos pegando con suavidad, aunque con firmeza, en el yunque, alzando un rumor inmenso y estridente que ensordece y ataca en el acto á los nervios!...

Entrar en una de estas grandes fábricas equivale á penetrar en un pueblo. No se me olvidará nunca mi visita á la de los hermanos Batlló. Sólo su aspecto exterior impone. Una chimenea alta y recta

como el palo mayor de un antiguo navío, tan alta que es preciso levantar enteramente la cabeza para distinguir su remate, y á sus pies un edificio colosal de tres tejados con una torre en una esquina y multitud de naves ceñidas por una verja. Después, salvada la puerta, comienza un paseo exploratorio por el laberinto de salones que constituyen los talleres. A los cinco minutos no sabe uno por dónde va. Si la frase no pecara de hinchada, diría que por medio del movimiento continuo. Es un efecto singular, sobre todo el de las innumerables cuadras donde se hallan instalados los husos. Para formarse idea aproximada de ellas hay que imaginarse una serie de inmensas habitaciones cruzadas por filas de mesitas, en las que giran los husos y ante las cuales se hallan hileras de obreros trabajando. Un tropel de correas, que constituye un verdadero bosque de tiras de cuero, va y viene temblando de las mesas al techo y del techo á las mesas, haciendo dar vuelta á la vez á todos los husos, que rechinan con la velocidad. La red de correas, corriendo sin cesar, hace trepidar las habitaciones, que se extremecen; las ruecas no paran; es un vertigi-

noso trajín, con el que contrasta la quietud de los operarios, que cuidan de que funcionen bien las ruecas, hasta el punto de que resultan más rígidos aún, verdaderas estátuas comparados con la palpitación de aquella complicadísima maquinaria. No hablan los jornaleros, pero supongo que aunque hablaran no se entenderían. ¡Y ascienden á 53.000 husos los que hilan en la fábrica!... ¡Un vértigo!...

Talleres de tintorería, talleres de lavado, talleres de refinación, máquinas colosales que rujen, martinetes, batanes, cepilladoras, almacenes, muelles de carga, laboratorios químicos, depósitos de agua, ¡quién sabe lo que el guía me enseña! Acabo mareado y rendido, pero lleno de admiración. Nada más elocuente que las cifras. La fábrica de los hermanos Batlló produce al año 175.000 piezas de algodón ya elaborado y más de un millón de kilógramos de hilo. Tal reza la guía, y después de salir de este laberinto de naves, témese que quizás se ha quedado corto.

Se necesitaría un tiempo del que yo no dispongo para conocer siquiera por encima las principales fábricas de Barcelona. Visitada una, puede formarse idea aproxi-

mada de las demás. No dejaré de citar, sin embargo, la de Sert, premiada en varias exposiciones universales, los tapices de la cual compiten, si no aventajan, á los famosos de los Gobelinos en el gusto artístico y en lo primoroso de la labor. Un ejército de obreros maniobrando con una maquinaria colosal, infinita. En seguida se impone la comparación y surje el juicio. A la memoria acude la remembranza de otras regiones de España, de casi todas, empobrecidas, muertas aquellas industrias que en pasados tiempos las hicieron famosas ó reducidas al consumo de la localidad, salvo alguna por excepción de grandes alientos; acuérdase la mente de los telares árabes, que llegaron á acreditar universalmente nuestra seda y de los que sólo queda algún humilde ejemplar en ciertas ciudades andaluzas, Almería y Granada entre ellas. La industria catalana, poderosa y gigante, á pesar de las graves crisis económicas del siglo, no obstante la lucha desigual con el libre cambio de moda, sin embargo de las campañas continuas que tiene que sostener contra idealistas y teóricos, minada por las ideas disolventes de los utopistas apoderados del espíritu del obrero, enmedio

de la miseria general, muéstrase como un organismo admirable, como una fuerza inmortal que arranca á los labios una exclamación de asombro y al corazón un impulso de entusiasmo... ¡Esto es un pueblo!

III
La modista

Allá va, gallarda, esbelta, radiante, sonriente. Se parece poco á su compañera de Madrid. La costurerilla madrileña es bajita, pequeña, menuda, nerviosa, delgada, toda ojos y malicia; su encanto es el de la expresión; su gran atractivo la gracia. Resulta en realidad gatita. La oficiala barcelonesa es alta, desarrollada, espléndida, sanguinea, robusta; toda seno y caderas. La nota peculiar es la carne, su rasgo característico la amplitud de la persona. Parece algo diosa helénica. La vivacidad y el ingenio que resplandecen en el rostro de la modista de la corte, no se reflejan en el semblante de la modista de la condal población.

No arguye esto que digo menoscabo alguno para la costurera barcelonesa; la

oficiala de aquí posee en general las cualidades de la mujer catalana: un admirable desarrollo estatuario, la belleza armónica de Venus, la exuberancia. El tipo de la modista resulta, más que madrileño, parisién; tiene en sus líneas ese conjunto de curvas pronunciadas que caracteriza á la griseta de orillas del Sena, sin que por eso posea su desecoo y su desparpajo, manifestándose antes bien mesurada y digna. Viste con gusto y hasta con elegancia, y aunque sin duda por la estación se lo ponen ahora muy pocas, alguna he encontrado con el pañuelo clásico á la cabeza, tal como lo ha popularizado el espiritual Llovera. Y hé aquí un detalle que no puedo menos de señalar, porque constituye uno de los rasgos fisionómicos de la silueta. Este pañizuelo que apenas si alcanza á ser anudado, cayendo con un desgaire inconcebible sobre la cara y quedando una de sus puntas por detrás en el aire, quita toda su gentil apostura à la cabeza. Por lo demás, repetiré con el inolvidable Alarcón, como resumen de mi semblanza al vuelo: como guapa, es guapa.

Los kioscos

Se yerguen en las ramblas y constituyen una de sus notas más típicas; la mayoría se destinan á la venta de periódicos y están alumbrados con gas profusamente. Sus paredes de madera desaparecen bajo un aluvión de carteles de anuncios y de planas de publicaciones ilustradas; de frente al paseo se abre la ventanilla por donde se despacha, la que ostenta en plano inclinado, como si se tratara de un escaparate, cuantas revistas y diarios se publican en todo el país; en realidad resultan librerías en medio de la calle.

Casi en la embocadura de la plaza de Cataluña, al final de la rambla de Canaletas, se alza un kiosco singularísimo que trae á la memoria esas aéreas construcciones orientales fastuosas y espléndidas. La elegante caseta no tiene más que un costado cubierto, en el cual y en los estantes de un caprichoso aparador fulguran filas de botellas de cristal, henchidas de jarabes purpúreos ó verdes; el

resto de la instalación es un mostrador de mármol al aire libre, con unas esbeltas aristas en funciones de columnas, donde están sujetos los brazos del gas; un gran sifón se descubre en un lado del tablero. Allí se venden bebidas gaseosas inglesas á cinco céntimos el vaso. El consumo es tremendo. No pasa nadie que no refresque. Según mis informes, aquel pabelloncito paga ocho duros diarios de contribución.

El Siglo

¿No ha estado V. en El Siglo? ¿No ha visto V. El Siglo? ¿No ha recorrido los almacenes de El Siglo? ¡Ah! ¡Oh! ¡Uf! ¡Ya nos dirá V., ya! ¡Ea, pues hoy voy á El Siglo antes de que mis amigos de por acá me lo pregunten otra vez!

A la verdad no han exagerado en nada. El Siglo es algo como *Le Primptems* de Paris, un arca de Noé del comercio donde hay de todo, desde lo más necesario para la vida hasta lo más supérfluo, desde lo que cuesta dos pesetas hasta lo que vale una fortuna. En aquellos enor-

mes almacenes puede uno salir vestido de pies á cabeza y llevándose por delante el mobiliario completo de una casa: lienzos, sombreros, trajes, juguetes, objetos de tocador, muebles. ¡Quién sabe lo que hay allí amontonado! El local está alumbrado con focos eléctricos y de galería en galería concluye el visitante por no saber en qué dirección camina. Un ejército de dependientes y de señoritas vende, empaqueta, arregla y habla con los compradores. Cuando se vuelve á la rambla, aún la cabeza vacila mareada por la aglomeración de objetos y por el vertiginoso trajín de allá adentro.

Y echando una ojeada á la calle de Fernando, abarrotada de tiendas de lujo, que la hacen asemejarse á nuestra Carrera de San Gerónimo y que como ella es recta, estrecha, aristocrática y distinguida, hago punto en esta serie de tipos y cosas observadas á escape y acaso mal entendidas.



IV
El amor al campo

Si el cielo, á uso de príncipes y de reyes, quisiera alguna vez guardar el incógnito, le sería en absoluto imposible realizar sus deseos en día festivo tratándose de Barcelona. Pocas casas habrá en la gran ciudad que en las primeras horas de la mañanita del domingo no se hallen convertidas en un observatorio astronómico. Lo primero que hace el buen obrero en cuanto sacude las brumas del sueño y se acuerda de que la víspera fué sábado, es echarse de la cama y pegar las narices á los cristales para ver el tiempo que se presenta; es probable que el astro-rey no se preocupe poco ni mucho de lo que en la tierra sucede; pero si su majestad se dignara pensar en nosotros, no podría menos de agradecer profunda-

mente este himno sin palabras que brota del corazón del operario catalán cuando se asoma á la ventana meditando la manera de celebrar su descanso y se encuentra el horizonte azul sin una nube y bañado de una explosión de rayos de sol.

Fray Luis de León se hubiera entusiasmado en Barcelona, viendo su oda famosa llevada á la práctica como si se tratara de un artículo del Código. El barcelonés adora la vida del campo; hay, sin duda, en su culto por las frondas algo del regocijo del esclavo cuando se siente libre; durante la semana no se pertenece, no tiene voluntad; sobre él pesa una palanca ó un manipulador; forma parte de una máquina á la que es tan necesario como cualquiera de sus tornillos, con la que mantiene una indestructible solidaridad, la que quizás le devora lentamente, pero á la que se halla unido mientras viva. ¡Ah!... Pero la imaginación no entró en el horrible contrato, es dueña de volar y salirse del taller, de soñar entre los rugidos del vapor y la trepidación de las lanzaderas con el verde césped y los sombrosos plátanos... Semejante dulce obsesión engendra en el obrero el cul-

to por las afueras, y tal culto se traduce en el afán de habitarlas; de aquí que en cuanto la fortuna sopla un poco al barcelonés que se sostiene con su trabajo, se apresura á comprar una «torre».

La torre catalana es sencillamente una quinta, un hotelito blanco, sonriente, modesto, con sus dos pisos, sus persianas verdes, su vestíbulo elegante, á veces con su poco de huerto y siempre con su minúsculo jardín. Allí, buscando la soledad, el apartamiento, el retiro, el lugar donde no se hable sino de mariposas y flores, se refugia el comerciante, el almacenista, el abogado, el industrial, todos aquellos á quienes persiguen los negocios con la implacable tenacidad de las brujas á Macbeth. El pobre jornalero no posee el callado rincón donde esconderse, tampoco dispone más que de un día, pero el espíritu de su pueblo ha previsto ese día y le ofrece cuanto necesita para que se olvide en el campo de la ciudad.

En la montaña

El sol llena la plaza de Cataluña de oleadas de una luz bulliciosa y ofuscan-

te; el tránsito de gentes es mayor que nunca; compacta multitud vestida de limpio, recién lavada, con sus trajes de fiesta, en la que abundan las mujeres y los niños, se viene sin cesar de las Ramblas con el borbotoneo de una corriente de agua de molino. Basta ver las caras para comprender que en aquel instante un viento de felicidad borra las penas de todos los corazones; de aquella engalanada muchedumbre trasciende la serena alegria del domingo.

Parte del humano remolino se agrupa, alzando descomunal algazara, en torno al tranvía de vapor á Sarriá, é invade tumultuosamente todos sus coches; otra parte del público penetra en la estación y toma el ferrocarril que le lleva al mismo sitio que el tranvía; cuestión de gustos y de oportunidad; cada diez minutos parte un convoy; cuando no suena una bocina repercute en el aire un silbato, y allá van las familias á gozar en común de su asueto, sintiendo en el espíritu la alegria de los pájaros á los que nada impide volar.

La distancia se borra en seguida; el vapor se traga los kilómetros á sorbos de gigante. Hé aquí á Sarriá, el pueblecito

sano, simpático, ventilado, oliendo á montaña, en cuesta, tendidas en la ladera sus casas pequeñas y sus torres. A sus espaldas se prolonga San Gervasio con sus calles rectas, sus hotelitos, rodeados de parques, sus huertos y jardines, su blancura, su alegría y su sol; la muchedumbre esparcida por aquellas alamedas trae á la memoria las romerías. Muchas gentes condujeron á cuestas la merendola y hacen blanda mesa del musgo. «El Parque de la montaña», una fonda con sus grandes comedores, con sus comedorcitos reservados, con su jardín, ofrece al paseante apetitoso almuerzo; las mesas se hallan invadidas; el restaurant goza fama de bueno y barato; á cada momento el tranvía deja á la puerta nuevos pelotones de comensales.

Desde la fonda á la cumbre es una jornada fácil, aunque larga; contando con buenas piernas y mejores pulmones, muchos la emprenden; tampoco faltan carruajes que le llevan á uno en piés ajenos. De toda suerte, es una expedición obligada, de rigor en el programa del forastero. Vamos arriba. Así como así, el galante Presidente de la Diputación provincial, D. Manuel Planas y Casals,

nos presta su coche, ya que sus negocios en la capital nos le roban después del almuerzo. El diputado á Cortes D. José Elías de Molins se brinda á acompañarnos con exquisita delicadeza. El faetón nos reclama. Adelante.

El Tibidabo

Subimos por una hermosa carretera, suave y ancha, tan cuidada como el piso de un parque, que culebrea por entre vertientes para escalar con más comodidad la cúspide; las torres, hundidas en sus macizos de verdura, continúan apoderadas de las laderas; la ciudad se va quedando á la espalda, disfuminándose en la lejanía y borrándose sus mil detalles, que se pierden en el conjunto; la temperatura baja; el aire se hace más fresco y más puro; comienza á llenarse el espacio de aromas silvestres.

Hemos llegado á Vallvidriera, un poblado simpático y blanco, enclavado en competencia con las águilas á tremenda altura. En cuatro ó cinco fachadas se distinguen las letras negras de los rótulos

de varias fondas; á la puerta de otras casas aguardan desvencijadas jardineras ó calesas de alquiler: son paradores. Aquí no hay tanta muchedumbre, pero no falta gente. Continuemos la ascensión: los caballos toman el paso; la pendiente aumenta; la naturaleza se encrespa y se embravece; van escaseando las quintas y se apodera del paisaje la soledad. Alguna que otra masía surje junto á los desfiladeros; aparecen los pinos oscuros murmurando *entre dientes* extrañas canciones. Por fin, estamos en la cumbre; la Diputación de la provincia ha elevado en tal sitio, para descanso de los viajeros, un elegante pabellón árabe, que con su aspecto sonriente y aéreo forma singular contraste con lo agreste del paraje en que se enclava.

Admirable balcón; no en vano goza de universal renombre. En primer término se abisman los ojos en los mil accidentes de la montaña, siguiendo la cinta blanca de la carretera, saltando de quebrada en quebrada, de valle en valle, de maleza en maleza, hasta llegar al llano, alfombrado de terciopelo y salpicado de casitas; más allá se recuestan en el terreno varios pueblecillos que, contemplados

desde la altura, resultan las extremidades de la gran ciudad, que eleva en la lontananza su enorme mole gris, cruzada por la franja oscura de sus calles de árboles y ceñida al fondo por la mancha azul, inmóvil y como petrificada, del mar. La distancia dá al paisaje la quietud de las cosas advertidas á vista de pájaro; la población adquiere un tono de plano topográfico, igual y uniforme; el sol acaba de hundirse en el Mediterráneo, dejando el campo sumido en la dulce claridad del crepúsculo; el suave encanto de un anochecer sereno llena la campiña de plácida calma; es la hora misteriosa por excelencia; el reposo de la naturaleza convida á soñar, pero ¡siempre la prosa! Un vientecillo sutil, propio de la altura y que hiela los huesos, arrambla con las ilusiones que empezaban á nacer en la fantasía. Es preciso bajar; las sombras se echan encima, el coche toma de nuevo su marcha pausada, y de pronto, allá á lo lejos se descubre una miríada de estrellas: es que Barcelona acaba de encender sus focos de luz eléctrica y sus faroles de gas.

V

Por la línea del litoral

No hay nada más hermoso que esta vía férrea de la costa, que, arrancando de Barcelona, va á unirse por Hostalrich á la general de Francia gracias al mar que no se pierde de vista ni un momento, descubriéndose en una gran extensión su torso azulado. A la caida de la tarde se contempla un cuadro marino de supremo encanto siempre que reine calma: un ejército de barcas pescadoras, con su vela latina desplegada, vuelve de la faena; las más próximas se dibujan con escrupulosidad; las lejanas sólo ofrecen un punto blanco. En algunos sitios el oleaje llega casi hasta los railes, y todos los pueblos del trayecto se encuentran tan cercanos á la línea, que parece que se tocan sus casas con la mano des-

de la ventanilla del coche. Sucesivamente van pasando poblaciones de opulento aspecto, con esa fisonomía burguesa de las ciudades catalanas... Clot, Masnou. Hé ahí á Mataró, una capital en pequeño. Caldetas, un balneario de moda, con *chalets* suizos y alamedas frondosas. Arenys de Mar. Hemos llegado al término de la jornada. Hay que dejar el vagón, y á la verdad que se va uno con cierto sentimiento, seducido por su comodidad. Es un material magnífico el que usa esta empresa, que contrasta con el viejísimo y antidiluviano de otras compañías que corren por esos campos de Dios. El de Barcelona á Zaragoza, sin andar mucho, es vergonzoso y aprovechable sólo para leña ó hierro viejo. El convoy que nos conduce se halla constituido únicamente por tres enormes vagones, á los que se penetra por plataformas con barandilla, situadas en los extremos de cada vagón y comunicadas entre sí; de tal suerte puede recorrerse el tren entero del principio al final. Cada vagón tiene en sus entradas dos vestíbulos con retrete y lavabo en cuartitos independientes; el interior es lujoso y amplio; los asientos, de tercio-

pelo grana y respaldo de hierro repujado, giratorio á voluntad, arrancan de los costados en la forma que las butacas de un teatro, dejando en medio un pasillo. La segunda (no hay tercera) se diferencia únicamente en que los asientos son de cuero; lámparas colgadas con caprichosos grupos de bombas prestan luz al amplio departamento; es un servicio de sud-exprés por el precio de un billete ordinario. El vagón monta sobre ocho ruedas que atenuan la trepidación y hacen muy suave el movimiento. Y como ha terminado el viaje y no hay otro remedio, abandonemos estos atrayentes salones errantes de príncipe.

Arenys de Mar

Es un hermoso pueblo costeño, al que van á veranear las familias pudientes de Barcelona que no buscan la ostentación de los balnearios de moda, sino la dulce apacibilidad de un solitario retiro. No se crea por esto que se trata de una aldehuela insignificante; Arenys posee un extenso caserío y sus calles se hallan

alumbradas por gas. Su situación no puede ser más pintoresca. La parte baja, constituida por una sarta de hotelitos con terrazas y jardín, dá á una frondosa alameda con bancos de piedra, ante la cual pasa el camino de hierro. El Mediterráneo se queda á dos ó tres metros de la vía; cuando se enfurece invade su oleaje la alameda y se lleva los bancos. La marea no quiere que exista el paseo; le ha declarado la guerra. La villa se prolonga por una ladera que tiene por fondo la montaña. Una «rambla» anchísima con dos hileras de copudos árboles corta á la población, descendiendo en pronunciado declive hasta el mar y metiéndose en su desembocadura bajo un puente; esta rambla se encuentra orillada de edificios de dos pisos, y en sus avenidas se celebra todas las mañanas el mercado. Llámase la «riera» de San Juan, y haciendo honor á su pendiente, se convierte en un rio impetuoso que baja rugiendo de la sierra siempre que desata el temporal sus turbiones. En la cúspide se yergue aislado un magnífico manicomio. El punto de vista panorámico de Arenys ofrécese, sin embargo, desde una quinta que domina la «ciu-

dad»; el Paraiso, y á la que se llega por un laberinto de pasadizos abiertos entre tapias. Las barriadas de la población, con sus tejados rojos y su iglesia en un lado, se distinguen en una hondura hundidas entre frondas verdes. Junto á la estación, en la misma playa, se distinguen gabarras y laúdes tumbados en la arena, recomponiéndose. Un quechemerin muestra sus cuadernas, que semejan las costillas con esternón. Un bote acaba de ser calafateado. Un tropel de herramientas reposa sobre el blando piso. Allí tienen los pescadores su arsenal. En un extremo de Arenys, cerca del túnel del ferrocarril, se enclavan las casetas de los baños. La temperatura es suave y blanda; el agua potable, del espléndido depósito La Mina, de grato sabor, parecido al de nuestro Lozoya. Nada más atrayente que, de regreso de un paseo, sentarse á descansar en la plazoleta frontera al depósito y aplicar después los labios sedientos al caño, por donde se escapa un fresco chorro. La vida se desliza por ende aquí sosegada y serena, en un simpático aislamiento, en plena calma.

Pero aún hay más. D. Mariano Torto-

sa, un ilustre catedrático del Instituto de Barcelona, del que soy huésped y del que fuí discípulo, me anuncia que asistiremos á un reparto de premios en el Ateneo del pueblo. Calcúlese mi asombro. Un Ateneo en este delicioso rincón, en una villa que no es fabril. ¡Admirable cultura catalana, manifestándose en todas partes! En Barcelona, á pesar de su mareante movimiento, de sus cientos de carruajes lanzados á la vez á la vía pública, no he visto nunca maltratar á una bestia. En el Parque se lee en unos elegantes tarjetones en guisa de bando que el bosque es del pueblo y á él se recomienda; nadie corte una flor. Viénese el viajero á Arenys y se tropieza con un centro docente arrullado por las olas. El pensamiento me anda revoloteando, se me escapa. ¿Por qué no decirlo, aunque se me tilde de antipatriota? La verdad no debe ocultarse. Diríase que se ha traspuesto la frontera francesa.

El Ateneo ocupa un local propio, instalado en un hotel á la orilla del mar. Tiene un gran salón dispuesto para café, otro con escenario y filas de butacas para representaciones teatrales, y varias clases, en las que se explican ciencias

exactas y mercantiles y se enseña el dibujo. Es una especie de escuela de Artes y Oficios embrionaria. Bajo la presidencia del juez y de otras personas influyentes hemos asistido al reparto de premios de un curso. Con tal motivo ha habido versos, piano y discursos. Una noche de velada poética, coreada por el rumor de la marea próxima. Y como el tren me reclama, dejo á Arenys quizás para siempre, pero no sin consagrarle este recuerdo íntimo.



VI
Las afueras

Para conocer á Barcelona en su aspecto industrial, al que debe su nombradía, es preciso recorrer sus pueblos inmediatos; el que no se halle unido con la capital por tranvía de sangre ó de vapor, tiene ferrocarril. La jornada resulta por ende cómoda.

Sans. Lo atravesamos al venir de Tarragona y entonces nos dejó vislumbrar su movimiento fabril. Se halla casi pegado á Hostafranchs. Lo habita una colonia de miles de obreros que se emplean en diversas fábricas de hilados, tejidos, estampaciones y tintes. Es un pueblo grande, de casas modestas, propias de gentes que viven del trabajo, alternadas con fincas rurales; la campiña es deliciosa; un inmenso huerto abarrotado de fru-

tales. Gracia se extiende al final del paseo de su nombre. Sus calles son rectas, de edificios de dos y tres pisos; tiene el aire de una «cabeza de partido» rica; posee un buen teatro y varios cafés; sus establecimientos principales elaboran productos de sedería y terciopelo. En su término álzanse multitud de hotelitos con parque á la inglesa. San Andrés del Palomar se encuentra enlazado con la población por las vías férreas del Norte y de Francia y por dos líneas de tranvía de vapor. Su caserío es espléndido, rodeado de viñas, y abunda en fábricas de lino, algodones, cordonería y otros productos. San Martín de Provensals. Muchas capitales de provincia existen que quisieran llegar á este inmenso pueblo, coronado de un bosque de chimeneas. Sobre sus tejados flota siempre una densa atmósfera de humo. El tren pasa rozándole, y desde la ventanilla se descubre una serie de interminables calles paralelas. Corolen calcula que su padrón de operarios arroja una cifra de veinte mil almas. Badalona. Está casi á las puertas de la ciudad condal. Entre sus industrias merece citarse la de cristalería y la del popular aguardiente del

Mono. Todos estos pueblos hállanse alumbrados con gas y algunos con luz eléctrica. Cuando se acaba de visitarlos, la mente no acierta á distinguir ninguno en particular, ofuscada por el desfile de naves que ha pasado ante sus ojos, y sólo se dá cuenta con involuntario orgullo, á la vez que con honda tristeza, de aquel desarrollo poderoso de la industria nacional, apreciadísimo en los grandes mercados extranjeros y punto menos que desconocido en el propio país.

El monasterio de Pedralves

Es una expedición obligada para los que sentimos ciertos enamoramientos por todo lo arcáico, para los que sentimos la pasión por lo viejo. Un claustro que se derrumba, una techumbre que se cae, una columna rota, asaltada por la yedra; un mechinal, del que se han apoderado las golondrinas, tiene un encanto inmenso: es un testigo del pasado que refiere su autobiografía. No se halla en ruinas ni mucho menos el convento que vamos á visitar, pero posee un atractivo inmen-

so: es una añeja fábrica de la Edad Media.

En Sarriá hemos dejado el tren económico y montado en un coche. Mi creciente impaciencia me obliga á sacar cada cinco minutos la cabeza por la ventanilla. Al cabo emprende el carruaje por una cuesta, y arriba en la cumbre descubro una derecha torre que sobresale casi en la mitad de su altura del monasterio. Es una torre lisa y desnuda de adornos, que ostenta en su cuerpo superior rasgadas ojivas por mechinales; el efecto que produce su mole robusta, destacándose en la cúspide, es el de una fortaleza. Y aunque no haya sido nunca esa su misión, en sus ventanas habrán silbado más de una vez las flechas; así dan motivo á suponerlo los muros del convento, que todavía conservan restos de fortificaciones.

Toda una época se ha quedado estereotipada en este recinto que hoy habitan unas cuantas monjas apacibles. Aquellos tiempos de perpétuo combate, en que la campana del monasterio llamaba lo mismo á la oración con sus tranquilos dobles que á la pelea lanzada á vuelo, en que alternaban en los muros las ojivas y las aspilleras, ha dejado su sello en la vieja

piedra que contemplan mis ojos obscurecida por la edad, ennegrecida por el tiempo. Aquí y allá vislumbro entre los bloques algunas grietas; acaso son heridas del edificio. El lugar es poco frecuentado; sólo se escucha en él el són de la campana que anuncia las preces de las religiosas. Hundidas en la nada las revueltas centurias de la infancia de la civilización, se ha impuesto aquí la eterna paz.

El templo es gótico de un gusto exquisito. Citaré dos detalles. La puerta principal ojival de su mejor época, sobria en su ornamentación y elegantísima, coronada por un pináculo florido de rosetones, y el sepulcro esculpido en riquísimo alabastro de la esposa del rey D. Jaime II.

El amigo que nos acompaña ha desaparecido. También es arqueolófilo. ¿Habrá descubierto algo importante? No; allí asoma con tres ó cuatro requesones en la mano. Son famosos en la localidad. ¡Y crea V. después de esto en la arqueología!



VII
A Villanueva y Geltrú

En la literatura catalana es una de las figuras más características, es el cantor de lo pasado. Dentro de su levita y bajo su sombrero de copa de académico se esconde el último bardo de los castillos feudales, el trovador provenzal que no esgrime la pluma, sino que pulsa el laud. En la literatura nacional es uno de los escritores más insignes, es el historiador de la musa lemosina que vierte sus juicios en una forma elegante y galana que deja adivinar al poeta, es el narrador ameno de imaginación de fuego y de palabra de miel, es el vate del siglo XIX enamorado de la epopeya, del gran género resumen de las civilizaciones. En la vida privada es el hombre sencillo y afable, que no se acuerda de que está en el

pináculo, que olvida que ha sido ministro, que recibe á un obscuro joven que empieza su carrera como á mí me recibió en un día inolvidable, publicado mi primer libro, favoreciéndome con los suyos, honrándome, desde luego, con una amistad verdadera y sólida. Su nombre, don Victor Balaguer.

Mientras, el tren se ha tragado la distancia entre la capital y la villa y parándose de pronto me arranca á mi éxtasis. Me apeo, salvo la estación y me encuentro un monumento que solicita mis miradas; buen estreno de excursión.

El monumento se halla dedicado al ferrocarril y desde luego impresiona gratamente, haciendo suspender el paso. Es de gusto neogriego, de hermosas proporciones y de una severa sencillez, que revela un gran artista en el cerebro que lo concibió. La idea de conmemorar un adelanto tan trascendental como la del primer arribo á la villa de la locomotora, no puede estar traducida con mayor valentía á la piedra. Como coronamiento la estátua de Cataluña, personificada en una matrona de majestuoso continente; ella es la madre amantísima, la celosa veladora de su región, de su industria, de su

riqueza, el símbolo de la cuna natal, de la patria pequeña, no incompatible con la patria común. En las aristas del pedestal, otras cuatro estátuas sentadas, de clásica belleza, Barcelona, Valls, Villanueva y la Vía férrea, y entre estas figuras cuatro medallones con retratos de villanoveses ilustres. Elegante verja y ocho faroles bombas.

Un insigne patricio, Gumá, fué el alma del monumento; Ramón Padró, fecit. ¡Toma!... Pues si es del laureado pintor amigo mio, del predilecto de D. Alfonso XII, el grande amigo de los artistas, del autor de los magistrales «techos» del anfiteatro de Medicina de Madrid. Ahora me explico la clásica pureza de esta obra conmemoratoria sabiendo quién es su padre.

El Museo Biblioteca

Hé ahí la obra que ha hecho universales los nombres de Balaguer y de Villanueva y Geltrú. Álzase el palacio en el centro de un ameno jardín rodeado por labrada verja de hierro, que ya de suyo constituye una verdadera filigrana de

forja. La disposición del edificio deja adivinar su destino desde luego. Le dá acceso un elegante y ámplio pórtico y lo corona una hermosa cúpula de vastas proporciones. Penetremos. El vestíbulo merece detenido examen; es como las magníficas tapas de piel con labores de plata que guardan el album riquísimo que vamos á hojear. Ante todo solicita las miradas, cubierto sobre alto pedestal en medio de la estancia, el busto en mármol del gran poeta al que se debe la creación del Museo; el escultor italiano Nicoli, cúyo es el busto, ha sabido interpretar el aire dulce y suave peculiar en el rostro de D. Victor, su mirada reflexiva y melancólica. Los entrepaños hállanse ocupados por cuatro figuras que representan la Historia, Pintura, Literatura y Arquitectura, simbolizadas en soberbias matronas, guardando con ellas armonía los ocho medallones con retratos de grandes hombres villanoveses que se distinguen en el friso del salón que corre sobre la cornisa. Toda esta sencilla y severa decoración se debe al artista Sugranyes y revela que su autor ha estudiado bien la pintura mural italiana.

La Biblioteca

Poco puede escudriñarse, ó mejor nada, en una rápida visita: la disposición de los salones únicamente. La luz es buena y clara, los pupitres para la lectura cómodos, los armarios á la moderna, de tres cuerpos, con galerías corridas y provistas de barandillas. El catálogo contiene cerca de veinte mil papeletas, ascendiendo á unas trece mil las obras no duplicadas pertenecientes á enciclopedia, literatura, filosofía, matemáticas, medicina, arte, religión, jurisprudencia y legislación, historia, política, economía y misceláneas. Muy curiosa la colección de pergaminos de los siglos XIII al XIX, algunos con su «acta notarial de fidelidad», que no á otra cosa equivale el sello real de plomo ó de cera roja que ostentan. El más notable es un documento de consagración del santuario de Amer, correspondiente á la décima centuria. Defendidos por un cristal muestran varios códices sus vitelas con figuras, iniciales iluminadas, y esa difusa y característica ornamentación de

los siglos XV y XVI. Ciento y pico de volúmenes forman los manuscritos, originales y copias, y entre las joyas bibliográficas, como incunables de gran mérito, de los primeros salidos de la imprenta en la época de su descubrimiento, llaman la atención las 36 ediciones del *Quijote* que aquí se custodian, escritas en castellano, inglés, francés y catalán, la más antigua de los promedios del siglo XVII.

El Museo

Si rica y copiosa es la Biblioteca, no lo resulta menos el Museo. Una elegante vitrina muestra monedas y medallas. La pintura antigua tiene ejemplares de las diferentes escuelas que predominaron en su edad de oro. Aquí está la madrileña representada por Carreño de Miranda; allí figura Dominico Theotocopuli el Greco, el independiente, el naturalista, con su discípulo Fray Juan Bautista Mayno; allá se descubren las firmas de Bayeu, Carducci, Rodríguez de Miranda, Zurbarán, Espinosa, Jordaens, Watteau, Lucas Giordano, Soutermann y otros,

nacionales y extranjeros, hasta el número de cien. El arte contemporáneo no se halla tampoco en mal lugar. Casado del Alisal, Cusach, Cusí, Domínguez, Galofre, Masriera, Meifren, Palmaroli, Riquer, Sorolla, Padró, ¡quién sabe los nombres conocidos é ilustres que voy leyendo!... Y viene detrás su hermana la escultura con relieves, estátuas, bustos en mármol, barro, yeso, de Duque, Nicoli, Samsó, Santmartí, Sunyol, los dos Vallmitjana, Ghiloni, Carbonell y tantos otros.

Paso á la antigüedad, la aristocracia de la historia que la llamó Séneca. Descubrámonos con respeto en presencia de unos siglos muertos, que ya se apagaron en la nada, pero que resplandecieron «un día» con explosiones de luz. El gran Napoleón quiso llegar hasta ellos con las armas, y desde lo alto de sus pirámides vió que la sombra impenetrable que los envolvía no podía rasgarse con la espada, sino con la inteligencia y el corazón: analizando y soñando, que ante aquella civilización de los simbólicos egipcios deteníase impotente el guerrero y sólo arribaban el sabio y el poeta.

La colección que Balaguer posee en

su Museo lleva el nombre de Toda, del erudito diplomático español que la regaló, y es completísima. Constitúyenla momias de una niña y de ibis, efigies en bronce, de barro y madera, pertenecientes á un panteón; amuletos y símbolos en madera y piedra, genios funerarios, estátuas funerarias en esmalte, en barro y madera; una vasija para incienso, un sudario de momia, monedas, vasos, rodetes, cepillos... Cada uno de estos objetos delata una cualidad, habla de una cosa; cada uno es una revelación... Hé ahí un pan de trigo encontrado en una tumba, un grosero símbolo de su inmortalidad; hé ahí á Osiris y á Isis, el sacerdote primitivo y su hermana, los heraldos de la futura constitución religiosa del Egipto, sujeto siempre á los misterios de unas creencias no reveladas y esclavo de la clase sacerdotal; hé ahí el cocodrilo, representante de su manera, de su situación topográfica, del viejo Nilo, el venerable río sagrado; ¡hé ahí, para el que sabe leerlos, los mil detalles de sus artes suntuarias, de sus viviendas, de sus costumbres, de su sabiduría, cuna del progreso del género humano!...

Continuemos la visita á galope; el tiem-

po vuela. Otra colección toda japonesa: armaduras de mallas, sables, lanzas, ídolos, amuletos, vasijas, vaciados; un retrato en relieve de Cisneros, reproducciones de la Alhambra. Artes suntuarias antiguas: bargueños, arquimesas, arquillas, arcones de novia, espejos, cornucopias venecianas con cristales grabados, bandejas románicas, sillas, taburetes, pertenecientes unos objetos al severo renacimiento, otros al amanerado de Luis XV y del imperio. Artes suntuarias modernas: jarrones de bronce, juegos de ajedrez, bastones filipinos dactilotecas: grabados los dactilos en bronces sobre ágatas y originarios de Empurias. Cerámica: platos, fuentes, jarros, azulejos de reflejos metálicos, ejemplares catalanes, moriscos, valencianos, extremeños. Cristalería: vasos de roca, jarros, joyas, collares, sortijas, medallones, relicarios, rosarios, relojes con miniaturas. Armas: cascos chinos y europeos, celadas, cotas, armaduras, mandobles, espadas, adargas, pistolas de arzón y de pedernal, una historia de la humanidad escrita en sus instrumentos de muerte.

Arqueología y muebles históricos. La primera sección contiene entre otras jo-

yas sancionadas por la edad, mostrando la patina del tiempo, cráneos y hachas toscas neolíticas, pulidos vasos etruscos, una graciosa ánfora griega, dos esbeltas y elegantes ánforas romanas, dos lámparas de un mechero, romanas también; trozos de mosáico, una cruz románica de piedra, otra parroquial de madera, lápidas sepulcrales, fragmentos de ornamentaciones bizantinas y ojivales, esculturas góticas. Cada edad de la historia ha dejado una huella de su paso en estas vitrinas. Los restos venerables de cosas que fueron, de instituciones desaparecidas ó transformadas, que demuestran la inmortalidad del arte, del eterno superviviente. La segunda sección cuenta asimismo con objetos curiosos que representan un acontecimiento, una fecha, que recuerdan una gran figura ó un hecho trascendental. Las cruces y el pectoral distintivos de la Inquisición, protagonistas acaso de más de un drama sombrío desarrollado en las lúgubres salas del tormento. Una suela de sandalia y unas tijeras de la princesa de Éboli, encontradas en su prisión de San Torcáz y testigos por ende de las desgracias de la célebre favorita, compañeras únicas de la majestad caida del

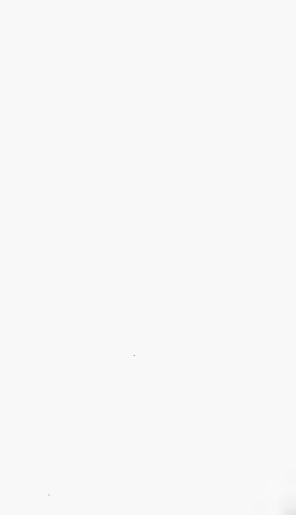
amor en sus dias de ostracismo. Una mesa japonesa que fué propiedad del general Prim, un velador que usaba la reina Cristina de Borbón en el Congreso, la faja del general carlista Lizárraga, una piedra del Jordán y otra porción de curiosidades que no caben en una simple relación. La indumentaria, por último, posee en grandes armarios vestidos y útiles de diferentes siglos, desde el peto de ante á la chupa.

Háse terminado la visita y abandono el local mareado, con un caos en la cabeza, con un revoltillo de estilos y épocas en la imaginación, con un manojo de apuntes tomados con lápiz que se borrarán y no me aprovecharán para nada, el primer número del *Boletín* del establecimiento que sirve de catálogo y la nunca bien alabada útil Guía Coroleu en el bolsillo, y con un sentimiento de admiración en el alma hacia el hombre ilustre que de tal suerte ha invertido su fortuna en holocausto á su patria, siendo español y habiendo en el mundo papel del Estado.

El postrer adiós

Una vez metido de lleno en la vida moderna, de gran población, de Barcelona, causa gran contrariedad el dejarla. ¡No hay más remedio!... No me alejaré de ella, sin embargo, sin estampar una postrera impresión, que adrede dejé para lo último, á fin de no pecar de ligero. Corre por ahí una especie, no del todo desprovista de fundamento, acerca de la brusquedad del carácter catalán. Con efecto, los hijos del Principado son en su mayoría algo desabridos y duros; no acaban de espontanearse con el forastero, ante el que resultan cerrados ó impenetrables; pero luego de ser tratados algún tiempo muestran un fondo bellísimo, una superior cultura y, lo que vale infinitamente, una suprema formalidad en todos sus actos. La naturaleza les hizo así y no van á enmendarle la plana. Por otra parte, la frialdad de su manera de ser no es patrimonio exclusivo suyo; igual acontece á los vascongados... Y salvado seme-

jante detalle, me despido de nuestra New-York, deseándole cuantas prosperidades merece por sus virtudes.



VIII

Dos días en Montserrat

Es una expedición obligada para todo viajero que visita Barcelona, y con los gemelos de campo en el bolsillo, la Guía Cornet bajo el brazo y la imaginación henchida de un remolino de leyendas, allá me voy en el tren que en derechura á Lérida parte á la una de la tarde de la gran ciudad. Bien pronto, á la hora y media de camino, surge á la izquierda de la vía una extravagante montaña, que desde el vagón hace el efecto de una colosal dentadura que mostrara al descubierto las picudas raices de sus muelas. El túnel de Olesa nos arranca á la contemplación de la extraña mandíbula, que de nuevo torna á mostrar á lo lejos sus colmillos de mónstruo; á poco el convoy se detiene; una voz grita: Monistrol;

óyese el apresurado abrir de portezuelas y el bullicio de mucha gente que se baja de los coches y, abandonando el departamento, me hundo en aquella ola de multitud, salvo la estación, y casi sin darme cuenta del lance, me encuentro aposentado en la delantera de una diligencia en íntima vecindad con el torso del mayoral.

El pelotón de pasajeros se acomoda según le depara su suerte en los varios coches que aguardan al pié de la escalinata trasera de la estación. El vehículo que guía el mayoral frontero á mis narices está completamente lleno; restalla en el aire un trallazo, y las ocho mulas del tiro, moviendo un alegre rumor de colleras, arrancan por la derecha, envolviéndose en seguida en un remolino de polvo.

La sabia naturaleza ha dispuesto las cosas en esta subida á Montserrat con una maestría admirable, preparando así el efecto del contraste y aumentando su hermosura suprema. La diligencia desciende por una carretera suavísima y los ojos descubren un pueblo tendido en el llano, blanco, sonriente, bañado de sol, lamido por el rio, que á trechos se queda apenas sin agua, á trechos se precipita

en saltos humildes que forman escalones de espuma, y á trechos muestra los tersos espejos de sus balsas iguales y en apariencia inmóviles: es Monistrol. Nuestro coche avanza hacia un antiguo puente de cuatro arcos, por el que toma al paso; las casas se acercan, enseñan sus detalles las muestras de sus tiendas, el interior de sus corredores, con barandillas rematadas por arcos; junto al Llobregat aparecen algunas fábricas; nos metemos por una estrecha calle y sorprendemos por las ventanas la vida de la población. El espíritu se siente complacido entre aquellas gentes que no le interesan y á quienes no conoce; la influencia sin duda del medio ambiente sereno, apacible, tranquilo, sin nada que rebase lo natural...

Comienza la subida: el piso se halla cuidado con esmero; diríase que la carretera está entarugada; el camino asciende serpeando y la vista vislumbra siempre entre las breñas, cada vez que mira hacia arriba, un trozo de mancha blanca, un pedazo de malecón, una fila de árboles que indican la ruta. Bien pronto el terreno se encarama y empiezan á surgir cañadas y desfiladeros

que se pierden en lo hondo; las rocas se aproximan poco á poco, recobrando el color que les robaba la distancia, y afectan extrañas formas de una grandeza singular. Aquí se descubre un enorme monje rojo con la cogulla echada sobre el rostro, allí un pajizo guerrero que va á hendir el monte con su brazo, allá un caballo con alas pisando el cuerpo de una perdiz; donde quiera que las pupilas se elavan encuentran miles de extravagantes seres de piedra, vestidos todos con oscuras túnicas de musgo. El ganado, con su andar lento, pero igual, nos ha traído á una altura tremenda; el paisaje ha adquirido una nota ruda y bravía; los precipicios ensanchan sus fauces; por las vertientes se empinan hiladas de árboles trenzando sus copas; un ejército de pinos, de enebros, de encinas, los inseparables pobladores de los riscos, trepa por cuantas lomas dejan libres los peñascos. Tres horas largas hace que escalamos la montaña; la noche se echa encima; el fresco del crepúsculo y el de la elevación del lugar obligan á requerir el abrigo; los pulmones se abren de par en par ávidos de ingerirse un aire «reventando» de oxígeno, embalsamado de aromas de to-

millo, de espliego, de romero, de plantas silvestres. La diligencia, hundida en la oscuridad, penetra al fin por la puerta de una tapia; en la penumbra, disfuminadas por las tinieblas, se entrevén casas, muros de contención, alamedas y cercas; no sé de dónde llegan á mis oidos rumores de palabras; sin duda los que hablan esperaban al coche á juzgar por lo que dicen. De pronto se para el carruaje, me apeo haciendo estribo de una rueda y me encuentro en una plazoleta, sin otra luz que la de dos mortecinos faroles clavados como los de los teatros en la fachada de un edificio.

La llegada

La primera impresión al pisar la esplanada del monasterio es de un estupor profundo; encuéntrase uno hundido en la noche, aislado, como perdido, y entran ganas de gritar á la sombra: Estoy aquí... A la izquierda resplandecen los dos faroles del único edificio iluminado; á su débil reflejo se distinguen cuatro ó seis personas disfuminadas por la oscuridad. Al

frente se alzan varias casas «de pueblo» con ventanas, y en una de ellas brillan dos ó tres puntos como otras tantas pupilas de gato; acerquémonos. Aquí parpadea una luz; es un despacho de carbón; más allá se abre la entrada de un tenducho que trae á la memoria el mostrador de una cantina; allí se alquila ó vende todo lo necesario para el arreglo de un hogar, desde pucheros y platos, hasta garbanzos y carne; el local se halla abarrotado de gente artesana y campesina; al fin de la fachada se descubre una puerta por donde penetran los viajeros acabados de llegar: es la aposentaduría. Un quinqué colgando del techo alumbra la habitación; á un lado, un pelotón de excursionistas se agrupa ante el agujero de una taquilla; cada cual declara su nombre, las camas que necesita, si se propone guisar por su cuenta y el tiempo que piensa permanecer en la montaña; un empleado de galoneada gorra apunta tales datos en un libro de registro y alarga luego una llave, á la que va unida una rodaja de hojalata con un número; después el excursionista recibe la ropa de cama que le corresponde, y carga con ella si es pobre, encaminándose á su alo-

jamiento, porque también por aquí arriba hay clases y por ende quien sirva á los demás. Al cabo me llega mi turno; doy los antecedentes necesarios y me envían de huésped á Santa Teresa. Respetabilísima y venerable patrona, me digo para mi capote, y como ignoro dónde para, solicito el auxilio de un dependiente, que se presta de buen grado á acompañarme.

Esta es la mia; *interwiev* al canto, y en un castellano ingerto en lemosín que el demonio que lo entienda, me notifica mi hombre que en la hospedería á donde vamos se aloja la gente que come en la fonda; que existen otros cuartos con cocina, que ocupan las familias que prefieren seguir guisando «como en su casa»; que la aposentación no cuesta nada, porque los estatutos de la orden de San Benito mandan que se dé al peregrino posada; que todo el mundo, sin embargo, deja al marcharse una limosna para el convento... y una propina para los dependientes, me parece que traduje de una frase en catalán como fin de nuestra conferencia, porque en estas llegamos á un edificio grave y silencioso, trepamos por una pina escalera que nos condujo á un segundo piso, seguimos un pasillo

largo y estrecho, enjalbegado de cal, con puertas bajas, color de café, á uno y otro lado, y nos detuvimos ante la señalada con el número 6.

¡Dios mío!... El sueño del viaje continuaba, no perdía ninguno de sus encantos. Era una celda donde entramos, una verdadera celda con su catre de hierro, sus sillas de paja, su cortina de percal floreado para ocultar el lecho, su mesa y aguamanil de pino y su cántaro con agua. La voz del dependiente me saca de mi cenobítica obsesión, exclamando: «Si el señorito quiere, puede ir á la Salve «que se va á empezar» mientras hago las camas...» ¿Qué dijiste? ¡Una Salve en aquellas alturas! Sin esperar á más me precipito fuera; á tientas, tropezando en las desigualdades del terreno, guiado por la gente, llego al átrio de la iglesia bañado de luz de luna, abro el portón, y una oleada de notas de órgano «sale» bulliciosamente á recibirme.

La Salve

Gran parte del templo se halla sumido en la penumbra, y sólo deja entrever re-

jas de capillas y muros de dobles arcos; una verja monumental de hierro con doradas labores corta en dos la única nave de la iglesia. Más allá de la verja todo es luz; una constelación de velas colocadas en el presbiterio, y en el altar mayor muestra á los ojos el ábside fino y aéreo, el retablo de mármol, el sagrario, las estátuas de talla de los santos, erguidos á los lados del camarín de la Virgen; la imagen de la divina Señora, pequeña, sencilla, recordando el color negro de su tez la nuestra de la Almudena; el haz de rayos de oro que la corona, los ángeles de bronce que sostienen las lámparas; y todo esto metiéndose por las pupilas atropelladamente, sin orden, sin que lo desglose y analice el espíritu, cerrado á cuanto no sea sentir.

En el coro un formidable número de chantres, que llenan la iglesia con sus elegíacas y roncas voces, entona el canto llano acompañado del órgano; de cuando en cuando el coro bronco calla, y brotando detrás del altar mayor, le contesta otro nutridísimo de niños que glosa un motete al són de una orquesta. Yo no he experimentado nunca emoción igual; la iglesia, henchida de una muchedumbre

que no se creería encontrar en tales eminencias; una oleada de aromas de montaña invadiendo el templo cada vez que se abre la puerta; la remembranza del sitio en que uno se encuentra vecino á las águilas; el dulce ambiente de recogimiento y de soledad de la nave que impulsa á andar de puntillas; la idea de que sobre las abruptas rocas hay algo más alto todavía que abre sus brazos amorosos al viajero: la fe y aquella canturía suave, etérea, de una afinación pasmosa, de una ternura incalculable, de una pureza artística suprema, apoderándose del corazón, haciendo que la rodilla se doble por espontáneo impulso y que el alma se incline anonadada ante tanta majestad.

La Salve ha concluído; según me informó el guía, hasta que el acto religioso termina no puede abrir el fondista el comedor; inescrutables relaciones entre la piedad y el estómago que escapan á la humana inteligencia. Salgo otra vez al patio, lleno de poesía en aquella hora misteriosa en que la luna, la eterna enamorada de los átrios, viene á agrandar los pilares, á aumentar las bóvedas, á prolongar las columnas. El hambre se lleva el éxtasis, como el viento una hoja

seca: guiado por los dos faroles de la plazoleta, más rutilantes para mí que la estrella de los Magos, consigo llegar al *restaurant*, donde ceno medianamente; después la calma del ambiente me convida al paseo, al que renuncio por lo bajo de la temperatura, que no en vano estamos á más de mil metros sobre el nivel del mar, y entonces me refugio en la celda, con la mente «llena» de las terribles torturas de la montaña agigantadas por la noche y pensando, sin darme cuenta de ello, en esas apocalípticas creaciones engendradas por el genio de Gustavo Doré.



IX

La niebla y los burros

En la cima de la montaña de Montserrat, no sólo no se comprende, sino que no son posibles los dormilones. Cuando más hundido se halla el excursionista en ese dulce sueño del alba, le arranca bruscamente á sus delicias supremas un estridente coro de rebuznos, que estalla muy cerca, al pié mismo de la ventana, con una energía y un diapasón que trae á la memoria la famosa conjura de los puñales de *Los Hugonotes*. Sustraído á la pereza por tan elocuente despertador, me visto en un periquete, abro las vidrieras de par en par y... ¡Dios Santo! ¿Dónde estoy? exclamo como las damas jóvenes que se desmayan en los dramas cursis... ¿Enmedio del caos?

Todo ha desaparecido á mis pies. Va-

lles, barrancos, desfiladeros, caminos, laderas, la montaña ha huido. Una inmensa niebla compacta é inmóvil se ha tragado el paisaje; por instinto levanto la cabeza buscando los riscos; apenas se descubren medio ocultos también por un cedazo. Es un mar muerto, quieto, petrificado, infinito, sin oleaje, sin orillas, pero de allí han salido los rebuznos. Quizás tienen voz de jumento las sirenas de este océano impenetrable. De pronto se advierte en la atmósfera algo como un extremecimiento. Una saeta de luz horada las nubes, por el desgarrón se precipitan un tropel de rayos de sol, y la niebla se disloca y se esparce vencida. Es uno de los espectáculos más hermosos que he contemplado; el blanco vapor no quiere irse, disputa el terreno al sol palmo á palmo, y se retira agarrándose á los árboles, prendiéndose en los picos, asiéndose á cuanto sobresale y dejando en las copas y en las peñas girones de gasa, una multitud de primorosas labores de humo, á las que sirve de viso el horizonte terso y azul.

Pues no eran sirenas; allí están los machos en una plazoleta orillada de bancos de piedra; en aquel lugar montan en

las caballerías los viajeros que van á las ermitas. Es un rincón de paisaje de una suprema poesía; el sitio se llama «la fuente del portal», y trae á la memoria el de los nacimientos de Nochebuena. Recostado en las rocas, un cobertizo de tejas cobija un fresco caño, que rueda murmurando á un tosco pilar de granito; el agua es riquísima, pero muy fría, casi helada, y tiene su respectiva leyenda. Parece que por intercesión de la Virgen brotó un día el chorro, que hoy convida á matar la sed en la esplanada frontera á las tapias del monasterio, extinguiéndose el que manaba en el camino de Collbató y por beber en el cual cobraba un tributo oneroso un Veremundo el Rojo, ilustre antecesor del inmortal tunante José María; así nos lo cuenta el erudito Cornet, y el hecho es que después de pasado el sudor no hay cosa más rica que un trago de la milagrosa fuente, saboreado mientras se deleitan los ojos pecaminosos en presenciar cómo suben á las jamugas de los mulos las excursionistas intrépidas que se disponen á trasladarse á San Jerónimo.

El monasterio

Entre las hospederías y el convento álzase un verdadero pueblo en la cumbre de Montserrat; los hombres han echado á las águilas á lo alto de los riscos. Las casas que sirven de alojamientos se encuentran al lado acá del monasterio; unas, las de la clase artesana, en la cuesta que intramuros arranca del portón; otras en la plazoleta donde paran las diligencias, junto á la fonda. Aunque donde habla la naturaleza calla el arte, no siendo para imitarla, algo hay aquí arriba que merece mención... A mano izquierda, yendo hacia el templo moderno, ruinoso y venerable, con ese aspecto simpático y grave de la piedra antigua que ha luchado con el tiempo, descúbrese un hermoso claustro gótico de finas y esbeltas columnas; allí se erguía la iglesia vieja incendiada por los franceses, de la que aún se conserva una portada románica. En un edificio irregular, que constituye la aposentaduría de San Plácido, se distingue como un nicho con ver-

ja que ostenta en su parte superior un pretencioso rótulo en que se lee: Museo. En el nicho, comidas por el polvo, cubiertas de telarañas, sucias y maltrechas, hay varias estátuas yacentes de mármol, relieves, fustes, capiteles, adornos de alabastro, restos sin duda de una grandeza pasada; nadie se fija en ellos; el ayer se extingue y se olvida. Más suerte le ha cabido al claustro gótico; siempre tiene un pelotón de gentes visitándole, pero es que bajo sus arcos se venden rosarios, medallas y otros recuerdos con la imagen de la Virgen y el nombre de Montserrat.

El monasterio es una desilusión mirado por la lente del buen gusto; el patio cuadrado, al que se abren los balcones del convento, resulta pesado, barroco, monótono, pide á voces la plaza mayor de un pueblo; la iglesia, que muestra su entrada al fondo, ostenta una fachada de dos cuerpos greco-romana, vulgar y de poca importancia. La notable Guia que me ilustra dicé que se proyecta una gran reforma en el templo: falta le hace...

El tiempo vuela y la atracción del paisaje borra de la mente columnas y claustros; por una rinconada del patio salgo

á un pasadizo trasero mal oliente y húmedo, donde descansan quizás sueños de siglos tirados en el suelo grandes bloques de mármol, y llego al *Safretx*, la alberca que surte á los monjes, custodiada por varias estátuas enormes de piedra, atacadas de reuma, inválidas, y que, á pesar de sus brazos rotos y de sus cabezas partidas, parece que tienen á punto de honra permanecer erguidas al borde del abismo haciendo eterna centinela al estanque. Delante del *Safretx* se extiende una frondosa huerta, donde se halla enclavada la capilla de San Acisclo y Santa Victoria, arrancando de la ermita un paseo de cipreces que termina en una plazoleta orillada por un muro y que constituye el balcón más admirable á que me he asomado nunca.

El asombro ahoga la palabra; los ojos no llegan nunca al límite del horizonte; creeríase que se contempla el paisaje desde un globo. En primer término, al pié, se distingue un poblado microscópico: Monistrol; una larga franja que cabrillea al sol y se pierde por ambos lados de la campiña en la distancia culebrea atravesando la inmensa llanura: el Llobregat; dos líneas de luz cortan el terre-

no describiendo una gran curva: la vía férrea; á la extrema derecha se vislumbra algo gris: es el mar; al frente corta el cielo una «onda» borrosa: son los Pirineos; á la izquierda se descubre el panorama sin fin. El agua no corre; el humo de las casitas se queda suspenso en el aire; no se oye ningún ruido en el espacio; desde aquí no hay rumores de follaje ni susurros de valle; el tren que pasa ha quedado reducido á una lombriz de tierra; la altura colosal lo ha petrificado todo y el espíritu que abajo, al subir, se creía capaz de escalar las nubes, se siente ahora anonadado y más pequeño que cualquiera de esos pájaros de alas débiles que se precipitan al abismo desde el mirador. El sitio es de una atracción suprema, y á poco que se piense en la vida contemplativa de los monjes, se adivina para qué han edificado el rústico balcón: ¡para soñar!

Las ermitas

Son las expediciones obligadas de la montaña. Los viajeros prudentes, poco amigos de emociones, no van más allá

de donde les llevan sus piernas, y se limitan á subir á la cueva de Fray Garín, donde el cenobita abrasado de amor sedujo y asesinó á Riquilda; á bajar á la de la Virgen, en la que fué hallada su santa imagen; á pasear por el poético camino de los Degotalls, el favorito de los monjes enfermos. Entre los peñascos, diseminadas por las cumbres, existen multitud de ermitas con su torrecilla y su esquilón; la mayor parte son de difícil acceso. Hay una, sin embargo, la más lejana del monasterio, á la que nadie que tenga el corazón animoso deja de ir, porque ánimos se necesitan para remontarse á tales alturas, «trepando» á lomos de un macho que avanza por un caminito, marchando indefectiblemente al borde mismo de los despeñaderos: esta ermita es la de San Jerónimo.

Yérguese tal capilla á una elevación espantable, entre abismos sin fondo; hoy se halla en ruinas y lo que queda se ha transformado en un jardín donde se almuerza; el sitio es de una grandeza abrumadora; se sube hasta la cúspide de la roca más empinada, en la que una barandilla de hierro impide que el huracán que allí reina siempre se lleve al viajero;

á veces es imposible hablar y menos entenderse por el ruido del viento; desde lo alto se distingue como desde ningún otro lado la configuración de la montaña; en todas partes donde se clava la vista se descubre lo mismo; grupos de mónstruos que se apoyan unos en otros para no rodar, sujetándose con unas garras descomunales, sosteniéndose de cualquier modo, tumbados, torcidos, de cabeza; aislados, solos, en medio de horribles precipicios que parecen enormes pozos, surgen cuatro gigantes de granito: el «Gigante encantado», el «Monte grueso», la «Peña peana de los Rayos» y la de los «Ecos»; los excursionistas increpan á gritos á los feroces solitarios de piedra y el antro contesta con un tableteo de trueno como si tuviera por voz la tempestad; es una resonancia que aturde... Aunos cuantos minutos álzase otra cima, á la que el guia me conduce como de postre... Es la de las «Golondrinas», y desde allí se descubre un despeñadero vertical que apenas puede mirarse... Abajo, en lo hondo, en la carretera, no se sabe lo que hay que los ojos se clavan en ella y no saben apartarse fascinados... Es el vértigo...

El almuerzo vuelve hasta cierto punto el valor huido, pero la impresión se queda tan agarrada al espíritu, que se regresa al monasterio, se dá por terminada la expedición á la ermita, y ya en tierra firme, aún busca uno por instinto en el aire dónde agarrarse.

X
En camino

Al que madruga, Dios le ayuda. Nunca como ahora, en estas formidables crestas de Montserrat, he comprendido la trascendencia del viejo aforismo castellano. De la esplanada de las hospederías arrancan las diligencias que conducen á los viajeros al tren. La estrategia del lance es tomar el primer coche para tener tiempo de almorzar en la fonda de la estación de Monistrol. El programa del perfecto viajero se ha realizado punto por punto. Hemos echado pié á tierra «despidiéndonos» del manso tiro de mulas que por propio instinto, sin necesidad de bridas, nos ha bajado felizmente por entre horrendos precipicios, y «asesinado» el hambre, porque no otra cosa merece lo que acabamos de realizar con el

estómago, esperamos en el andén la llegada del correo de Barcelona. Entre los grupos de gente que aguardan, descuellan dos mozos de escuadra que hasta ahora no hubo ocasión de descubrir. Los dos mozos fornidos, recios, vestidos con un extraño traje azul turquí, constituído por pantalón largo, alpargatas, chaqueta corta abierta con vivos y bocamangas pana, chaleco con botones dorados y sombrero de copa con un ala recogida por una escarapela. Se mantienen con la carabina terciada y en todo el Principado ejercen una misión análoga á la de la Guardia civil.

El telégrafo, con su repiqueteo, anuncia la salida del tren de la estación inmediata. Los viajeros se arremolinan requiriendo los sacos de mano, las maletas, las mantas que habían dejado en el suelo, y se alistan para no perder tiempo. A poco se vé avanzar la locomotora seguida de su rosario de coches, pareciendo enteramente que echa encima de los viajeros su mole espantable; detenido el convoy, la turba que aguardaba en pelotón toma por asalto los departamentos y luego continúa su ruta hundiéndose en las sombras de un túnel. Durante

un buen rato no se pierden de vista las rocas de Montserrat, que ofrecen en el cambio de lugar diferentes y sucesivos aspectos, disfuminándose lentamente en la distancia hasta que se borran por completo. Lo último que deja de verse es una ventana formada por la naturaleza en dos enormes peñascos en la ermita de Santa Cecilia. El último adiós á los conos de piedra.

La primera población de importancia que surje en la vía es Manresa, enclavada en un feracísimo término poblado de árboles y viñas. Es una gran ciudad tendida á la orilla del Cardoner, populosa y extensa, que trepa por un monte coronado por una amarillenta y antigua iglesia con una esbelta y cuadrada torre. Entre los grupos de sus casas se distinguen algunos vastos edificios que parecen conventos, y que acaso desempeñan hoy el oficio de cuarteles. No debe pasarse por la estación de Manresa sin comprar una tortilla calentita, á la francesa, metida entre las dos partidas bandas de un panecillo francés. Por sesenta céntimos se disfruta de un suculentísimo bocado.

La línea férrea atraviesa desde aquí por un terreno uniforme y poco acciden-

tado. Constituyen el paisaje grandes dehesas, viñedos, llanuras, arbolado espeso y bajo, surgiendo salpicadas aquí y allá, entre los pradales, masías perdidas en medio del campo ó pueblecitos agrupados en torno á los agudos campanarios de sus iglesias. Así pasamos por Calaf, por Cervera, por Tarrasa, por Mollerusa, y nos plantamos en Lérida por último. Lo que de la ciudad se descubre desde la vía deja adivinar una capital importante. En primer término distínguese un puente gigantesco. Arriba, en una cumbre, se alza un castillo feudal, viejo y sombrío. También se yergue en la altura la catedral. El inmenso hacinamiento de sus casas se prolonga en una larga extensión. Lame la ciudad el Segre.

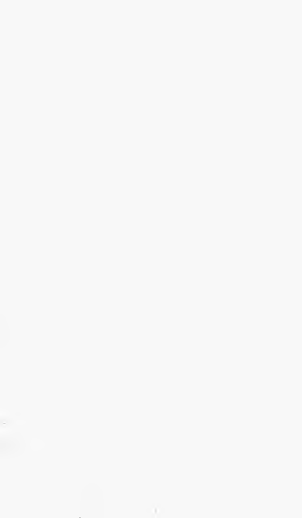
Ese sueñecillo ligero compatible con cuanto acontece dentro y fuera del compartimento que invade los sentidos en viaje, me hunde en un dulce sopor. De pronto me arranca de mi modorra un guitarreo «chillón», y una voz de hombre lanza á los aires una alegre jota, saludando á los que llegamos en el tren y deseándonos mucha felicidad. No recuerdo que la regocijada tocata aragonesa me haya producido nunca tan hondo

efecto. La hora, el sitio, el singular aguzamiento que presta al ánimo el tren para recibir impresiones, el estado de mi espíritu, poseedor ya de una sensibilidad de placa fotográfica después de una jornada tan larga; el contraste entre el grave país que acabo de recorrer y aquel aire popular de un ímpetu irresistible, que se mete derecho en el corazón, quizás todas estas circunstancias juntas me dejan caer en el alma una emoción dulcísima. Me abalanzo á la ventanilla y descubro al músico, un pobre ciego, guiado por un lazarillo. Los dos visten el clásico traje de calzones, con pañuelo de yerbas liado á la cabeza. Su aspecto es desarrapado y miserable. Hemos entrado en Aragón. Á los pocos kilómetros surje á un lado de la vía un gran pueblo, al que corona un viejo castillo de la Edad Media: es Monzón, la venerable ciudad de los Templarios, la heróica protagonista de las antiguas luchas aragonesas. Dos ó tres estaciones más allá, desde un repecho que se encumbra fuera de la valla del andén, un chicuelo, que vende melocotones, arroja los redondos frutos á los coches y atrapa las monedas de los compradores en el aire con la

destreza de un gimnasta. El terreno ha perdido su frondosidad; se ha quedado sin árboles. Salvo alguna que otra mancha verde, ofrece á los ojos una interminable planicie yerma y triste. Los tipos corren parejas con el paisaje. Son astrosos, raidos, desmayados. Se adivina una gran miseria en el país. Siempre que el convoy se detiene, se escucha una voz pidiendo limosna. En los honrados rostros de los labriegos que acuden al paso del tren se refleja una suprema penuria que aflige el espíritu. Las malas cosechas, las inundaciones, el paro general, los brazos ociosos se adivinan en los grupos de casitas de adobes de las aldeas diseminadas por la campiña. Salvamos un rio. Hé ahí Zaragoza.



EN ZARAGOZA



AL INTELIGENTE EDITOR

DON PASCUAL AGUILAR

el más galante de los libreros

Mi buen amigo: Visitándome un día en la fonda, durante mi estancia en Valencia, me oyó usted decir que pensaba pasar un pnr de días en Montserrat, y la víspera de mi partida me sorprendió regalándome una Guía de la montaña y un tomo de versos de Arolns para el camino. Tal presente y la delicada manera de hacerlo obligáronme con usted, y hoy saldo mi espontánea deuda, de la que usted no tenía conocimiento, poniendo su nombre en este libro.

Siempre suyo afectísimo amigo,

Alfonso Pérez Nieva.

XI
Al arribar

Es un efecto muy singular el que produce la entrada de la población en el viajero que llega de Barcelona en el tren de la noche; el medio se impone en seguida al espíritu; á la primera ojeada tendida fuera de la ventanilla del ómnibus se presiente la ciudad histórica. A poco de arrancar de la estación éntrase el carruaje por un viejo y largo puente de piedra, de vetustos pilares, que muestra á la débil luz de los faroles de gas las carcomas y arrugas de sus malecones.

La soledad es absoluta, el silencio completo, no transita un alma. Indudablemente hemos llegado después del toque de queda y nos vamos á encontrar levantado el puente levadizo. ¡A ver! Cualquiera diría que se oyen alertas en

el aire. El coche se para, se abre violentamente la portezuela y aparece un bulto pardo, disfuminado por la oscuridad. ¡Dios mío!... Un almogávar... Pero no... El bulto pardo rompe á hablar y exclama con voz vinosa: ¿Llevan ustedes algo que pague derechos? ¡Ah, prosa vil de la realidad, eterna burladora de la fantasía! es un empleado de consumos.

De calle en calle

Zaragoza es una población por excelencia agrícola y por añadidura del interior; viniendo de Barcelona, costeña é industrial, resulta en general grave, pobre, terrosa, llena de una melancólica tristeza. El Ebro, el histórico río, pasa por su lado silencioso y triste, sin apresuramientos, como con resignación. Las casas antiguas, las fachadas, más antiguas aún; las ventanas, predominando por el número sobre los balcones; las vías estrechas, irregulares, orilladas muchas de tapias, dan á la ciudad una extraña fisonomía de tedio; si las capitales tuvieran corazón, se diría que Zaragoza

vive abrumada por un inveterado desengaño...

El riñón de la ciudad ofrece un semblante más nuevo, tiene cierto aire de juventud. La calle de Alfonso, ancha, recta, de casas modernas, con buenos comercios, es una vía de porte distinguido, que parece destinada á solaz de anochecer para la gente de tono; el Coso resulta una avenida espaciosa, amplia, despejada; el paseo de la Independencia con sus filas de árboles, sus grandes edificios con arcadas, la fuente de Neptuno en la plaza de arranque y la estátua de Pignatelli en los jardinillos del final, ostenta un aspecto monumental que hace olvidar las travesías y pasadizos fronteros al mercado.

Pero la mente busca algo más: una huella, un residuo, un paredón, un montón de escombros, algo que haya sido testigo de la titánica lucha contra los invasores, que conserve como un recuerdo santo el desmoche de una bala de cañón, las heridas del combate. Hé ahí la puerta de Santa Engracia, nueva, aseada, limpita, recién soltada por el pintor de brocha gorda... En este sitio fué horrenda la pelea, pero ha perdido su fisonomía y

no dice nada al alma. Más allá se abre otra puerta á las afueras: la del Carmen. La imaginación ha encontrado lo que perseguía... El lugar es ceñudo, viejo, sucio, destartalado, de mal piso... Acaso sea una pura ilusión, pero al espíritu se le antoja que en semejante andurrial ha quedado petrificada la fiereza del sitio, que las desconchaduras de las casas son obra de la metralla francesa... Un rumor de clarines llena de repente el aire... ¡Las huestes de Junot!... No; son nuestros pontoneros que tocan á lista en el próximo cuartel...

Esas jambas, ese dintel, esa puerta monumental de vieja piedra cuarteada que ha invadido el muérdago, la gota del granito vetusto, han resistido heróicamente el terrible fuego enemigo, se han ganado la cruz laureada de San Fernando. La escena fué ayer; aún repercute el estruendo del combate, aún se distingue la honrada puerta envuelta en humo, volando de cuando en cuando fragmentos de sus bloques arrancados por las balas de cañón. En su umbral han vomitado la muerte las piezas de artillería, y no pasarón por allí las tropas francesas sin tener que saltar sobre racimos de muertos. En ambos cos-

tados existen dos agudos guardacantones. ¡Qué tierna autobiografía si hablaran! Sabe Dios los héroes que se han apoyado en ellos para espirar.

Parece que lo veo. En la barricada medio derruida por la metralla han ido cayendo uno á uno sus defensores y ya no hay quien sirva el cañón enhiesto en la cúspide, inofensivo, con su tubo atestado de balas, por falta de una mecha. Pero Zaragoza tiene también sus «numantinas», y en el momento crítico surge una mujer heróica y sublime, que sin cubrirse de los proyectiles, derecha y arrogante como una estátua, aplica la yesca encendida al oído de la pieza y siembra la muerte en los batallones franceses que ya trepaban al asalto. El nombre de la brava hembra ha pasado á la historia: Agustina de Aragón. ¿Fué este el sitio? Quizás estas casas venerables han sido testigos de la hazaña.

Cruza por aquí, atraviesa por allá, desembocamos en una gran plaza donde se halla establecido un mercado al aire libre. Ea, los modernistas, los higienistas y demás histas zaragozanos echarán de menos las naves de hierro de un gran edificio; pero yo, mirando las cosas por el

prisma del arte, celebro en el alma el encontrarme un cuadro de semejante color local. Una hilera de casas angostas y desiguales á la derecha y un soportal con recios pilares á la izquierda; en medio filas de puestos de fruta, montones de pucheros, mesas con carne de vaca y caza muerta, mil baratillos de cosas diversas pregonadas por los vendedores y pululando por las calles de tendaloras un pueblo pintoresco y animado, que habla á voces, con su tonillo singular, que jura á cada palabra, que discute entre risotadas, que lleva escrita en su rostro su inmaculada honradez y su fiereza. La escena es de una energía inmensa, y allí, en aquella muchedumbre de hombres y mujeres de la clase artesana y campesina, nudosa y recia, se advierten las cualidades típicas de la raza que ni se transforma ni desaparece. Tan aragonés es el de hoy voceando los melocotones de un saco como el de ayer empuñando un fusil contra los franceses. Su corazón no ha variado en lo más mínimo; continúa indomable con su Pilarica en el alma, su jota en la garganta y su taco en los labios.

El puente, el hermoso puente de piedra que atravesamos de noche. El río ancho

y lento se desliza por sus ojos y á un lado se alza la espalda del templo del Pilar con su profusión de tejados de colores. Un instante, un instante de adoración íntima y muda, apoyado en el pretil, contemplándole.

No es un puente como otro cualquiera, es un patriarca venerable, surcado de arrugas por la edad, monumental y majestuoso por sus proporciones; es un puente sagrado, que tiene derecho al saludo del viajero; es el puente inmortalizado en la historia, el viejo puente de la tradición, del que es un recuerdo cada uno de sus bloques; es el puente que ha visto pasar los siglos, cambiarse las costumbres, morir las generaciones, sucederse los reyes y las razas; es el puente de Alfonso el Batallador, de Lanuza, de Palafox; es el puente de las libertades, de los fueros, de la independencia. Lleva cientos de años levantado; aún le quedan muchos más ¡sabe Dios cuántos! de sentir correr el agua por entre sus recios pilarotes. La casualidad le ha llamado á ser el eterno testigo de las glorias y desdichas de un gran pueblo que le quiere y mejor le venera. ¡Noble y simpático puente, qué contemplan mis ojos, realizando un anhelo

conseguido por fin y harto esperado, yo me descubro solemnemente ante tu gloriosa mole de granito!

Tres joyas zaragozanas

Es la primera uno de los edificios más bellos de la heróica ciudad: la Lonja; su fachada resulta de una sencillez y más propiamente hablando de una simplicidad de líneas de exquisito gusto; su puerta y sus ventanas de remate semicircular hállanse constituídas por pilastritas laterales, ostentando la galería de ventanitas que corre bajo los aleros primorosos relieves en la parte inferior de cada hueco; una lista de casetones corta los muros á la mitad de su altura. El salón de tráfico es una inmensa estancia formada por recias columnas lisas, salvo una labrada greca que la ciñe cerca de su base; de sus capiteles jónicos arrancan los grandes arcos de las bóvedas trazando elegantes dibujos, que afluyen como punto de unión á unos áureos y enormes rosetones; cuatro escudos con el león zaragozano colgados en el origen de los

arcos y tres con las armas de España sobre el dintel de la entrada y en los muros laterales, destacan sus dorados tonos atrayendo la vista; rasgadas ventanas de alféizar plateresco dan luz á las naves, que lucen así su espléndida suntuosidad.

La celebrada Aljafería, el antiguo palacio sarraceno, encuéntrase enclavado fuera de la población, aunque no muy distante; hablando en puridad, de la muslímica Aljafería de los valíes sólo queda el recuerdo y alguno que otro resto arquitectónico. Hoy se alza allí la iglesia de San Martín, y del que fué alcázar habitado por los Reyes Católicos se conservan una serie de salones con admirables techos artesonados de arábigo estilo. La puerta de la Mezquita, de arco de herradura, con una afiligranada labor morisca sobre su dintel, constituye una de las notas más atrayentes del lugar, el supremo encanto de la excursión. Es un trozo de la Alhambra transportado á la aragonesa ciudad.

Queda únicamente por mencionar la famosa Torre Nueva. Es una de las cosas que producen impresión más profunda en el viajero que visita la memorable

ciudad zaragozana. Esta mole roja, erguida en medio de una plaza, descollando con singular gallardía buen número de metros sobre los tejados de los edificios, con su histórica esfera de reloj, sus filigranas mudejares y sus labores de encaje «de ladrillo», en toda ella despierta en el ánimo una dulce simpatía, la suave ternura que causan los ancianos muy derechos. La venerable torre es una valiente viejecita que procura resistir impasible el peso de los años con sus grietas y arrugas, sin encorvarse, en posesión de sus dientes, sin que haya que achacársele á la edad la inclinación que ofrece, pues siempre se mostró torcida, como esas personas que se agobian desde su juventud.

Tendrá el monumento unos cien metros de altura; es de ladrillo rojo, mudéjar y de planta octogonal, compuesta de tres cuerpos: el primero, que sirve de basamento, con ventanas muradas y menudos arcos góticos, remata en una cornisa; rasgadas ojivas se abren en el segundo, que contiene el reloj, y otras más pequeñas surgen en el tercero, ascendiendo desde ellas torrecillas que, con las estriadas que suben en toda la longitud del

monumento por sus ángulos, forman una preciosa combinación, dándole una suprema gallardía. Fué construída la torre á principios del siglo XV para que tuviera la ciudad una hora fija; es famosa su desviación y se muestra con efecto terciadísima, tan inclinada que parece que va á desplomarse, presintiéndose que, á pesar de haberle quitado su caperuza, continuará hundiéndose tristemente hasta que se desplome como un gigante abrumado por su propia corpulencia (1).

Torrero

Cuestión de cinco ó seis minutos de tranvía; el coche avanza por un paseo de grandes árboles, orillados de quintas campestres... Ea, se acabó la jornada; estamos en el Canal Imperial...

Hay rincones de naturaleza que la primera idea que despiertan en la mente es

(1) Mi vaticinio de viajero se ha realizado por desgracia muy pronto. La incomparable torre inclinada no existe ya al imprimirse este libro. Supongo yo que el derribo del simpático monumento lo apuntará Zaragoza en las páginas de dolor de su historia.

la de una merendola; yo no he pisado hasta ahora un lugar que, como el Torrero, pida con tanta insistencia una tortilla fría y un trago de vino sobre el asiento de la blanda yerba. La alameda frondosa, espesa, con cierto ambiente de bosque, amplísima, reposada y dulce, y la corriente del canal mansa, tersa, sin olas, perdiéndose á la derecha entre dos grecas de vegetación y bajo un arco de follaje, constituyen el escenario de una égloga... ¡Feliz casualidad!... Por la orilla del agua adelanta á mi encuentro una pareja amorosa. Tisbe y Batilo sin duda... Ya más cerca los enfoco con las pupilas... Son dos aragoneses del campo, de tránsito acaso en la ciudad... Ella viste zagalejo y él ciñe á su cráneo el pañuelo de yerbas. Al pasar junto á mí, le dice ella á él con un tonillo singular: «Chiquio... ¿sabes lo que te *higo?*» No quise saberlo y apreté el paso... ¡Dios santo, qué desilusión!... ¡Y yo que creí que iban á romper en verso libre!

XII
El Pilar y la Seo

Son los dos monumentos que hacen famosa á la ciudad del Ebro; no hay viajero que no los visite. Por fuera ofrece el Pilar un extraño aspecto; sus muros desnudos, grises, uniformes, con hileras de ventanas, traen á la memoria las monótonas fachadas de los cuarteles; su techumbre, en cambio, cubierta de tejas de colores, con su tropel de cúpulas brillantes, resulta en extremo pintoresca. El interior del templo produce cierta decepción; lo constituyen tres naves enormes y su mayor mérito radica en su tamaño colosal; salvo el retablo del altar mayor, hermosa obra de arte en alabastro, el resto de la iglesia es pesado, chillón, de un gusto deplorable en los adornos. Las bóvedas resultan secas, frias, desabridas, con

unos colorines que piden á veces las arcadas de un circo, apoyadas sobre pilares tremendos constituidos cada cual por una cantera. Los ojos angustiados se vuelven al retablo en busca de buen gusto. El cincel ha hecho allí prodigios. Es un gran frontis dividido por pilastras de labores delicadísimas con efigies, que sirven de separación á diferentes relieves primorosos, representando pasajes de la vida de la Virgen y de Jesús. Los detalles de la obra son admirables. Su estilo es gótico con tendencias platerescas. El coro merece también mención por el trabajo de su sillería, en la que la mente ha apurado su numen hasta las semínimas para esculpir en aquellos asientos, brazos y respaldos cuanto la fantasía puede concebir de embutidos y calados. La vista se pierde en el infinito tropel de los adornos. En un examen rápido no es posible distinguir nada. Una difusión inmensa de follaje, de figuritas, de rosetones, de dibujos.

Yo no sé lo que acontecerá á los demás; de mí sé decir que pensaba encontrarme la imagen de la Virgen en el altar mayor, en el sitio de preferencia. No hay nada de eso, y el viajero que no lleva guía

tiene que husmear un rato hasta tropezar con su capilla. Hállase ésta enclavada en el centro de la iglesia, y la constituye un templete de bóvedas ovales, al que se penetra por tres lados y las que sostienen columnas corintias de jaspe; la cúpula es de listas de oro, y en su arranque sobre la cornisa se distinguen ocho estátuas de santos. Detrás de una fila de velas, bajo un dosel de plata, con el Niño en brazos y sobre el pilar donde apareció, según la tradición piadosa, descúbrese la santa imagen.

Yo no he contemplado ninguna efigie que produzca emoción tan honda... Es que esta divina Señora, que tiene su columna en el corazón del buen pueblo aragonés, simboliza una idea ante la que los zaragozanos han aceptado la muerte con la sonrisa en el rostro, sin exhalar una queja; por la que se han batido; á la que han inmolado su hogar, cuanto poseían; es la de la copla, la que no quiere ser francesa, la que sostuvo el amor á la patria y la fe en su sacrificio en los héroes de la independencia, la Pilarica, en fin, de universal y brava recordación... El templo se halla henchido de fieles; el recogimiento es inmenso; nadie alza el más

leve murmullo; las miradas de todos los concurrentes se clavan con mucha adoración en el dulce semblante de la imagen; diríase que en los ojos de los devotos resplandece entre la unción religiosa algo de frenesí... Un pueblo que así siente, es siempre un pueblo grande... Por detrás de la capilla se enseña á los forasteros un trocito de muro carcomido y un escalón desgastado; la leyenda dice, por boca de un sacristán, que á uno y otro hánles puesto en tal situación los besos y las rodillas de los creyentes de cuatro siglos.

Es una cosa imposible de conseguir; la fe religiosa necesita «materializarse» de algún modo, y de aquí que la piedad de los creyentes amontone los adornos sobre sus sagradas efigies y las cargue de pedrería. Para corresponder á la idea forjada en mi mente por la popularidad de la bendita Virgen, hubiera yo deseado mejor encontrarme una escultura austera en la hornacina coronación del retablo de un presbiterio, que no una imagen cubierta de galas entre brillantes en un pequeño y refulgente altar.

La Catedral

La Seo supera en todo y por todo al Pilar. Es una Catedral hermosísima, de una altura colosal, que dá á las columnas una esbeltez y una gallardía pasmosas y á los arcos un ambiente aéreo y un atrevimiento infinito. La piedra caduca y venerable adquiere mayor majestad con lo apagado de la luz que cae de las estrechas ojivas; el espíritu, anonadado y sobrecogido, no acierta á raciocinar y sólo sabe dejarse llevar del sentimiento. Es imposible además puntualizar nada en esta filigrana del arte gótico. El crucero, la cúpula, el trascoro, el retablo del altar mayor, la bóveda, son verdaderas maravillas... Estátuas, sepulcros, bajorrelieves en madera y en alabastro, grupos esculturales, calados, rosetones. ¡Quién sabe las riquezas que allí ha amontonado el cincel! ¡Cuando se abandona el templo se «saca» en las pupilas cierto extravismo motivado por aquel inmenso tropel de líneas.

Empresa magna es describir el interior del templo, del que apenas si podré dar



una idea. Fórmanlo cinco elevadas naves que descansan sobre pilares constituidos por ocho agrupadas y altas columnas; sus bases y pedestales son de mármol amarillo y en sus capiteles de hojas descuellan escuditos de armas que sostienen figuras de niños. De los capiteles arrancan atrevidos arcos de puro estilo gótico que van de pilar á pilar en sentido longitudinal y trazan á la vez la bóveda, ostentando bellos rosetones en sus claves. La capilla mayor tiene su presbiterio coronado por un cimborio que muestra en nichos platerescos ocho estátuas y que recibe la luz por ventanas ojivales abiertas en la parte superior; el ábside es una estrella que deja ver el dorado plafón de la linterna, iluminado igualmente por rasgadas ojivas. El retablo del altar mayor es de alabastro, de un gótico purísimo, de una delicadeza tan exquisita que parece trabajado en cera; representa varios pasajes de la Sagrada Escritura y de vidas de santos; de las cornisas del presbiterio cuelgan morados tapices con el escudo del Cabildo bordado en el centro; á uno y otro lado vense suntuosos sepulcros de infantes y arzobispos. El coro y el trascoro resultan dos joyas: la silleria del

primero es de roble, ceñidos sus respaldos por columnitas góticas y rematados por un cobertizo común lleno de primorosas labores que se apoya sobre ménsulas de follaje; el trascoro es plateresco; en su mitad se alza un tabernáculo apoyado sobre columnillas salomónicas de mármol negro que cobija un crucifijo; los muros ostentan primorosos relieves y estátuas entre columnas abrumadas de adornos, concluyendo la obra una moldura corrida sobre la que se destacan grupos de ángeles. Las capillas de la Seo son casi todas exageradamente barrocas y de mal gusto. Para terminar consagremos una mirada al dejar el templo á su fachada greco-romana, con columnas corintias y estátuas, y á la gallardísima y gigantesca torre de almohadillado basamento, tan alto como el frontis de la Catedral, con la esfera de su reloj sostenida por dos deidades, destacando sobre el segundo cuerpo el tercero, por los ventanales del cual se vislumbran los esquilones y el último también con ventanas, coronado por una prismática cúpula que parece que quiere horadar el horizonte con la aguja de su veleta. Es una obra atrevidísima que se lanza al espacio y que «se siente

con alas para remontar el vuelo», produciendo esa impresión singular de asombro que despiertan en el espíritu los campanarios muy altos y que sin darse uno cuenta le sugieren la inexplicable idea de empinarse sobre las puntas de los pies como si así se contemplaran mejor.

Otra vez en ruta

Es la misión fatal del excursionista. Soñar con una población, llegar á ella, y apenas realizadas sus ilusiones verlas convertidas en recuerdos. Otra vez en marcha. Dos días en la ciudad de Augusto, de los Aben-Hudes, de Alfonso el Batallador, de Lanuza, en la histórica población romana en su infancia, árabe en su adolescencia y cristiana en su madurez, bastan para quererla y para llevarse su remembranza en el corazón. Ya con el pié en el estribo, no de la muerte por fortuna, sino del tren, la envío un adiós último, y quitando de la fantasía el *cliché* de Zaragoza, lo sustituyo con el de Piedra.

XIII
El monasterio de Piedra

Es uno de esos lugares popularizados por la fama y soñados por la fantasía en los nostálgicos albores de la adolescencia, en que despertado el corazón á la juventud, pide impetuosamente su parte de dicha. Los recién casados son los que dan origen á tales deliquios de la mente... Así como en Barcelona los matrimonios nuevos van á esconder su ventura entre las breñas de Montserrat, en Madrid buen número de amorosas parejas corre á libar su felicidad en los bosques de Piedra. No tiene, pues, nada de extraño que cuando uno se encuentra embutido en un ómnibus, dejándose llevar por una interminable carretera en cuesta, sin grandes atractivos de paisaje que le distraigan, salvo un poco de quebrada y unas casitas, el pue-

blo de Nuévalos al promedio del camino, no tiene nada de particular que la imaginación, recordando sus primaverales ilusiones y empeñada como siempre en adivinar lo que se dispone á ver, se forje algo así como la silueta de un nido.

El monasterio de Piedra atrae desde la entrada. Apenas se traspone el muro exterior, siéntese el turista en pleno convento, con el encanto irresistible de que es un convento por el que han pasado muchos años, dejándole petrificado; en todas partes el solitario y grave ambiente monacal y dándole ese semblante venerable y rugoso que llena de simpatía á los edificios viejos. Dejando atrás un corral con viviendas, se penetra en un ancho portalón que conduce á los claustros. Hélos ahí: bajos de techo, recibiendo tibia luz por las góticas ojivas, con sus esbeltas columnillas amarillentas, mostrando las mil primorosas labores de sus capiteles; mudos, reposados, desiertos... Los expedicionistas no suelen detenerse en su mayoría en estos claustros... Hacen bien; las voces y las risas de las gentes desentonan en aquellas paredes ceñudas, severas, *pensativas*, hechas al ligero rumor, al roce de las cogullas, deslizándose

en silencio y como ruido máximo al eco de la campana llamando á los oficios.

A un lado hay un gran patio ruinoso, gris, sombrío, enteramente caduco; la piedra se desmorona; los muros á duras penas se sostienen en pié; las ortigas, la yedra, los jaramagos, toda esa inmensa familia de gitanos de las plantas que viven en los sitios húmedos, abandonados, entre las grietas, han invadido el piso y se han apoderado de las paredes... En el centro se yergue un árbol centenario, de enorme copa; es lo único vivo de aquel lugar muerto... Frente á este patio se abre la puerta del antiguo refectorio... Es un salón colosal, largo, altísimo, de atrevida bóveda con grandes arcos apuntados, de una elegancia suprema; al fondo se descubre un ventanal gótico, con un rosetón de cristales de colores; adosado al muro se destaca el esbelto púlpito desde donde bajaba á los enclaustrados comensales la palabra santa... Hoy es aquella estancia el comedor de la fonda y ha perdido su carácter monacal, su fisonomía austera... Precisamente debajo del rosetón de la ventana se halla colgado un reloj redondo moderno; el contraste no puede ser más

fuerte... Las mesas, las perchas, los candelabros, todo resulta anacrónico. Semejantes muebles constituyen una profanación... El viajero artista los rechaza, los arroja fuera por intrusos... pero se sienta y come...

Una escalera monumental de dos ramales nos invita á subir... Apóyase sobre finos arcos y ocupa un hueco enorme cerrado por una bóveda que es una filigrana gótica... Los escalones acaban pronto y el visitante se encuentra con nuevos claustros, *menos elocuentes* que los del piso bajo... En estos altos, recién encalados, muy lavados y limpios, se abren las puertas de las celdas que sirven hoy de morada á los huéspedes de la fonda... Espoleado por la curiosidad quise olfatear alguno de tales alojamientos... Me enseñaron la celda del abad... Dos piezas con alcobas, blanquísimas; en la mayor destacábase junto á la pared un piano; las ventanas daban al bosque; por ellas entraban pitorreos de pájaros y olor á hojas... ¡Dios santo!... No hay duda... Hé aquí el nido soñado... Al fin de un claustro se distingue una viva claridad; por allí se va á la selva... Salgamos...

Las cascadas

El prólogo predispone en seguida á favor de la obra... A los pocos pasos empieza á distinguirse orillando la senda un verdadero ejército de frutales... Caminamos por una vereda que culebrea y va descendiendo siempre... La sensación que el viajero experimenta es la de que se hunde en las entrañas de una selva virgen por un túnel de verdura... El follaje forma sobre nuestras cabezas un entramado de ramas... El sol ha desaparecido... En algunos lugares más claros se le adivina por cierto resplandor que hace casi transparentes las hojas... El cielo azul intenta colarse por cuantos agujeros de fronda encuentra. Millares de pájaros ocultos saludan al pasar al turista...

No sé por dónde, punto menos que horadando muros de vegetación, salimos á una plazoleta constituída por grandes álamos negros muy derechos. Salvamos un puentecillo de troncos y un caminejo nos conduce á una gruta. El guía la

nombra: es «La Carmela». Una preciosidad... Una cueva de encaje de piedra... Avanzamos y de repente estalla en la espesura un rumor de agua desbordada, precipitándose por torrenteras invisibles. No se la descubre. Recuerda los murmullos de arroyos de la Alhambra apenas se traspone la puerta de los Gomérez... Ahí está la primer cascada: el Baño de Diana. Produce una impresión dulcísima. Parece que la naturaleza no quiera que esta cascada mueva ruido. Las rocas le forman lecho en plano inclinado, las ramas le desmenuzan la corriente en hilos. No salta, se desliza y suspira en vez de rugir. Resulta una cabellera de espuma.

El guía echa á andar y toma por pino sendero que costea el torrente de los Mirlos, un brazo impetuoso que baja á escape, atropellándolo todo, y cae en el Baño de Diana... ¿Dónde nos encontramos? El guarda señala con el dedo á un punto y exclama enfáticamente: *Velas* ahí, la gruta del Artista, la de la Pantera y la de la Bacante... Las tres son primorosas, de una finura de labores infinita, constituidas por un «atropellamiento» de agujas de piedra amarilla, de «estalacti-

tas» de suprema belleza. La primera gruta es gótica, pero de un gótico purísimo, ideal, como no pudo soñarlo nunca ningún arquitecto de la Edad Media. ¡Adelante!... El estruendo aumenta y ya no abandona al turista. Una cascada: «La Caprichosa»... Es imposible describirla. Ya sabía lo que se hizo el que la bautizó. Es una coqueta. Se precipita verticalmente, parece que va á arrasar cuanto encuentra al paso, y de pronto se detiene á acariciar una rama colgante, riéndose del susto que le dá y enroscando en ella un círculo de espuma; el salto de «rio» rueda por el centro mientras, compacto y terso como un espejo, sin ocuparse del fleco de gotas que deja en las plantas de los lados... La fuerza de la caída forma en el aire un velo de polvo de agua que azota á los que la contemplan abajo, á la orilla del remanso donde muere. No lejos de esta cascada resbala otra partida en tres ramales; denomínase por tal circunstancia «La Trinidad», y baja por una alfombra de musgo tendida como una colgadura sobre las rocas; enteramente forma un peinado de bucles de jabón. «La Solitaria» sepultada en una umbría espesa y «La Sombría» pegando un brinco y refu-

giándoso tras de una red de hiedra, son también encantadoras, pero menos pintorescas que sus hermanas.

Semejantes maravillas representan un grano de anís ante lo que luego viene. El río rastrea mansamente por la falda de un monte, sin que turben su sereno curso otros accidentes que el goteo de las molenas de yerbas de las rocas, cuando de pronto se ve sorprendido por dos tumultuosos chorros que caen por ambos lados de un grupo de tremendas estalactitas: es la cascada «Iris», formada á su vez por las de los «Fresnos» baja y alta. Yo no he contemplado espectáculo igual; resulta una inundación que ha asaltado una fresneda, que quiere derribarla, que se parte en mil hilos abatiendo los árboles sin conseguir arrancarlos, descendiendo por una ancha escalinata natural, tallada por la misma corriente en las peñas. El torrente es «practicable»... Una escalora rústica con barandilla sube pegada al borde mismo del agua; de trecho en trecho hay descansillos con bancos. Desde cualquiera de ellos la ilusión es completa... Parece que la cascada ha advertido la presencia del viajero y se le echa encima... Hacia bajo, sobre la cabe-

za, en todo el curso se distinguen hiladas de espuma que se desparraman, ciñen los troncos y se trenzan después; arriba, en la cumbre, se asoma un «borboteo» continuo, algo como un penacho de plumas blancas. El ruido de las ondas que ensordece, la humedad que acaricia el rostro, los fresnos, temblando de miedo, defendiéndose á duras penas de la embestida, el extremecimiento de la naturaleza toda constituyen un cuadro de una grandiosidad inmensa, que suspende el ánimo y obliga á exclamar al corazón lleno de un arrobamiento infinito:—¡Dios mío! Yo no me iría nunca de aquí!

Cuando se abandona á la fuerza el lugar, la fantasía hállase presa de una borrachera de cascadas, de una obsesión bucólica, irresistible, y mientras los ojos se clavan en el agua ansiando dedicarle la última mirada, la mente vuela de *Dinorah* á la *Pastoral* de Beethoven, de Virgilio á Garcilaso, de la égloga saturada de olor á heno húmedo, al idilio alegrado por el caramillo dulzón...



XIV

La Cola del Caballo

Es la maravilla de Piedra; antes de verla con los ojos se «la ve» con los oidos, se la escucha. Por entre el ramaje que corta nuestras miradas penetra un estruendo formidable, que tan pronto resulta un rugido continuo, tan pronto parece un golpete de colosal martillo pegando sin cesar en el yunque. Cuando casi se la «palpa», el ruido se define: es de algo que se desploma. Las otras cascadas se anuncian todas de igual manera: alzan un rumor de torrente; la «Cola del Caballo» posee estilo propio; su estrépito no se confunde con el de las demás.

El guía se detiene, y sin pronunciar una palabra, señala con el dedo un balconcito de palitroques construido al borde de una peña. El asombro roba en el

primer momento la vista. Sólo se distingue un enorme chorro que pasa empujado por un huracán. Recobrado el viajero, hé aquí lo que observa... El rio llega frente á la barandilla; viene manso, tranquilo, apacible, con una dulzura de arroyo; él cree seguro y firme el terreno; tal vez sueña con alfombras de musgo; no espera el abismo. De pronto se queda sin lecho, el suelo le huye, encuéntrase con el tajo y cae verticalmente desde una altura de más de cincuenta metros, estrellándose abajo en una rompiente donde se deshace, y continuando luego su curso destrenzado entre guijas.

Es un espectáculo portentoso increible, de una grandeza que resiste toda transcripción. El rio no quiere rodar, se adivina en él un ansia espantosa de retroceder. Las burbujas se precipitan compactas y se abren en el aire como pidiendo socorro, pero detrás resbalan otras que las empujan y otras que se desploman en pos de ellas. No hay salvación para ninguna; se estrellan todas. El salto constituye en su origen una enorme caida de copos de nieve; á la mitad de su descanso tropieza en una peña saliente y se desmenuza en un chorro de fragmentos de

cristal, chocando por fin en la rompiente, donde forma un hervidero de espuma. Surgiendo de entre las peñas brotan plantas salvajes, árboles bravíos, que avanzan temerariamente sus brazos torcidos hacia el tremendo chorro; quizás intentan pararle compadecidos de las gotas. ¡Inútil empeño! El mónstruo no les deja acercarse nunca y se les ve extremecidos por las sacudidas de viento con que las rechaza, cabeceando sin cesar. Rocas atroces trazan á lo largo del torrente una embocadura de picos descomunales; se adivina allí la entrada de una cueva que tapa el formidable derrumbamiento de agua.

Al borde de esta cascada suspende el tiempo su curso; las horas se van sin sentir, y el turista, arrobado por la majestad del sitio, hundido en el estruendo de la loca corriente, no sabe soltar la barandilla del balcón, presa de una fascinación invencible. De pronto, en uno de los taludes del torrente, descubre el viajero una escalerilla rústica que termina en la hondonada y le entra un deseo impetuoso: descender y contemplar la caida del agua desde abajo; es cuestión de minutos. El cuadro es el mismo, pero la Cola adquie-

re esa grandiosidad de las grandes alturas contempladas desde la base; todo aumenta de tamaño, se agiganta; los «muros» del tajo resultan inmensos; los árboles que los coronan se han quedado en las nubes; las plantas de las breñas han crecido de un modo descomunal; las rocas parecen ahora suspendidas en el espacio; el chorro cae del horizonte. La variación del observatorio hace descubrir en la cascada otra nueva belleza. En la cumbre se presenciaba su nacimiento, su desarrollo. Allá iban los remolinos al espacio. Aquí se contempla el desenlace del terrible brinco del río. Se desentraña su fuerza. Se asiste al instante supremo en que el salto encuentra de nuevo tierra. Las ondas se estrellan en el fondo, se despedazan. Aquellas agujas de piedra del lecho no se dejan intimidar por los rugidos del mónstruo, se ríen de su violencia, y, esperando impasibles sus zarpazos, lo trituran sin piedad. La Cola entera es un combate desesperadísimo, á muerte, entre el agua y las rocas; visto en el balcón se cree seguro el triunfo del agua; no se supone que haya nada capaz de resistirla; junto á la rompiente la duda es imposible, las rocas salen siempre venciendo.

En plena naturaleza

Tiene el Piedra, por la composición química de su corriente, la propiedad de petrificar cuanto encuentra al paso; á tal virtud debe su nombre. Las diferentes cuevas que el viajero visita en el bosque del monasterio, llenas de admirables labores, han sido labradas por la humilde gota de agua que se filtra; pero estas cuevas se hallan secas hace años; el artista que las cinceló escondido dió por terminada su obra. Hoy posee el río un laboratorio magnífico, donde todavía se le ve esculpir, que se llama por antonomasia «la gruta» y el que largo tiempo ha mantenido ignorado ella misma cubriendo su entrada con la «Cola del Caballo», hasta que el dueño del convento, el ilustre Federico Muntadas, burló la fiereza del torrente horadando las entrañas de la tierra para sorprender el trabajo del agua.

La bajada á la gruta se verifica por una profunda mina, socavada en las rocas, de un declive espantoso en casi toda

su longitud; hay sitios que al aire libre producirian el vértigo por su inclinación. En las pendientes facilitan el descenso burdos escalones tallados en la piedra ó constituidos por travesaños de troncos sin pulir, incrustados en el suelo; en ciertos trozos es preciso apoyarse en las paredes del túnel para no resbalar. La mayor parte de la jornada se hace á tientas, casi á oscuras; de trecho en trecho la galeria se interrumpe por una plataforma natural, que surge entre dos peñascos y que deja ver la cascada; estos descansos prestan luz á los corredores. En algunos lugares del calizo muro se abren ventanillos que dan sobre el mismo torrente; el salto pasa como una visión terrible «enfocado» por tales agujeros. El turista alza su compuerta por curiosear cuanto encuentra en su tránsito y en el acto la cierra aterrado; la tremenda columna de agua cae tan cerca, que enteramente parece que va á colarse por el ventanillo, inundando la subterránea via... Al final las dificultades de la marcha aumentan; las tinieblas son absolutas; el guia enciende un cabo de vela; á su resplandor débil se distinguen las labores de las paredes; la mina se transforma en pozo...

Jadeantes, sudando, rendidos, llegamos por último al término de la jornada, descansamos un instante, que aprovechamos para remangarnos los pautalones, nos abrigamos el cuello, y abriendo el paraguas, ponemos la planta en la gruta...

La primera impresión es de un estupor supremo; las plantas se clavan en el suelo; no se atreve uno á moverse y se queda á la entrada, aturdido, estupefacto, sin ver nada, sin enterarse de ninguna cosa, sin apreciar más que uu estruendo formidable como de terremoto. Recobrada la presencia de espíritu, hé aquí lo que distinguen las pupilas, todavía anubladas por el asombro... La naturaleza ha construído en el seno de la sierra una gruta enorme, profundísima, anchurosa; su altura es la de la montaña; desde la entrada hasta el fondo no habrá menos de treinta metros... A la derecha se distingue una enorme boca trazada por tremendos peñascos empinados unos sobre otros y dejando colgar muchos sus afilados dientes; un telón de agua, que cae atropellándose á plomo, tapa la inmensa abertura; de allí viene un estrépito que ensordece: es la Cola del Caballo... La luz del día atraviesa el salto de la casca-

da y «deslustrada» por el chorro baña la subterránea mansión de una suave claridad de crepúsculo. Dentro de la gigantesca cueva llueve hilo á hilo, mansamente; la «estancia» no puede menos de ser contemplada á través de un chaparrón; es el rio que pasa por encima y se filtra. En el centro cabrillea un tranquilo lago que se desliza luego por debajo del torrente; la parte por donde se sale de la mina es la única accesible. Una barandilla de palitroques defiende al viajero de una caida y le permite llegar á lo último de la gruta, donde un montón de rocas le brinda con estratégico palco. Los pies choclean al andar, se avanza pisando charcos que salpican...

Desde la tribuna del fondo se abarca la gruta entera; aquellas sartas de gotas que se desprenden incesantes del techo, han convertido la inmensa cueva en una nave de catedral, pero de una catedral singularísima, extraña, no sujeta á época alguna, de una originalidad suprema y á la vez de una grandeza infinita. Moles ciclópeas formando pilares giganteseos, arcos colosales de tremendas jambas, descomunales impostas sirviendo de arranque á bóvedas amplísimas, grupos de

grandes relieves simulando animales monstruosos, montones de peñas suspendidas en el espacio, todas de unas proporciones apocalípticas, recubiertas de admirables tapices de musgo, de portentosos paños afelpados de líquenes y culantrillo, rebasando las rocas, dejando colgar sus flecos; hé aquí la «fábrica» del templo. Las filtraciones del río han completado la ornamentación cincelando en ofuscante tropel de columnillas, cornisas, capiteles, agujas, rosetones, alamíes, y convirtiendo los muros en maravillosos encajes góticos y árabes, amarillentos y petrificados por la fosilización centenaria del agua. Allí no hay nada que no sude, que no escurra, que no esté empapado; la lluvia no se interrumpe jamás; la humedad engendra un vaho que llena la atmósfera; la cascada sigue cayendo siempre atronadora, impetuosa, blanca.

De repênte acontece un fenómeno inconcebible á no verse; de una maravillosa hermosura. Le ha llegado al templo la hora de su apoteósis. El sol camina á su ocaso, y antes de hundirse en el sueño acude á su cita diaria con la «catedral». La Cola del Caballo, encargada por el río de guardar la boca de la cueva, de

conservar su virginidad misteriosa, sale al encuentro del sol, pretendiendo cortar sus rayos; pero el sol, con una astucia suprema, bruñe el salto de agua, que se queda extático al contemplarse convertido en un enorme chorro de perlas, y horadando el torrente, penetra á raudales en la gruta, inundándola de oleadas de luz, encendiendo cuanto encuentra al paso, arrancando á las rocas «explosiones» de chispas de diamantes, trocando el chaparrón continuo en una lluvia de esmeraldas y haciendo de la nave un colosal reflejo henchido de los luminosos colores del iris.

El espectáculo dura lo que la puesta del astro; poco á poco las sombras comienzan á apagar el centelleo; los resplandores palidecen; la penumbra surge de los rincones, y de pronto, una banda de torcaces atraviesa la cascada, cortándola con su vuelo; son las palomas que tienen por vivienda este palacio, y vienen á dormir á sus nidos.

XV
Las cascadas graciosas

Cuantas personas visitan el monasterio de Piedra divídense en dos bandos al apreciar la belleza de las cascadas; unos optan por el grupo que forman las más cercanas al convento, ó séase las comprendidas entre La Trinidad y la Cola del Caballo, ambas inclusive; otros votan por las que se encuentran siguiendo la carretera de Molina, ó lo que es igual, las que constituyen la cadena que empieza en El Vado y termina en los Peñascos. El litigio es difícil de resolver; todas las cascadas resultan de igual manera hermosas, pero apurada la cuestión, inclinaríame á las primeras, que ofrecen como característica la grandeza, mientras en las segundas predomina la gracia.

Es El Vado la primera de las cascadas

de Piedra, por decirlo así, en el orden topográfico. El efecto que produce en el ánimo del turista es el de algo teatral, el de la naturaleza metida entre bastidores. Los romanos de Terencio no hubieran acomodado de otro modo su escena de representar una fábula en que la acción sucediera junto á una calda de agua. Lo ha dispuesto todo la mano de Dios, pero parece adivinarse la del pintor escenógrafo. Hay aquí un arte espontáneo que no cuadraría mal en un jardín.

En las márgenes del torrente crece una vegetación espesa y robusta y entre las ondas, recibiendo sin cesar sus besos frescos y puros, se yergue un tropel de fresnos, que parecen ser en Piedra los eternos amantes del agua. El insigne Balaguer llama á este despeñadero la sinfonía de las cascadas, y con efecto, cuantas se ven después, desde La Trinidad á la Cola del Caballo, hállanse juntas en El Vado, constituyendo una verdadera mesa revuelta.

El río indica con su curso el camino que ha de seguirse; es una ruta obligada para el viajero, que avanza por la deliciosa orilla hasta un punto en que le corta el paso un muro de rocas. El guía penetra

por entre dos enormes; una escalera de palitroques encajados sobre las peñas nos ofrece bajada. Ascendemos agarrados de la rústica barandilla sin ver en torno, sobre nuestra cabeza, á nuestras plantas, á los lados, otra cosa que hacinamientos de piedras; es un callejón con el cielo por techo. Se acaban los peldaños, una plazoleta con tres cascadas: la Requijada, la Niña y la de los Peñascos; hemos dejado de ser reptiles.

Es la Requijada una hermana menor de la Cola del Caballo; seméjase á ella en la forma, pero es más baja y menos grandiosa. En la Requijada no hay lucha de elementos; el agua no trata de romper las rocas, ni las rocas pulverizan su chorro; le falta la nota brava, la acentuación salvaje, lo que la Cola tiene de estrellamiento; aquí el salto, compacto como un pincel de espuma, cae en una balsa que se abre amorosa para recibirle; es un abrazo de alegría que cambian al encontrarse otra vez los dos trozos de río: el tumultuoso y el manso.

La Niña y los Peñascos son en realidad dos fugas de agua que se desparraman por un accidentado lecho de rocas y que se diría que pretenden deslizarse sin

ser notadas, porque procuran no saltar y van buscando cuantos declives ofrecen las peñas. Un valle estrecho y largo, que resulta el *boulevard* de Piedra, condúcenos junto á un estanque, y la jornada termina por fin en el Parque, donde el turista, contemplándose en lo alto del monte de donde arrancan las cascadas y fascinado enteramente por las maravillas del río, siente no ser el genio de las aguas para dejarse llevar por el salto vertiginoso de un torrente.

El valle de la Paz

El guía implacable, ese guía que siempre tiene prisa y que, como todos los del mundo, no le deja á uno pararse más que el tiempo necesario para que escuche su retahila de loro, toma por la escalera que baja junto á la cascada de Los Fresnos; echamos tras él, pasamos de nuevo al lado de la Cola del Caballo, dirigiéndola sin detenernos esa mirada codiciosa que se clava en las cosas que ya se gozaron cuando se vuelven á encontrar, y si-

guiendo la margen del río llegamos á un bravío desfiladero que se llama La Peña del Diablo.

Es un sitio salvaje, que se diría que ha sido formado por alguna convulsión prehistórica de la naturaleza; el camino se estrecha y se convierte en un callejón abierto en una montaña de roca viva; La Peña del Diablo alza á un lado su mole colosal, roja, surcada de grietas, por donde se asoman esos arbustos enmarañados y crespos que crecen en lo alto de las sierras; por donde quiera que se mira se descubren acantilados y muros de piedra compacta con cierto color de mármol; el suelo se halla cubierto de yerbas olorosas; toda la hondonada trasciende á tomillo; el lugar hace el efecto de un rincón olvidado á propósito para un asceta y la musa popular ha creado acerca de tal retiro una de sus leyendas más lindas. Una tapia corta el paso y una puertecilla brinda la entrada: estamos en el lago.

No puede darse tránsito más brusco ni contraste mayor. De pronto deja de escucharse el continuo rugir de las cascadas, siéntese uno sordo por la falta repentina de ruidos y se encuentra rodeado de una suprema calma. Las ramas de

los árboles, las ondas del lago, los pájaros, todo parece hablarse allí en voz baja, suavemente, al oído; las ramas se inclinan hasta tocar en las ondas; los pájaros pitorrean á las hojas muy quedito. La impresión que el viajero experimenta es la de que va á turbar algo purísimo y casto, alguna confidencia íntima del valle, y volviéndose maquinalmente á sus compañeros, éntranle ganas de ponerse un dedo en los labios y de seguir andando de puntillas.

Encerrado entre peñascos descomunales que lo protejen, prolóngase el lago orlado por una cenefa de árboles; uno y otros permanecen inmóviles, extáticos; ni la más leve burbuja riza el lomo del agua; ni el movimiento más ténue agita las copas. Acercándose al borde y siguiendo luego la orilla se comprende semejante quietud; los árboles se hallan embelesados, presa de una fascinación suprema, hundidos hace siglos en una dulce obsesión: la de contemplarse en el lago, y el lago á su vez se siente subyugado por una complacencia infinita: la de ver todo Piedra reflejado en su superficie.

Es un efecto portentoso, de tal atracti-

vo, que los ojos prefieren examinar el panorama reflejado en el agua. Hállase el lago ceñido de vegetación, rodeado de un verdadero bosque de fresnos, almeces y sauces, cerrando el hondo valle, por un lado la montaña, por el otro la Peña del Diablo, que aparecen coronadas junto al horizonte por la torre del Homenaje, la ermita de Piedra Vieja y los muros del Monasterio. Toda esta decoración se reproduce en el lago hasta en sus más mínimos detalles, con una fidelidad suprema, con una luz clarísima que permite distinguir allá *muy abajo* cuantos pormenores embellecen el lugar, adquiriendo los objetos una blandura infinita de contornos, una suavidad indefinible, una dulzura que convierte el paisaje sumergido en inmensa vista de estereóscopo mirada á través de un enorme lente. En algunos sitios el lago ofrece una transparencia suprema; se pueden contar las guijas del fondo; en otros crece bajo la superficie una espesa selva de plantas acuáticas que lo transforma en una pradera. Resulta una cosa singular; el agua es la maravilla de Piedra, y cuando no la pulverizan las rocas de las cascadas, la apresan las yerbas y los juncos del

lago. En el país denominan al retiro donde éste se asienta el valle de la Hoz; yo le llamaría el de la Paz.

Los criaderos de truchas

Es lo último que se visita en Piedra; todo aquel magnífico poema sinfónico del agua rodando de tajo en tajo tiene por última nota las pesqueras del valle de la Hoz; la silueta de la gruta se desvanece en la mente, borrada por la de un pescado... ¡Contrastes de la prosáica realidad!... Nadie podría imaginarse que la excursión que comienza en una maravillosa cascada habría de terminar en un pez...

Dejando muy atrás la Cola del Caballo y apartándose algo del río, encuéntranse junto á un pintoresco caminito varias casetas en las que se adivina como las avanzadas del establecimiento de estabulación; el sendero desemboca en un amplísimo llano, enteramente bruñido por el sol, que ofrece á la vista, clavadas en tierra, una profusión de alambreras

que sirven de tapa á otras tantas balsas; estamos en los criaderos. Un ejército de truchas vive en el hermoso valle, resultando en extremo curiosa su inspección. Los sabrosos peces hállanse alojados por años, desde las liliputienses recién nacidas á las asalmonadas en la madurez de su edad; en cualquier parte donde se levante el cobertor se descubre lo mismo; una escuadra submarina de peces negros, de una movilidad pasmosa... Los depósitos de Piedra surten de truchas á todos los ríos de España y han merecido plácemes y recompensas en distintas exposiciones del extranjero, reuniendo además el raro mérito las privilegiadas pesqueras de poseer una alimentación propia que las hace las más ricas del mundo. En Inglaterra se nutre á las truchas con carne picada de caballo; el lago de la Peña del Diablo alberga en su fondo millones de gusanillos, que se reproducen por generación espontánea y que constituyen un verdadero manjar para las truchas, á juzgar por la codicia con que los devoran; la próvida naturaleza no se ha olvidado aquí de nada; es grande hasta en lo pequeño.

El Estado, aunque con escasa esplen-

didez, tiene subvencionados estos criaderos, que estableció sin ayuda alguna el ilustre dueño del monasterio y que constituyen su gran pasión. Hoy no es difícil encontrarse entre las charcas un hombre de madura edad, enjuto, curtido por el sol, de patillas blancas y ojos azules, de semblante bondadoso y de aspecto fuerte, á pesar de la delgadez de su cuerpo, que vigila y dirige por sí propio las operaciones más importantes de la estabulación. Es Federico Muntadas, el descubridor de las maravillas de Piedra, un gran poeta que, por uno de esos caprichos de la vida, se ha convertido en algo como en un protector cariñoso de las truchas.

En pleno reuma

No es posible regresar de Piedra sin conceder dos palabras á los baños de Alhama de Aragón, de popular celebridad. La fama no miente. Quizás estas aguas son de las primeras de España por su abundancia y su temperatura, que no

excede de la normal del cuerpo. Los árabes ya las conocían y las dejaron su nombre. Hoy sobre los próvidos manantiales se han levantado cinco ó seis establecimientos: desde Las Thermas, estación de la gente rica, y San Fermín, que posee las pilas mejor situadas y más higiénicas que yo he visto y á donde va la clase media, hasta los de Tello y San Roque, asilo de los artesanos. La vida en ellos es la de todos los balnearios habidos y por haber. Comer mucho, aunque no se tenga gana, para reponer las fuerzas; tomar el invariable chocolate sin acabar de hacer la digestión de la cena por el diantre de la debilidad y á riesgo de atrapar un cólico, no salir por la noche y andarse tres leguas arriba y abajo por las galerías de la casa, pasear por la carretera ó por el jardín, echarles panecillos á los peces y presenciar sus riñas en holocausto á Malthus, pelearse con las moscas, jugar á prendas, acudir á los mixtos á despedir á los camaradas de aguas y enterarse del pié de que cojea cada uno en la recta acepción del vocablo.

La hora típica del balneario es la de la mesa, singularmente la de la comida de la tarde. Nadie emplea en sus baños sino

el tiempo imprescindible para darse los ordenados por el facultativo. Cada mañana ó cada noche se cambia por ende de puesto. Pero la suprema emoción la proporcionan los nuevos, los que acaban de llegar. Los ojos de todos los compañeros se van hacia ellos y sesenta ó setenta pupilas críticas se clavan en su persona con cierta tendencia de juez. Se necesita que el «recipiendario» entre á rastras, abrumado por un colosal reuma, para que la piedad desarme el aguijón. A la hora casi se tutea uno y figura en el número de los amigos de aquel á quien poco antes no se conocía. La vida en común apea los cumplimientos á escape. Durante el día los bañistas andan á vueltas con sus pilas, con sus inhalaciones, con sus pulverizaciones, reuniéndose en grupos según sus simpatías y comunicándose su mejoría ó su empeoramiento cada cinco minutos. Por la noche se matan las horas lo mejor posible. El arribo de una pianista, ó de un cantante, ó de un prestidigitador, es acogido con más júbilo que el hallazgo de un pozo de agua potable en el desierto. La víspera del regreso es de ene la visita al platero para comprar algún recuerdo de

Alhama y el imprescindible ajuste de los melocotones.

Para terminar, una silueta de gran relieve. A poco de haber llegado al establecimiento de San Fermín, descubre el viajero un extraño grupo constituído por una tartana negra, con sus cristales herméticamente cerrados, y arrastrada por una mula, á la que guía un clásico aragonés, viejo y rudo, eternamente á medio afeitar, con su pañuelo arrugado á la cabeza, su ancha faja, sus calzones y sus alpargatas. El conductor se llamará Juan ó Pedro, ó Lucas, pero entre los bañistas se le conoce por el apodo del Cachorro. El pobre hombre se pasa la vida llevando á los reumáticos de la fonda á la cascada y de la cascada á la fonda, y ¡sabe Dios los viajes que hará al día para que los enfermos, arrebujados en sus mantas, guarden la reacción y no pierdan el efecto de sus inhalaciones salvadoras!

La última palabra

Se marcha uno de Madrid renegando

de sus defectos; pero ¡Dios mío, con cuánto gozo se vuelven á contemplar desde el tren las lucecitas de gas de la población brillando en la noche!

Septiembre-Octubre 1891.

FIN

ÍNDICE

Págs.

BIBLIOTECA SELECTA

Colección de obras de los mejores autores nacionales y extranjeros

á 2 reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

tores modernos, puestas en rima castellana. 1
Baladas, por Walter Scott (2.ª edición). 1
Cántico de Noche Buena (2.ª edición) y la *Fortuna de un estudiante*, por C. Dickens.. 1
Cuentos de los Vosgos, por Erckman Chatrian (2.ª edición). Contiene este tomo: El trompeta de los húsares azules; Anita y Juan-Claudio; El Viejo sastre. 1
Novelas Alemanas y Escandinavas (2.ª edición). 1
¡Vencido! La isla de los cocineros, por Emilio de Girardin (2.ª edición). 1
La Reina de Saba, por T. Bayley Aldrich (2.ª edición). 1
Doloras, por D. Ramón de Campoamor. Nueva edición (1.ª serie). . 1
El mundo tal y como será en el año tres mil, por Emilio Souvestre (2.ª edición). 2
El Progreso, por Emilio Souvestre. 1
Cuentos flamencos, por E. Conscience. 1
Dos episodios, por E. Viehert.. . . . 1
El Título de propiedad, por E. Eggleston. 1
Federico el guardabosque, por E. Chatrian (2.ª edición). 1
Cuentos suecos.— Contiene este tomo: Los gemelos; La esposa del pescador; El enterrador; La baraja; En la aldea; Carlos Utter.. 1
Aventuras de un niño calavera, por

Vols.

Colón. Poema por D. Ramón de Campoamor. 1

Páginas rusas, por el Conde León Tolstoi.—Contiene este tomo: La muerte de un magistrado; Consecuencias; La envidia; Un Juez hábil. 1

Majaderías, por D. Enrique Gaspar. Contiene este tomo: Las corridas de toros; Una carta del demonio; Una apuesta; Un baño; Una culebra; La artillería postal; Una barba en Hong-Kong; Los martigues; Lo; Las narices; El principio; El pudor del sentido; Rótulos, anuncios, epitafios y otras menudencias; Un puñado de anécdotas; Carta á mi sobrino; Veintiún días de pueblo; El reloj; Bailar; La fisonomía de los guarismos; Las hojas; Un cuento de Ayala. 1

Más majaderías, por D. Enrique Gaspar.—Contiene este tomo: Camilo Flammarión; La pena de muerte; El mono; Seamos justos; Los adjetivos; Tengo el gusto de presentar á mi amigo...; Carta de uno que hace papel á otro que lo emborrona; Con los ojos cerrados; El amigo de confianza; Los de encima; El suicidio; Quiero y no puedo; Los versos en el teatro; ¿Existe el valor?; Los dioses falsos; Los pecados capitales que se llaman mortales, son siete; Cómo se hacen las obras dramáticas; Cuánto; La gran comedia. 1

Vols.

Humoradas, por D. Ramón de Campoamor.—(Edición la más completa de cuantas se han publicado). . 1

Más relatos breves, por D. Felipe Mathé.—Contiene este tomo: Cosas de la vida; Cadenas rotas; Casa modelo; Caza mayor; Inútil para el servicio; Matemáticas puras; ¡Pater!; Genio y figura...; Plaza sitiada, plaza tomada; El nudo gordiano; Caso de conciencia. 1

Cuentos del día de Reyes, por C. Dickens.—Contiene este tomo: La guinea de la coja; El vendedor ambulante; El paraguas del señor Thomson; Aventuras de un comisionista; La señora caritativa. 1

Un problema, por D. Enrique Gaspar. 1

Poesías, por el Padre Juan Arolas. Contiene este tomo: Cartas amatorias; Eglogas; Los besos. 1

Barcelona en 1888 y París en 1889. Narraciones humorísticas, por don Carlos Frontaura. 1

Doloras, por D. Ramón de Campoamor (2.ª serie). 1

Graziella.—Recuerdos de la juventud, por Alfonso de Lamartine. . 1

Cuentos de la calle, por D. Alfonso Pérez Nieva.—Contiene este tomo: La locura del campanario; De viaje; La chispa eléctrica; Las de moda; ¡Castigado!; El monólogo de un botijo; Los fósforos del burro; El amor en la trocha; El árbol del

Vols.

alemán, por D. Arturo Lliberós. . 1

El Drama Universal, por D. Ramón de Campoamor.—Poema en ocho jornadas.. 2

Bajo la parra, por D. Salvador Rueda.—Contiene este tomo: Bajo la parra; El tronido; Salamandra; La pareja de mariposas; La pulga; Los murciélagos; Escena al sol; El exorcismo; La venta del pescado; Los barqueros; El musgo; El aguacero de oro; La banda de música; El vaso de agua; Cuadro húngaro; Cuadro oriental; Las cédulas de año; La mujer desconocida; Crepúsculo. 1

Novelas cortas, por D. Luis Cánovas. —Contiene este tomo: El expediente; Jaime el Leveche; El lector; El reloj de sangre; El dó de pecho. . 1

Cuentos escogidos, por Doña Emilia Pardo Bazán.—Contiene: El indulto; Travesura pontificia; Fuego á bordo; Planta montés; Nieto del Cid; Bucólica; Crimen libre; Temprano y con sol...; El premio gordo. 1

El Licenciado Torralba, por D. R. de Campoamor. 1

Diario de un peregrino á Tierra Santa, por Mosén Jacinto Verdaguer. 1

Nada entre dos platos, por D. Enrique Gaspar.—Contiene: Por el hilo se saca el ovillo; La policía rusa; El revés; La mano; Una jugada célebre; Las botas del difunto; Una teoría de Camilo Flammarión; Ores-

tes furioso; Un presentimiento; Los perros; El triángulo; Costumbres españolas; Mi cuarto á espadas; Nada sin tu amor; Demasiado almidón; El verso y la prosa. . . . 1

Cantos de la vendimia, poesías de D. Salvador Rueda, con una bibliografía de sus obras á modo de prólogo por D. Gabriel Ruiz de Almodóvar.—Contiene: A misa; La riña; La canción del vinagre; La mariposa; Rie que rie; La margarita; Las gotas de agua; Collar; Perspectiva; El ruido de los élictros; La cigarra; Desposorio; La fiesta; La Chumbera; Los hilos de araña; En los olivares; Candilazo; La clueca; La zorra; La colmena; La caja de pasas; Las semillas aéreas; Los rastrojos; La siesta en la ciudad; Los murciélagos; Vides y mieses; La sequía; El gusano de luz.. . . . 1

Para la noche..., novelas cortas, por D. Alfonso Pérez Nieva.—Contiene: El cañón de á quince; La coscoja; Deuda cumplida; Doña Misterios; Campanas y palomas; Pobres y ricos; El nacimiento triste; ¡Viva la nieve!; Las espinacas; El duro de la medicina. 1

Historia del matrimonio (cuadros vivos matrimoniales), por D. Antonio Flores. 2

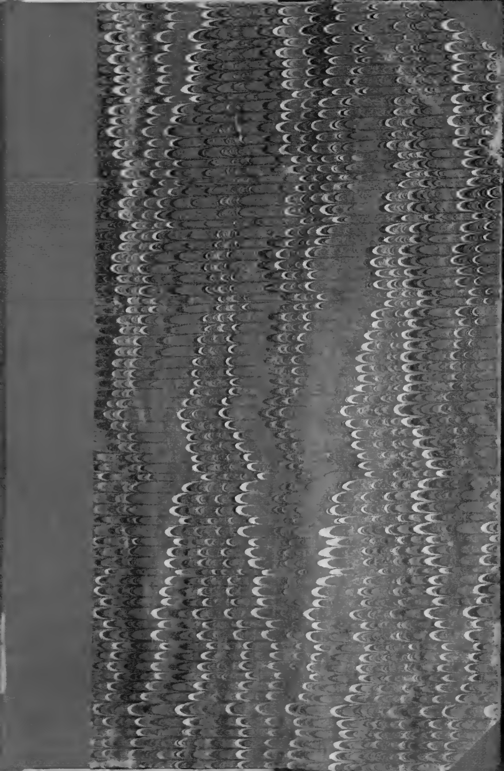
La reja. Novela andaluza, por D. Salvador Rueda. 1

Poesías y fábulas, por D. Ramón de

[illegible]

POR

[illegible]




QVO · TRAHOR ·
EX · LIBR · J · M · VALDENE ·
BRO · HISPAL · BIBL ·
A Barua

